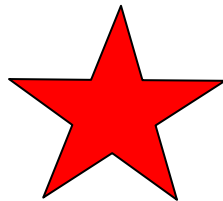


**Simón Bolívar
y la «manzana prohibida»
de la revolución latinoamericana**



Néstor Kohan

Dedico este libro:

*Para Alfredo, Quijote negro, conversador incansable,
fumador compulsivo y comunista itinerante de todas
las guerras y revoluciones pasadas, presentes y futuras*

Al pueblo palestino, por su justa, digna y heroica lucha

Índice del volumen

- Del «Bolívar» de Karl Marx al marxismo bolivariano del siglo XXI
- Venezuela y la batalla internacional de la Revolución Bolivariana
- Las armas secretas del Movimiento Sin Tierra (MST) de Brasil
- Hemos llegado al gobierno pero no tenemos el poder todavía (Entrevista al presidente Evo Morales)
- ¡Salud a la Revolución Cubana... por los próximos 50 años de combate!
- ¿Revolución en el siglo XXI? (Entrevista con la Agencia Bolivariana de Prensa)
- Una mirada marxista desde América latina (Entrevista con los periódicos «*Abrente*» de Galiza y «*Gara*» de Euskal Herria)
- La vida y los sueños en los campamentos de las FARC-EP (Entrevista al historiador Ezequiel Rodríguez Labriego)
- El movimiento de Cátedras Che Guevara y la disputa por la hegemonía en América Latina
- Un diálogo con Roque Dalton y Lenin, desde la izquierda revolucionaria del siglo XXI
- Con Marx y con Zapata, después del posmodernismo
- La Razón de Estado, un «pragmatismo» absolutamente equivocado
- *Caliban* y la cultura insurgente (A propósito de «*Todo Calibán*» de Roberto Fernández Retamar)
- La «manzana prohibida» del comunismo (Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento hoy)
- La teoría crítica marxista frente a la crisis capitalista

Del «Bolívar» de Karl Marx al marxismo bolivariano del siglo XXI

*¿Adónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres
para que defiendan de la nueva codicia,
y del terco espíritu viejo, la tierra
donde será más dichosa y bella la humanidad!*

José Martí

Discurso del 28 de octubre de 1893

*Les repitió por milésima vez la conducerma de que el golpe mortal
contra la integración fue invitar a los Estados Unidos
al Congreso de Panamá, como Santander lo hizo por su cuenta y riesgo,
cuando se trataba de nada menos que de proclamar la unidad de la
América.*

Gabriel García Márquez

El general en su laberinto

Un bicentenario para repensar sin miedo

Cuando en 1989 se cumplió el bicentenario de la Revolución francesa la cultura política europea rememoró antiguos debates postergados. Las urgencias políticas del momento no dejaron margen a la serenidad. ¡Había que liquidar con premura y caiga quien caiga toda huella de pensamiento crítico! La bochornosa caída del muro de Berlín prometía arrasarlo con cualquier proyecto de emancipación radical que pretendiera ir más allá del límite histórico alcanzado por la Revolución francesa de 1789 (revolución que, dicho sea de paso, no era concebida de manera integral como habían sugerido las investigaciones de Albert Soboul y otros clásicos de la historiografía marxista sino que incluso era reducida a la caricatura del denominado “**terror** jacobino”¹).

Dos décadas después de aquella celebración europea que pretendía enterrar definitivamente a Karl Marx bajo el polvo y los escombros de esa

¹ Los mitos anticomunistas del pensamiento de derecha —nunca asumidos como tales— de aquel momento que dibujaban esa caricatura en el bicentenario de la Revolución francesa se nutrían de diversas fuentes, desde los panfletos más “eruditos” de la historiografía revisionista del profesor francés François Furet hasta recursos más populares como el film comercial *Danton*, del director polaco Andrzej Wajda (basado a su vez en la obra de teatro “El caso Danton”, de Stanisława Przybyszewska, bastante más proclive hacia Robespierre que la película, según reconoció posteriormente el mismo Wajda).

pared caída en Berlín, las piruetas del calendario remiten ahora a otra fecha histórica, centrada en esta oportunidad en América Latina. En este nuevo bicentenario del año 2010 nos encontramos cara a cara con el inicio en 1810 de la independencia continental frente al colonialismo europeo². Nuevamente afloran numerosos debates políticos e interrogantes teóricos postergados donde la discusión sobre el pasado nos sugiere repensar el horizonte presente y futuro.

Pero nuestro tiempo es notablemente distinto al clima asfixiante de 1989... Dos décadas después de la caída del muro de Berlín, el sistema capitalista atraviesa una nueva crisis aguda, sólo comparable con la de 1929. Nos encontramos bien lejos de la euforia etílica que emborrachó la futurología neoliberal de Francis Fukuyama así como también de la orgía triunfalista de Bush padre y su cómplice germano Helmut Kohl. En todo el orbe crecen hoy las resistencias y la indisciplina, se generalizan las tensiones sociales y las contradicciones antagónicas del capital emergen exacerbadas a flor de piel.

En ese nuevo marco mundial Estados Unidos (y su sistema vigilante de policía mundial disfrazado de “multiculturalismo”) se enfrenta a nuevos disidentes radicales. Retorna a escena la prédica antiimperialista, el viejo sueño de hermandad latinoamericana, los ideales libertarios y proyectos emancipadores todavía incumplidos de Simón Bolívar, José Carlos Mariátegui y Ernesto Che Guevara. Una tradición de pensamiento crítico que este nuevo bicentenario nos invita a repensar, recuperar y actualizar.

Simón Bolívar y el problema (inconcluso) de la nación latinoamericana

Durante los últimos años desde los centros académicos que marcan y condicionan la agenda del debate teórico se decretó el fallecimiento repentino y se labró el acta de defunción “definitiva” del estado-nación. Con la emergencia de la globalización, se nos dijo, dejó de tener sentido la lucha por la liberación nacional en los países dependientes, periféricos, coloniales o semicoloniales ya que supuestamente habría desaparecido el imperialismo y ningún estado-nación ocuparía ese rol tan característico de la dominación del capital que marcó a fuego todo el siglo XX³.

² En realidad las resistencias contra la dominación colonial, la explotación salvaje y otros mecanismos fundamentales de la acumulación originaria del sistema capitalista a escala mundial comenzaron desde la misma llegada de los “civilizados” de la espada, la cruz, la hoguera, la violación y la tortura de los pueblos sometidos. Dos de los principales hitos de esa extensa secuencia de luchas han sido la insurrección continental liderada por Tupac Amaru y Tupac Katari y la independencia de Haití, esta última concretada seis años antes que el proceso desatado en 1810.

³ En ese sentido dos afamados ensayistas nos explican y aleccionan: “*Muchos ubican a la autoridad última que gobierna el proceso de globalización y del nuevo orden mundial en los Estados Unidos. Los que sostienen esto ven a los Estados Unidos como el líder mundial*”

Dejando a un lado la refutación de ese lugar común tan difundido por los monopolios de (in)comunicación, de endeble fundamentación teórica, débil sostenimiento empírico y sospechosa posición política⁴, creemos que hoy se torna necesario e imperioso abordar y retomar esta problemática desde un ángulo bien distinto.

A diferencia de la tradicional “cuestión nacional” tal como fue abordada por los clásicos del marxismo europeo —naciones oprimidas y aisladas que luchaban por romper esa dominación y desplegar su soberanía al interior de su propio estado nación—, la cuestión nacional latinoamericana poseía y posee otra dimensión, riqueza, extensión y complejidad. En el caso europeo, muchas veces las naciones ya estaban constituidas desde inicios de la modernidad y lo que quedaba aún pendiente era sacarse de encima la indignante bota imperial de las naciones opresoras. Polonia fue, quizás, uno de los casos emblemáticos junto con Irlanda en el siglo XIX. La misma Irlanda y fundamentalmente Euskal Herria (el país vasco) constituyen todavía en la actualidad un fenómeno análogo de opresión nacional (extensible también a Galiza y los países catalanes).

Sin embargo, cuando abordamos esta misma discusión en América Latina el problema se condensa y se complejiza todavía más. Porque en nuestro continente, la pugna por constituir una gran nación integradora frente a la dominación (externa e interna) estuvo presente de manera inacabada e inconclusa desde sus mismos inicios.

*y única superpotencia, y sus detractores lo denuncian como un opresor imperialista. Ambos puntos de vista se basan en la suposición de que los Estados Unidos se hayan vestido con el manto de poder mundial que las naciones europeas dejaron caer. Si el siglo diecinueve fue un siglo británico, entonces el siglo veinte ha sido un siglo americano; o, realmente, si la modernidad fue europea, entonces la posmodernidad es americana. La crítica más condenatoria que pueden efectuar es que los Estados Unidos están repitiendo las prácticas de los viejos imperialismos europeos, mientras que los proponentes celebran a los Estados Unidos como un líder mundial más eficiente y benevolente, haciendo bien lo que los europeos hicieron mal. Nuestra hipótesis básica, sin embargo, que una nueva forma imperial de soberanía está emergiendo, contradice ambos puntos de vista. Los Estados Unidos no constituyen –e, incluso, ningún Estado–nación puede hoy constituir– el centro de un proyecto imperialista” Véase Antonio Negri y Michael Hardt (2000): *Imperio*. Buenos Aires, Paidós, 2002. p. 15.*

⁴ Hemos intentado refutar en detalle semejante punto de vista en nuestros libros *Toni Negri y los desafíos de «Imperio»*. Madrid, Campo de Ideas, 2002 (reeditado en Italia con el título *Toni Negri e gli equivoci di «Imperio»*. Bolsena, Massari Editore, 2005) y también en el libro *Nuestro Marx* (Caracas, Misión Conciencia, 2011; difundido en internet en www.rebellion.org y www.lahaine.org). Resulta curioso que a estos ensayistas y a muchos otros apresurados enterradores del estado-nación —solamente cuando se trata de los estados-naciones de países dependientes— no les llame la atención que en toda película norteamericana aparezca hasta el hartazgo la banderita de las barras y las estrellas. ¿Lo interpretarán como un símbolo de “multiculturalismo”...?

Ya en 1810, y desde entonces en adelante, el proyecto político independentista aspiraba en sus promotores más radicales constituir una gran nación latinoamericana (sus clases dominantes y las elites locales, débiles, mezquinas y miopes socias menores de la dominación externa, fueron también responsables del fracaso de ese ambicioso proyecto de soberanía integral). En este sentido la nación no estaba en Nuestra América constituida esperando a que se la libere. Había que constituir-la **al mismo tiempo** que emanciparla.

La nación latinoamericana, «*un solo país, la Patria Grande*», como la denominaba el libertador Simón Bolívar [1783-1830], es todavía hoy, dos siglos después, un proyecto inconcluso, pendiente y a futuro.

Retomar ese proyecto nos permitiría descentrar los falsos dilemas que dicotomizan el debate con los erróneos términos de globalización desterritorializada versus nacionalismo estrecho y provinciano. Cosmopolitismo falsamente universal (que en realidad generaliza como “universal” valores y culturas típicas y exclusivas del *american way of life*) versus fundamentalismos parroquiales (cuanto más débiles, más intolerantes).

El proyecto político que impulsó Simón Bolívar en las luchas de independencia era mucho más complejo, rico y radical que esa idea fofa, amorfa, vagamente humanitarista y absolutamente genérica, muy a gusto del pensamiento “políticamente correcto” de nuestros días, al estilo de las ONGs europeas o norteamericanas o incluso de la UNESCO. Bolívar pensaba sus proyectos incluyendo como eje la educación popular (qué él resumía como “*Moral y luces*” siguiendo a su maestro Simón Rodríguez [1769-1853]) pero siempre a partir de la confrontación. La única libertad auténtica se conquista luchando. La batalla de las ideas sola y aislada es buena, pero sin confrontación jamás podrá vencer. La hegemonía constituye la combinación de la persuasión del consenso pero al mismo tiempo de la confrontación a través del ejercicio de la fuerza material. La zorra y el león.

El libertador había proyectado e imaginado su utopía radical de «Patria Grande» del siguiente modo: “*Es una idea prodigiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y unza religión, debería por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse [...]*”⁵. En el mismo sentido sostenía: “*Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y su gloria*”⁶.

En sus guerras de liberación (que desarrollaba junto con José de San Martín [1778-1850] en el sur y otros revolucionarios continentales que

⁵ Véase Simón Bolívar: “Carta de Jamaica” [Kingston, 6 de septiembre de 1815]. En *Tres documentos de Nuestra América*. La Habana, Casa de las Américas, 1979. p. 28.

⁶ Véase Simón Bolívar: “Carta de Jamaica”. Obra citada. p. 23.

compartieron y pelearon por ese mismo proyecto durante aquella época) y a pesar de las disputas internas que desangraban el continente, Bolívar aspiraba a un sistema republicano —el más avanzado en aquel entonces— para esa Patria Grande. Educado por el maestro Simón Rodríguez, ponía a la igualdad en lo más alto de su pensamiento: “*He conservado intacta la ley de las leyes —la igualdad— sin ella perecen todas las garantías, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios. A sus pies he puesto, cubierta de humillación, a la infame esclavitud*”⁷

De allí que afirme: “*Por estas razones pienso que los americanos, ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, **preferirían las repúblicas a los reinos**, y me parece que esos deseos se conformarán con las miras de Europa*”⁸.

Esa república era concebida por Bolívar como una instancia intermedia de equilibrio entre “la libertad indefinida, ilimitada y la democracia absoluta” —para él el ideal, pero que no concibe como posible pues sería necesario contar con “ángeles, no hombres”— y el despotismo tiránico. Resumiendo ese sentido republicano, donde no se cansa de elogiar las elecciones periódicas (para que el pueblo no se acostumbre a obedecer y el gobierno no se acostumbre sólo a mandar, según sus propias palabras), Bolívar resume su proyecto afirmando que no combate “*por el poder, ni por la fortuna, ni aun por la gloria, sino tan solo por la libertad*”⁹.

La salida estratégica era, a contramano de tanto “nacionalismo” estrecho, provinciano y parroquial, la unidad continental contra la dominación: “*Seguramente **la unión es la que nos falta** para completar la obra de nuestra regeneración [...] lo que puede ponernos en aptitud de expulsar a los españoles, y de fundar un gobierno libre. **Es la unión**, ciertamente, mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino de efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos*”¹⁰. Idea que reafirma una y otra vez sosteniendo: “*Unidad, unidad, unidad, debe ser nuestra divisa*”¹¹.

Clase y nación

En nuestra América, liberarnos entonces de la dominación colonial, neocolonial e imperialista presupone al mismo tiempo construir la Patria

⁷ Véase Simón Bolívar: “Discurso en la presentación de la Constitución de Bolivia”. Recopilado en Toby Valderrama y Alejandro Mena: *Rumbo al socialismo*. Caracas, Fundación Fondo Editorial Fabricio Ojeda, 2006. pp. 14-15.

⁸ Véase Simón Bolívar: “Carta de Jamaica”. Obra citada. p.25.

⁹ Véase Simón Bolívar: “Discurso al inaugurar el Congreso de La Angostura” [1819]. Recopilado y comentado en la obra de Felipe Larrazábal: *Simón Bolívar. Vida y escritos del Libertador* [Biblioteca Ayacucho, 1918]. Tres tomos. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2008. Particularmente Tomo II, pp. 133-142.

¹⁰ Véase Simón Bolívar: “Carta de Jamaica”. Obra citada. p.29-30.

¹¹ Véase Simón Bolívar: “Discurso al inaugurar el Congreso de La Angostura”. Obra Citada. tomo II, p.139.

Grande. No habrá liberación nacional sin emancipación social y jamás lograremos reorganizar la nueva sociedad sobre bases no capitalistas ni mercantiles si al mismo tiempo no logramos constituir ese proyecto inacabado de Patria Grande, rompiendo con toda sumisión y dependencia. No hay ni puede haber dos “etapas” separadas (como le gustaba repetir al señor Stalin) ni dos revoluciones diferentes: el proceso de la revolución latinoamericana es y deberá ser al mismo tiempo socialista de liberación nacional, es decir, de liberación continental. La dominación de clase y la cuestión nacional no conforman procesos escindidos en tiempo y espacio sino hilos de un mismo tejido social que se conformó de esa forma — subordinada al sistema capitalista mundial a través de sus socios locales, las burguesías lúmpenes y dependientes— desde nuestros inicios históricos.

Por eso Mariátegui —el primer marxista de Nuestra América— pudo escribir un siglo después de Bolívar que *“La misma palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituírle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: «antiimperialista», «agrarista», «nacionalista-revolucionaria». El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos”*¹².

Ese es precisamente el programa bolivariano y mariateguista que retoma y actualiza Ernesto Che Guevara en el último de sus mensajes a los pueblos del mundo, oportunidad en la que partiendo de su experiencia concreta al frente de la Revolución cubana sintetiza su interpretación sociológica e historiográfica de la historia de Nuestra América, de donde deduce un proyecto estratégico y político a futuro: *“Por otra parte las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo —si alguna vez la tuvieron— y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución.”*¹³.

¹² Véase José Carlos Mariátegui “Aniversario y balance” [Editorial de la revista *Amauta*, N°17, año II, Lima, septiembre de 1928]. En el apéndice a nuestro libro *Introducción al pensamiento marxista*. Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2003. p. 181.

¹³ Véase Ernesto Che Guevara: “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” [16/4/1967]. En el apéndice a nuestro libro *Introducción al pensamiento marxista*. Obra citada. p.241 y en *Obras*. Casa de las Américas, 1970. En términos generales, la idea de León Trotsky para el futuro de Nuestra América no era muy distinta de esta lectura bolivariana del Che Guevara, donde la clave de la liberación reposaría en la unidad continental y en la revolución socialista, aunque Trotsky lo planteara en un estilo literario y con términos no siempre habituales en la cultura política de América latina. *“Por los Estados Unidos Soviéticos de Sud y Centro América”*. Véase León Trotsky. *Escritos*

Hoy, en el siglo XXI, ya está completamente fuera de discusión que ese proyecto mariateguiano y guevarista de revolución socialista continental o, en otras palabras, ese proyecto de Patria Grande antiimperialista y socialista al mismo tiempo, está inspirado directamente en el ideario independentista bolivariano.

El «Bolívar» de Marx

Sin embargo no podemos ni debemos desconocer las agudas tensiones que marcaron la relación entre el universo cultural inspirado en los sueños libertarios de Simón Bolívar y la lectura política que se deriva de la concepción materialista de la historia y la filosofía de la praxis cuyo padre fundador ha sido Karl Marx.

Varios problemas pasaron a la herencia del movimiento revolucionario latinoamericano y mundial debidos al tan poco feliz artículo escrito por Marx a fines de 1857 y comienzos de 1858, mientras redactaba la primera versión de *El Capital*, hoy conocida como los *Grundrisse* (cuya redacción sólo interrumpe momentáneamente por necesidades económicas). En aquel trabajo periodístico-biográfico Marx se esfuerza por denostar a Bolívar hasta el límite que le permite su prosa, envolviéndolo en una suerte de bonapartismo reaccionario¹⁴.

En la gestación del artículo incidieron diversas variables. Para sobrevivir exiliado en Londres, Marx comienza a trabajar como periodista, colaborando a la distancia en el *New York Daily Tribune* —por entonces uno de los periódicos más leídos de EEUU— por invitación de Charles Anderson Dana [1819-1897]. En su correspondencia Marx reconoce que ese trabajo es realizado por necesidad: “*El continuo estercolero periodístico me aburre. Me ocupa mucho tiempo, dispersa mis esfuerzos y, en último análisis, no es nada [...] Las obras puramente científicas son algo completamente diferente*”. No obstante, esos artículos le permiten ampliar la mirada y desprenderse de muchos tics eurocéntricos que habían teñido su prosa en años anteriores¹⁵. Algunos escritos y artículos del período los incorpora, incluso, a *El Capital*. Engels lo ayuda (redactando textos que Marx firma para cobrarlos). En total, el *Tribune* publica 487 artículos de

latinoamericanos. Buenos Aires, CEIP, 1999. “El futuro de América Latina” [1940]. pp. 156-157.

¹⁴ Véase Karl Marx: “Bolívar y Ponte”. Originalmente publicado en el Tomo II de *The New American Cyclopaedia* y reproducido en Karl Marx y Friedrich Engels: *Materiales para la historia de América Latina* [preparación y notas del traductor Pedro Scaron]. México, Siglo XXI, 1975.

¹⁵ Sobre el eurocentrismo en la escritura juvenil de Marx y su posterior superación y cambio de paradigma en la madurez véase nuestro *Marx en su (Tercer) Mundo*. Buenos Aires, Biblos, 1998 (reedición cubana posterior La Habana, Juan Marinello, 2003). Particularmente el último capítulo.

Marx: 350 escritos por él, 125 por Engels y 12 en colaboración. Marx mantiene ese vínculo periodístico desde 1851 hasta 1862.

En abril de 1857 Charles Dana invita a Marx a colaborar también sobre temas militares en la *Nueva Enciclopedia Americana* (comprende 16 volúmenes y más de 300 colaboradores). En total, la *Enciclopedia* publica 67 artículos de Marx y Engels, 51 de ellos escritos por Engels (con investigación de Marx en el Museo Británico). La colaboración de ambos no pasa de la letra “C”. Entre otros, Marx escribe el capítulo “Bolívar y Ponte” sobre el libertador americano (aproximadamente entre septiembre de 1857 y enero de 1858¹⁶).

Como ya señalamos, Marx realiza una evaluación sumamente negativa de Bolívar. No comprende su papel de primer orden en la emancipación continental del colonialismo español ni su proyecto de construir una gran nación latinoamericana («la Patria Grande» en el lenguaje de Bolívar).

Resulta más que probable que las fuentes historiográficas — férreamente opositoras al líder independentista— que Marx encuentra en el Museo Británico y en consecuencia utiliza tiñan su sesgado análisis. Para investigar, Marx recurría siempre a las bibliotecas públicas y en ellas sólo encontró esa bibliografía disponible.

Su pequeño ensayo biográfico se basa principalmente en los trabajos del general francés H.L.V. Ducoudray Holstein (que llevan por título *Memorias de Simón Bolívar, presidente Libertador de la República de Colombia, y de sus principales generales; historia secreta de la revolución y de los hechos que la precedieron, de 1807 al tiempo presente*. Boston, 1829); en las *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú* de los hermanos británicos William y John Miller (Londres, 1828 y 1829, dos volúmenes) y en los trabajos del coronel británico Gustavo Hippiusley (tituladas *Una narración de la expedición a las riberas del Orinoco y e Apure, en Suramérica; la cual salió en Inglaterra en noviembre de 1817, y se integró a las fuerzas patrióticas en Venezuela y Caracas*. Londres, 1829). Todos ellos son soldados europeos que, por diversos motivos, mantuvieron conflictos personales con Bolívar¹⁷.

Analizando críticamente esas mismas fuentes pertenecientes a “tres autores conocidos y considerados como los mayores desertores de la Legión Británica” y tratando además de sistematizar ese injustificado ataque de Marx en toda la línea, Vicente Pérez Silva enumera las acusaciones contra el libertador que bosqueja la pluma de Marx: a) oportunismo, b) cobardía, c) traición, d) realismo, e) fanfarronería, f) desertión, g) imprevisión, h)

¹⁶ El margen de imprecisión de cuatro meses para ubicar la redacción del ensayo deriva de las discordancias entre los biógrafos que han tenido acceso a los originales.

¹⁷ Véase la extensísima nota N°25 de Pedro Scarón donde analiza en detalle cada una de las fuentes utilizadas por Marx, en Karl Marx y Friedrich Engels: *Materiales para la historia de América Latina* [preparación y notas del traductor Pedro Scaron]. Obra citada. Nota 25, pp.105-108, particularmente 106.

irresponsabilidad, i), venganza, j) tendencia o gusto por la dictadura, k) incapacidad, l) indolencia y finalmente m) ambición¹⁸. De todas ellas no se deriva sino una opinión prejuiciosa, que realmente asombra pues ese estilo de escritura y de investigación se encuentra ausente en el 99% de la obra de Marx, paradigma universal si los hay de lo que debe ser un investigador científico y crítico.

Para justificar la superficialidad o lo erróneo de esos juicios históricos de Marx se ha subrayado que su autor escribió esas líneas sobre Bolívar con extrema rapidez y únicamente con el fin de ganarse el pan, robándole tiempo a lo que más le interesaba en ese momento que era comenzar a redactar nada menos que *El Capital*, lo cual no deja de ser cierto. Sin embargo, el objetivo alimenticio-salarial no resulta suficiente para legitimar esa incompreensión prejuiciosa pues el mismo Marx le confiesa a Engels que el editor Dana le ha reprochado el “estilo partisano” empleado en el mencionado artículo¹⁹. Es decir que Marx no escribe así respondiendo a una demanda de su empleador —como suele suceder en el periodismo comercial— sino por decisión propia, incluso contrariando la opinión de su editor, quien se queja y le reprocha dicho ataque²⁰.

¹⁸ Véase Vicente Pérez Silva “Bolívar visto por Carlos Marx”. En *Simón, Quijote de América. Antología de ensayos sobre Simón Bolívar*. Presentación y compilación a cargo de Juvenal Herrera Torres. Caracas, Instituto Municipal de publicaciones de la Alcaldía Municipio Libertador, 2005. pp. 246-247.

¹⁹ Véase Carta de Marx a Engels del 14 de febrero de 1858, en Karl Marx y Friedrich Engels: *Materiales para la historia de América Latina* [preparación y notas del traductor Pedro Scaron]. Obra citada. p.94.

²⁰ Tratando de explicar ese prejuicio de Marx hacia el Libertador americano, José Aricó intenta derivar de la problemática de origen hegeliano de Marx su crítica a Bolívar. Al cuestionar a su maestro en la dialéctica, Marx habría seguido girando en torno a la pareja categorial “Estado-sociedad civil”, invirtiéndola y otorgando primacía a esta última por sobre aquella. De allí que le costara tanto trabajo comprender el modo en que en las revoluciones de independencia americana es el Estado el que funda la sociedad civil y no al revés. Véase José Aricó: *Marx y América Latina*. Buenos Aires, Catálogos, 1988. Para llegar a esa conclusión Aricó sistematiza y compendia las investigaciones previas de Georges Haupt, Claudie Weil, Renato Levrero, Hal Draper y Roman Rosdolsky. En cambio “se olvida” de mencionar como fuente a Ernest Mandel (de quien adoptó como prestada la idea según la cual Marx comenzó a ocuparse de la periferia del mercado mundial estudiando el comercio exterior de Gran Bretaña. Véase Ernest Mandel: *La formación del pensamiento económico de Karl Marx de 1843 hasta la redacción de «El Capital»*. Madrid, Siglo XXI, 1974. p. 135). Aricó también “se olvida” de mencionar otra de sus fuentes y uno de sus principales antecesores, Jorge Abelardo Ramos. Más de una década antes que Aricó, Ramos ya había aventurado el origen hegeliano del prejuicio de Marx hacia Bolívar y América Latina... justamente la hipótesis central del libro de Aricó. Afirmaba Ramos “*Estos infortunados juicios de Marx sobre Bolívar estaban sin duda influidos por la tradición antiespañola prevaleciente en Inglaterra, donde vivía Marx, y por el común desprecio europeo hacia el Nuevo Mundo, cuyos orígenes se remontaban a los filósofos de*

Esforzándose por indagar una razón más profunda de este desencuentro de Marx con Bolívar, Ana María Rivadeo sostiene: “*La historia de América Latina se caracteriza, en efecto, en ese momento, por la ausencia de una voluntad nacional y popular de las elites criollas que habían encabezado la independencia. Esta debilidad de las elites, aunada a la ausencia de masas populares con un proyecto autónomo, configuran una situación histórica que no favorece la apertura, en el pensamiento de Marx, de un horizonte de búsqueda teórica análogo al que ya había considerado para otros procesos, o a los que consideraría en el futuro— Irlanda, Rusia*”²¹.

De todos modos, justo es subrayar y destacar que en su discutible escrito sobre Simón Bolívar, aun lleno de dudosas e ilegítimas impugnaciones contra el libertador americano, Karl Marx no deja de reconocer que “*La intención real de Bolívar era **unificar a toda América del Sur en una república federal***”²².

¿Polemizar con el populismo abandonando a Bolívar?

Lo paradójico del asunto reside en que no sólo Marx —por las limitaciones señaladas— equivocó el camino cuando debía encontrarse con Bolívar. Varias décadas después uno de los principales fundadores del marxismo latinoamericano, Aníbal Norberto Ponce, vuelve a incurrir en idéntico error.

Erudito, original y creador —él fue probablemente la principal fuente en la que incursionó el Che Guevara a la hora de reflexionar y escribir

la Ilustración y a las observaciones olímpicas de Hegel en su «Filosofía de la historia universal»”. Agregaba también: “*Como en los tiempos de Hegel, los pensadores de Europa, Marx entre ellos, consideraban a la América Latina como un hecho geográfico que no se había transmutado en actividad histórica*”. Véase Jorge Abelardo Ramos: “Bolívarismo y marxismo” [1968]. En su libro *Marxismo de Indias*. Barcelona, Planeta, 1973. pp.207 y 216.

²¹ Véase Ana María Rivadeo: *El marxismo y la cuestión nacional* [tesis de doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México dirigida por Adolfo Sánchez Vázquez]. México, UNAM, 1994. p. 72. El planteo de Rivadeo no deja de ser útil, sugerente, riguroso y puntilloso en la reconstrucción de las fuentes de Marx, sin embargo por momentos su trabajo universitario —desarrollado en plena euforia de lo que académicamente se dio en denominar “la crisis del marxismo”— permanece demasiado pegado al relato de Aricó, Portantiero y otros ensayistas del mismo grupo intelectual (ya por entonces ex marxistas o conversos a la socialdemocracia) que a su vez eran deudores del historiador Halperín Donghi y otros profesores de no pocas simpatías liberales. De allí que por momentos la autora termine sobreestimando y exagerando esa supuesta “falta de voluntad nacional” en las masas populares latinoamericanas... ¿cómo explicar entonces la persistencia de las luchas de emancipación a nivel continental durante dos siglos a pesar de tantas represiones, genocidios, golpes de estado, intervenciones norteamericanas y dictaduras militares?

²² Véase Karl Marx: “Bolívar y Ponte”. Obra citada. pp.90-91.

sobre “el hombre nuevo” como núcleo del socialismo y la sociedad del futuro—, Ponce apela al discutible artículo de Marx para polemizar con el populismo latinoamericano. Con ese objetivo publica en el primer número de su revista *Dialéctica* aquel trabajo sobre Simón Bolívar²³, reproducido con la intención de contrarrestar los artículos “Por la emancipación de América latina” del peruano Víctor Raúl Haya de la Torre y “Bolivarismo y Monroísmo” del mexicano José Vasconcelos. Ponce no sólo lo publica sino que además lo celebra, al describirlo “*tan jugoso a pesar de su aspecto seco y áspero*”. En lugar de disputarle al populismo fundado por el APRA de Haya de la Torre la tradición antiimperialista —como hicieron Mariátegui en Perú y también Mella, primero en Cuba y luego en México—, Ponce cree convertirse en un auténtico “marxista” despojándose de toda ligazón con la herencia bolivariana. Notable error que si en tiempos de Marx era, después de todo, comprensible por la falta de información y el carácter sesgado de la escasa bibliografía accesible en el Museo Británico sumada a las otras circunstancias mencionadas en las que escribió su ensayo, en Ponce no deja de constituir un tropezón teórico que nada le debe ni le aporta al pensamiento socialista, comunista y revolucionario de Nuestra América²⁴. Sobre ese tipo de errores se apoyarán diversos adversarios y polemistas del marxismo, provenientes tanto de la Academia oficial como del nacionalismo burgués²⁵.

²³ Véase Karl Marx: “Simón Bolívar”. Publicado en la revista dirigida por Ponce *Dialéctica* N°1, Buenos Aires, marzo de 1936. pp.1-14. [traducción del original inglés de Emilio Molina Montes]. Recopilado también en las *Obras completas* de Ponce. Buenos Aires, Cartago, 1974. 4 tomos.

²⁴ Muy poco tiempo después —menos de dos años— de haberlo publicado, durante su exilio mexicano, Ponce revisa las posiciones presupuestas en su primera celebración del trabajo de Marx sobre Bolívar. En tierras mexicanas publica cinco artículos sobre la cuestión nacional latinoamericana y el problema indígena. En esos últimos trabajos truncos —Ponce fallece casi inmediatamente— denomina a nuestro continente “la América indígena” a contramano de su juvenil adhesión a la herencia liberal de Domingo Faustino Sarmiento de innegables connotaciones positivistas, darwinianas y racistas. Tomando en cuenta ese notable cambio de mirada sobre la cuestión nacional y el latinoamericanismo entusiasmado que se produce en su exilio mexicano es más que probable que Ponce hubiera vuelto a repensar y, ahora sí, a recuperar como propia la herencia de Bolívar. Véase nuestro libro *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires, Biblos, 2000 (reeditado en versión ampliada en Cuba. La Habana, Centro Juan Marinello, 2008). Particularmente el capítulo dedicado a Ponce “Humanismo y revolución”.

²⁵ Estamos pensando, para el primer caso, en el profesor mexicano, director del Instituto de Estética de la Universidad de Guadalajara, Arturo Chavolla y su triste libro (en realidad tesis de doctorado defendida en París): *La imagen de América en el marxismo*. Buenos Aires, Prometeo, 2005. El libro de Chavolla resulta un típico producto académico de nuestra época, donde el rechazo visceral del marxismo se encubre con una terminología aparentemente neutral. A Marx y al marxismo Chavolla les reprocha su “eurocentrismo” —

Aun siendo un discípulo directo del libro *Humanismo burgués y humanismo proletario* de Aníbal Ponce —de quien adopta su reiterada insistencia en el humanismo marxista y en la construcción del “hombre nuevo”—, Ernesto Che Guevara marca distancia en torno a la crítica injusta de Marx hacia Bolívar que había celebrado su maestro argentino. Por eso, al intentar reflexionar sobre la ideología que inspiró a la Revolución Cubana el Che escribe: “A Marx, como pensador, como investigador de las doctrinas sociales y del sistema capitalista que le tocó vivir, puede, evidentemente, objetársele ciertas incorrecciones. **Nosotros, los latinoamericanos, podemos, por ejemplo, no estar de acuerdo con su interpretación de Bolívar** o con el análisis que hicieran Engels y él de los mexicanos, dando por sentadas incluso ciertas teorías de las razas o las nacionalidades inadmisibles hoy. Pero los grandes hombres descubridores de verdades luminosas, viven a pesar de sus pequeñas faltas, y estas sirven solamente para demostrarnos que son humanos, es decir, seres que pueden incurrir en errores, aún con la clara conciencia de la altura alcanzada por estos gigantes de pensamiento. Es por ello que reconocemos las verdades esenciales del marxismo como incorporadas al acervo cultural y científico de los pueblos y los tomamos con la naturalidad que nos da algo que ya no necesita discusión”²⁶.

Guevara rescataba entonces la necesidad de crear al “hombre nuevo” que había enseñado Ponce, pero como pensaba que era más necesario y vigente que nunca el proyecto de crear la Patria Grande latinoamericana,

del que supuestamente nunca se habrían desembarazado—. Curiosamente, en su libro toda la bibliografía se cita en francés, aún cuando el idioma de Marx es el alemán y el del autor el castellano. Incluso, para “quedar bien” con el jurado francés, se citan en ese idioma títulos de libros que sólo han sido editados en Argentina o México, como los de Pasado y Presente. ¿Una muestra más de eurocentrismo?

Para el segundo caso, tenemos en mente al ensayista argentino José Pablo Feinmann, de gran presencia mediática en nuestros días a través de la TV, quien en su libro *Filosofía y Nación* (escrito en plena euforia del populismo nacionalista entre 1970 y 1975, publicado en 1982 y reeditado sin modificar una sola palabra en 1996 con un prólogo posmoderno) afirma con notable liviandad que Marx es... “un pensador del imperio británico”, un ingenuo apologista de la dominación colonial sobre los pueblos sometidos.

Hemos intentado una crítica de ambos autores en nuestro libro *Con sangre en las venas (Apuntes polémicos sobre la revolución, los sueños, las pasiones y el marxismo desde América Latina)*. Bogotá, Ocean Sur, 2007. pp.9-15.

²⁶ Véase Ernesto Che Guevara: “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana”. Publicado originariamente el 8 de Octubre de 1960 en La Habana, en la revista *Verde Olivo*. El artículo fue reproducido posteriormente en infinidad de editoriales y sitios. Por ejemplo en Ernesto Che Guevara: *Obras*. La Habana, Casa de las Américas, 1970. Dos tomos. Sin embargo, en algunas ediciones posteriores este párrafo donde el Che Guevara pone distancia crítica frente al injustificado ataque de Marx sobre Bolívar fue inexplicable y sorprendentemente —¿por un error?— suprimido...

no celebraba ni compartía el artículo de Marx sobre Bolívar que aquel había publicado para discutir con el populismo.

Quizás por mantener este punto de vista, al final de su vida, en las selvas de Bolivia, el Che llevaba en su mochila guerrillera —junto con su cuaderno de notas militares (ya publicado en 1967 como *Diario de Bolivia*, hoy famoso) y su cuaderno de notas y extractos filosóficos— un cuaderno de poesías. En ese cuaderno verde, donde Guevara reproducía las poesías que más amaba y que tanto lo habían marcado en su experiencia vital, elaborando algo así como su antología personal, encontramos escrita de su puño y letra... “Un canto para Bolívar” de Pablo Neruda²⁷. Si en los campamentos guerrilleros de Bolivia les daba para leer y estudiar a sus combatientes las historias de la guerra de liberación de José de San Martín, Juana Azurduy y otros revolucionarios de 1810²⁸, también llevaba en su mochila el recuerdo incandescente de Simón Bolívar. Guevara además de sanmartiniano y martiano, no cabe duda, era un bolivariano convencido. Sabía bien que en Nuestra América la mejor manera de ser un marxista revolucionario consecuente, incluso a pesar de la apreciación errónea del maestro Marx, es ser bolivariano.

El marxismo bolivariano del siglo XXI

Varias décadas después del asesinato del Che Guevara a manos de la CIA y el ejército boliviano (porque el Che, conviene recordarlo frente a tanto hipócrita que hoy lo homenajea como si fuera Gandhi o la Madre Teresa de Calcuta, no se murió en su cama de muerte natural ni de un resfrío...) el mensaje insumiso retorna.

El posmodernismo ya tuvo sus dos minutos de fama y sus treinta segundos de gloria. Que en paz descanse, rodeado de tumbas académicas, becas millonarias y las pompas fúnebres de grandes monopolios de (in)comunicación. Sus ventrílocuos locales continúan moviendo las manos y la boca, siguen buscando oídos jóvenes para inculcar resignación y “realismo”, pero ahora casi nadie los escucha.

En Nuestra América vuelven a sonar los tambores de la rebelión. Cada vez se escuchan más cerca. Día a día son menos los que creen que el futuro está debajo de la bandera prepotente de los Estados Unidos de Norteamérica.

²⁷ Véase Ernesto Che Guevara: *El cuaderno verde del Che* [poesías de Pablo Neruda, León Felipe, Nicolás Guillén y Cesar Vallejo]. Prólogo de Paco Ignacio Taibo II. México, Seix Barral-Planeta, 2007. La poesía a Simón Bolívar se encuentra reproducida en pp.82-84.

²⁸ Según nos testimonia Harry Villegas Tamayo, alias Pombo. Véase nuestra entrevista al hoy general cubano, compañero del Che en Sierra Maestra, Congo y Bolivia, en nuestro libro *Che Guevara: El sujeto y el poder*. Buenos Aires, Nuestra América-La Rosa Blindada, 2005.

Bolívar vuelve a inspirar nuevas rebeldías, las antiguas y otras nuevas que resignifican sus antiguas proclamas de liberación continental incorporando nuevas demandas, derechos y exigencias populares.

Su inspiración contemporánea, a la altura del siglo XXI, asume las formas más variadas y los estilos más diversos, atravesando desde los movimientos sociales hasta los sacerdotes tercermundistas, desde los gobiernos bolivarianos hasta la lucha insurgente y guerrillera, desde el presidente Hugo Chávez²⁹ hasta el Movimiento Continental Bolivariano (MCB)³⁰ y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP)³¹. No es casual. Todos se inspiran en Simón Bolívar...

¿Este resurgir de la prédica bolivariana constituye una expresión de “folclore latino” y una exótica cortina de humo tropical o expresa la crisis profunda de una manera posmoderna de entender la historia donde únicamente se destacaban las discontinuidades, los cortes absolutos y “el caprichoso, contingente y aleatorio suceder de capas geológicas” (como le gustaba decir a Michel Foucault)? ¿El hecho político y teórico de nuevas luchas sociales actuales que marcan una continuidad explícita y directa con las luchas históricas del pasado no merecería una reflexión de largo aliento y un nuevo programa de investigación dejando atrás los equívocos posestructuralistas de los años ’80 y ’90?

²⁹ Véase Antonio Aponte [seudónimo colectivo]: *100 granos de maíz* (varios tomos con los títulos *Fusiles, libros y rosas* y *La hora de los hornos*). Caracas, Fundación Fondo editorial Fabricio Ojeda, 2006, 2007 y 2008; Amílcar Figueroa Salazar: *La revolución bolivariana. Nuevos desafíos de una creación heroica*. Caracas, El Tapial, 2007; Amílcar Figueroa Salazar: *¿Reforma o revolución en América Latina. El proceso venezolano*. México, Ocean Sur, 2009; Menry Fernández Pereyra [director de la Escuela de Guerra del Ejército Venezolano]: *Bases históricas, políticas y filosóficas de la Guerra Popular de Resistencia*. Caracas, Parlamento Latinoamericano, 2009; J.T.Núñez Tenorio: *Bolívar y la guerra revolucionaria (Reencarnar el espíritu de Bolívar)*. Caracas, Ediciones de la presidencia de la República, 2007; Movimiento revolucionario marzo-28: *Bolívar y Marx: Dos pensamientos... un mismo sueño*. Caracas, Escuela Nacional de formación, 2008.

³⁰ Véase *Manifiesto Bolivariano por Nuestra América*. En *Correo Bolivariano*. Caracas, Coordinadora Continental Bolivariana, 2006. pp. 21-24.

³¹ Véase FARC-EP: “Plataforma Bolivariana por la Nueva Colombia”. En AA.VV.: *Manuel Marulanda Velez. El héroe insurgente de la Colombia de Bolívar*. S/datos. 2008; Jesús Santrich: “Bolivarismo y marxismo: Un compromiso con lo imposible” en www.lahaine.org; Jesús Santrich: “Bolívar, la Comuna, Marx y otros ejemplos”. En *Correo Bolivariano*. Caracas, Coordinadora Continental Bolivariana, 2006. pp. 87-88; Iván Márquez y Jesús Santrich [ambos comandantes de las FARC-EP]: *El asesinato del Libertador y la lectura bolivariana de la historia. Un enfoque desde la guerrilla bolivariana de las FARC*. Caracas, s/ datos, 2006. Dado el carácter clandestino e insurgente de estos autores, sus textos, de difícil acceso, no son estudiados en la universidad. Sin embargo, valdría la pena hacerlo... ¿O habrá que esperar otras cuatro décadas, como sucedió con el pensamiento y los escritos de Ernesto Che Guevara, para poder comenzar a leer y estudiar su pensamiento en cátedras, talleres y seminarios?

En el horizonte del siglo XXI vuelve a aparecer el antiguo pero nuevo proyecto integrador de todas las formas de lucha convergiendo en el sueño rebelde de la Patria Grande, una sola gran nación latinoamericana, una revolución socialista a escala continental y mundial. Un proyecto radical cuya nueva racionalidad histórica aspira a sembrar la diversidad multicolor de voces, luchas y rebeldías dentro de un suelo común de hegemonía socialista, antiimperialista y anticapitalista. No es cierto que “desapareció el sujeto”. ¡No! El sujeto vuelve y retorna multiplicado con mucha más fuerza (y menos ingenuidad) que antes.

Dejando atrás el cinismo del doble discurso, el macartismo, la razón de Estado, la demonización y el delgado límite de las protestas “permitidas” (siempre restringidas a tímidas reformas de guetto, fagocitables dentro de las instituciones del sistema); el ejemplo insumiso de Bolívar nos invita a recuperar la vocación de poder —trágicamente «olvidada» o denostada por los nuevos reformismos—, la ética inflexible y la rebeldía indomesticable de los viejos comuneros, los bolcheviques, los combatientes libertarios y comunistas, los partisanos, los maquis, los guerrilleros insurgentes y todos los luchadores y luchadoras del tercer mundo.

Si en este bicentenario Karl Marx anduviera por nuestros barrios, ¿no caminaría al lado nuestro repitiendo con José Martí “Patria es humanidad” y llevando en el hombro, también él, su bandera de Bolívar?

Venezuela y la batalla internacional de la Revolución Bolivariana³²

Le recordamos esto al señor representante de Venezuela porque las revoluciones no se exportan; las revoluciones actúan y la Revolución venezolana actuará en su momento, y los que no tengan avión listo —como ocurrió en Cuba— para huir hacia Miami o hacia otros lugares, tendrán que afrontar allí lo que el pueblo venezolano decida

Ernesto Che Guevara

Discurso en la XIX Asamblea General de las Naciones Unidas
[11 de diciembre de 1964]

El mundo se unificó. “Recién ahora comienza a ser redondo”, había observado Carlos Marx en 1850. Un siglo y medio después, en nuestro siglo XXI, ese proceso se aceleró hasta límites inimaginables. Cada lucha contra el imperialismo, cada nuevo eslabón que logra quebrar o aflojar la cadena de la dominación imperialista, aunque en apariencia pueda presentarse como local o meramente regional, se transforma inmediatamente en un momento de la lucha internacional que hoy persigue, en todo el planeta, el proyecto concreto y realista de “Otro Mundo Posible”.

La Revolución Bolivariana, encabezada en Venezuela por el presidente Hugo Chávez, constituye una de las trincheras fundamentales de esa implacable guerra cultural en la que estamos todas y todos involucrados, lo sepamos o no. Los sectores trabajadores y populares de Venezuela hoy viven una mística revolucionaria que mucho recuerda la Revolución Cubana y la de los años iniciales de la Revolución Sandinista. Un entusiasmo que, sin ser triunfalista, eleva la moral de las masas —en particular de las clases trabajadoras— hacia nuevos niveles de enfrentamiento con el poder. En esa mística revolucionaria, el ejemplo rebelde de Cuba juega un papel fundamental, que combina la admiración popular hacia Fidel con el agradecimiento por toda la ayuda cubana en medicina social y en educación.

Es evidente. En Venezuela se está jugando una pulseada internacional. Como se sabe, el 15 de agosto de 2004 se realizará el referendo impulsado por Chávez para legitimar democráticamente las transformaciones sociales actualmente en curso. El pueblo venezolano elegirá si se detiene la Revolución y sus proyectos de educación, vivienda y

³² Texto escrito a propósito del referendo venezolano del 15 de agosto de 2004.

salud (opción electoral por el SÍ) o, apoyando a Chávez, se rechaza la revocatoria de su mandato promovida a voz en cuello por la intervención norteamericana (opción electoral por el NO).

El protagonista central del referendo es, obviamente, el pueblo de Venezuela. Sin embargo, la batalla que allí se dirime tiene también otros actores, de envergadura internacional.

De un lado, el jefe de la oposición, su guía inspirador, financista y banquero. El sabio, prudente, mesurado y brillante intelectual George W. Bush. Un hombre de letras. Un gran lector. Una luz de la inteligencia contemporánea. Un pensador cuya erudición enciclopédica haría sonrojar a Jorge Luis Borges. Uno de los principales enólogos de la actualidad, cuyo hígado —resistente a los alcoholes más agresivos— ha batido todos los records del mundo.

Junto a él, las grandes cadenas de información, neutrales, veraces, absolutamente objetivas y profundamente desinteresadas... como la inefable CNN —también conocida como “la voz oficial de la Casa Blanca”— y los canales privados de Venezuela.

Del otro lado, los amigos y amigas de la Revolución Bolivariana. En primer lugar, Fidel Castro y la Revolución Cubana quienes, en lugar de dólares o préstamos millonarios, han aportado a Venezuela un tipo de armas sofisticadas y supersecretas: sus miles de médicos y educadores de alta calidad (este armamento tan especial cuesta mucho conseguirlo en el mercado de EEUU). En segundo lugar, el movimiento de resistencia global contra la guerra de Bush, el neoliberalismo y la globalización capitalista. En tercer lugar, la inmensa red de medios de comunicación alternativos, movimientos sociales e intelectuales progresistas latinoamericanos, pero también a nivel mundial.

La batalla de las ideas para ganar los corazones

Es precisamente en este tercer ámbito, el de la solidaridad internacional y el apoyo de los y las intelectuales progresistas de todo el mundo, donde la Revolución Bolivariana tiene todavía un extenso camino por recorrer. El mismo derrotero que tuvieron que transitar, cada una a su estilo y según su propio ritmo, las revoluciones de Cuba (en los primeros '60) y Nicaragua (en los primeros '80).

¡Para vencer la DICTADURA MEDIÁTICA de Bush y la CNN hay que rodear de apoyo internacional a Chávez y a Venezuela!

Pero hoy en día la pendiente del consenso, escarpada y en subida, es más difícil que en los '60 y '80. Vivimos tiempos globalizados en los cuales el conflicto ideológico se ha tornado fundamental. Los medios masivos de desinformación han ubicado a la lucha por la hegemonía (en palabras de Antonio Gramsci) y a la batalla de las ideas (en los términos de José Martí y Fidel) en el centro de la escena política. ¡Gravísimo e imperdonable error sería subestimarlas! ¡Nada tan peligroso para el campo popular que ceder a la eterna tentación antintelectualista —según la cual “las reuniones y

discusiones intelectuales no sirven para nada... son pura pérdida de tiempo”— que tanto daño nos ha provocado! El imperialismo tiene bien aceitadas sus experimentadas usinas ideológicas. Cuentan con toda una red de instituciones destinadas a desmoralizar, neutralizar y, si es posible, cooptar a los intelectuales. Debemos estar alertas. Debemos presentarles batalla.

Ganar consenso, corazones y mentes, razones y sentimientos, rodeando al proceso bolivariano de la mayor solidaridad internacional posible constituye una de las tareas antiimperialistas más urgentes de nuestro tiempo.

Para lograrlo, distintos compañeros y compañeras consustanciados en la lucha ideológica contra el pensamiento único, la dictadura mediática de Washington y la incultura política del apolillado neoliberalismo, han convocado a un Encuentro Internacional de intelectuales y artistas “En defensa de la humanidad” a realizarse en Venezuela durante el mes de diciembre de 2004. La reunión preparatoria tuvo lugar en Caracas a fines de julio, días antes del crucial referendo.

La convocatoria recupera explícitamente la memoria histórica y apela al ejemplo de aquel inolvidable II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas realizado en España en 1937³³.

La comparación entre el fascismo de Franco, Mussolini y Hitler con el imperialismo norteamericano del gran pensador George W. Bush no es de ningún modo exagerado. Hoy en día EEUU ejerce un poder militar y mediático muy superior al de Hitler y Goebbels. He ahí la razón de la analogía y el ejemplo histórico. Lo que se está jugando no sólo es el futuro de la Revolución Bolivariana o la supervivencia de la Revolución Cubana. ¡Lo que está en peligro es la humanidad!

Pero no se trata hoy de construir una “Internacional del Pensamiento” como reclamaban en los años ’20 Henri Barbusse, Romain Rolland y los miembros de la revista francesa *Claridad* (de vasta repercusión en nuestra América, donde se fundaron numerosas publicaciones homónimas en las que militó y escribió, por ejemplo, nuestro querido José Carlos Mariátegui). Tampoco se trata, simplemente, de volver a copiar el compromiso sartreano, típico de la década del ’50 (cuyo eco dilatado se deja escuchar en los vehementes reclamos contra el neoliberalismo del último Pierre Bourdieu y hasta en la valiente disidencia de Noam Chomsky).

¿Cuál era el límite de aquellas experiencias y proyectos progresistas de antaño? Su problema principal consistía en que en ellos el intelectual era concebido como si fuera completamente **externo** a los movimientos sociales. En los ’20, la Internacional del Pensamiento suponía separar

³³ Existe una antología de ese congreso que reúne en tres gruesos volúmenes los materiales de aquellos encuentros en defensa de la República española. Véase Manuel Aznar Soler y Luis Mario Schneider [compiladores] II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937): *Ponencias, documentos y testimonios*. Barcelona, LAIA, 1979.

al pensamiento de la Internacional (en aquellos tiempos, la III Internacional). El compromiso de los '50, valiente y digno, era un compromiso... con otros, a quienes se apoyaba **desde afuera** (en aquel momento, se trataba de la descolonización de Asia y África y de las rebeliones latinoamericanas).

Aunque la perspectiva internacional del pensamiento y el compromiso individual son hoy —después de un cuarto de siglo de mediocridad neoliberal— encomiables, saludables y positivos, ya no alcanzan. Los desafíos ideológicos que nos presenta la globalización se han complejizado y multiplicado. Hoy hace falta algo más. Por eso nace esta iniciativa desde México, Cuba y Venezuela, pero apuntando a un horizonte universal. Para que, sin renunciar a la diversidad de miradas, podamos superar la fragmentación y encontrar formas colectivas de coordinación que, vinculadas estrechamente a los movimientos sociales, puedan continuar y crecer a lo largo del tiempo.

Es en este contexto tan singular en el cual la Revolución Bolivariana —en plena pulseada con el imperialismo norteamericano y su cultura de la domesticación intelectual— puede llegar a convertirse en el núcleo aglutinador a escala mundial.

Los aparatos norteamericanos de inteligencia y su ingerencia en Venezuela

La Revolución Bolivariana liderada por Hugo Chávez ha logrado construir un arco de alianzas políticas internas sumamente amplio, base de sustentación de su enfrentamiento con la potencia más poderosa de la tierra. Al mismo tiempo, el consenso popular de Chávez —en medio de una sociedad polarizada al extremo— se ha potenciado luego de su triunfo sobre el golpe de estado de abril de 2002. Sin embargo, a la hora de sumar apoyos internacionales, la Revolución Bolivariana no ha alcanzado todo lo que todavía puede ganar. Sería demasiado conformista contentarse con las simpatías actuales.

¿Por qué Chávez no ha logrado todo el apoyo que su proyecto se merece? Por varias razones.

En primera instancia, por la sistemática y extendida acción de la inteligencia norteamericana. Un ejército de espías, de “fundaciones democráticas”, de expertos en guerra psicológica y comunicación de masas se ha encargado de presentar a Chávez como un típico militar golpista latinoamericano, asesino, autoritario, corrupto, reaccionario, antidemocrático, enemigo de la cultura y las libertades públicas.

Una de las principales instituciones que se ha encargado de esta tarea sucia (aplicada en Chile durante 1970-1973, en Nicaragua a partir de 1979 y en muchísimos otros países del mundo) es la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID). Esta Agencia opera en forma complementaria con el Instituto Republicano Internacional y, sobre todo, con el National Endowment for Democracy (Fondo Nacional

para la Democracia- NED). Esta última institución es una entidad formalmente creada por el Congreso de los Estados Unidos para penetrar, dividir, cooptar y manipular la vida política de otros países.

La NED hace hoy de manera abierta lo que antaño ejecutaba la CIA de manera encubierta. De amplia presencia en el financiamiento de la oposición “democrática” en Venezuela, durante los últimos años la NED ha venido a ayudar y a complementar el papel histórico que la Fundación Ford y otras “fachadas culturales de la CIA” —como las llamaba Ángel Rama— han jugado en América Latina para construir artificialmente “oposiciones democráticas”, dividir al campo progresista, aislar y desprestigiar a las corrientes antiimperialistas radicales y, finalmente, derribar gobiernos populares³⁴. El financiamiento de la NED a la oposición venezolana es un secreto a voces. Está fuera de discusión. El dinero abunda a raudales. Los mismos que ayer financiaron al gran demócrata chileno Augusto Pinochet en su conspiración contra Salvador Allende; al amante de la constitución y la cultura Jorge Rafael Videla en la preparación del genocidio argentino; y a los defensores de la educación que asesinaban maestros sandinistas en la frontera de Nicaragua con Honduras, hoy están financiando la contrarrevolución venezolana.

En Venezuela, USAID estableció su oficina en Caracas el primero de Agosto de 2002. Su finalidad consistía en “*proveer asistencia oportuna y flexible para fortalecer la democracia*”. Lo que no significa otra cosa que deshacerse del gobierno legítimamente constituido a como dé lugar, con las urnas o, dado que la oposición es minoría y pierde todas las elecciones, a los tiros y golpes de estado.

El 31 de marzo de 2004, Jorge Valero, embajador de Venezuela ante el Consejo Permanente de la OEA, denunció que: “*El año del golpe de Estado, la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) del Departamento de Estado, también desembolsó dos millones de dólares para apoyar líderes e instituciones venezolanas calificadas como «moderadas» pero que, en la práctica, estaban enfrentadas al Presidente Hugo Chávez*”. En los seis meses anteriores al golpe de estado, otras seis oficinas del Departamento de Estado norteamericano financiaron con

³⁴ Hemos intentado estudiar la historia y el presente de estas instituciones de la inteligencia norteamericana, describiendo su modo de operar en el campo de la cultura, las ciencias sociales y los derechos humanos en nuestra investigación “La pluma y el dólar. La guerra cultural y la fabricación industrial del consenso”. Publicado en la revista *Casa de las Américas* N°227, La Habana, abril-junio de 2002. También se puede consultar en el sitio *Rebelión* en la siguiente dirección: <http://www.rebellion.org/sociales/kohan250402.htm> y en la revista *La Jiribilla* en: http://www.lajiribilla.cu/2002/n74_octubre/1746_74.html. Recopilado como introducción de nuestro libro *Pensar a contramano. Las armas de la crítica y la crítica de las armas*. Buenos Aires, Nuestra América, 2007. Prólogo Osvaldo Bayer.

695.300 dólares conferencias y seminarios contra la Revolución Bolivariana.

Que nadie se llame a engaño. Esos dólares que hoy inundan los bolsillos del antichavismo mediático, político, académico e intelectual ya no tienen color verde, pues están empapados por la sangre de nuestros compañeros, los miles y miles de desaparecidos latinoamericanos.

Los militares genocidas y las confusiones sobre Chávez

En segunda instancia, el proceso de cambios radicales que vive Venezuela no ha logrado aún el apoyo completo de la intelectualidad progresista y de izquierda a nivel mundial porque su presidente es de origen militar. ¿Acaso los militares no han sido en la historia de en nuestro continente asesinos, golpistas, autoritarios y genocidas?³⁵ ¿Chávez será distinto?

Esas dudas, que aún subsisten en torno a Venezuela, no son caprichosas. Tampoco son producto de “una izquierda que nunca entiende nada y vive al margen del pueblo”, como sugieren algunos apresurados nacionalistas que se espantan cuando ven una tela roja en las manifestaciones populares. La distancia frente a los militares latinoamericanos no es gratuita. Tiene una razón objetiva que no se puede esconder con un simple malabarismo verbal.

A lo largo de todo el siglo XX (e incluso desde fines del siglo XIX) la inmensa mayoría de las Fuerzas Armadas del continente americano han sido el brazo armado de las clases dominantes, locales y principalmente extranjeras. Han asesinado hasta el hartazgo. Han fusilado con alegría y entusiasmo. Barrieron con pueblos originarios, con trabajadores urbanos, con campesinos empobrecidos, con estudiantes rebeldes, con curas comprometidos. Sus pesadas medallas no pueden ocultar ante la historia el papel que han jugado: verdugos de sus propios pueblos. Bajo el mandato directo del Ejército norteamericano (que los educó en la tortura y en la doctrina de guerra contrainsurgente) la gran mayoría de los militares latinoamericanos se sintieron durante años ajenos a sus propios pueblos. Su enemigo no estaba fronteras afuera de cada país, sino dentro. El enemigo era el sindicalista clasista, el campesino insumiso, la juventud estudiantil, los sacerdotes tercermundistas.

Es lógico y racional, entonces, que cuando emerge una personalidad política como Chávez, proveniente del seno militar, el campo de la izquierda y progresista mantenga inicialmente distancia o cautela. No es

³⁵ Al respecto véase nuestro libro *Los verdugos latinoamericanos. Las Fuerzas Armadas de la contrainsurgencia a la globalización*. Buenos Aires, Populibros, 2007.

una locura. Tiene una razón histórica abonada con miles y miles de cadáveres y fosas comunes, mujeres violadas, prisioneros torturados, aldeas y pueblos incendiados.

Esa constatación tampoco es “un prejuicio liberal de los intelectuales pequeñoburgueses”.

Recordamos perfectamente cuando entrevistamos en 1999 para un periódico argentino —monopolio de la (in)comunicación que, dicho sea de paso, nunca nos publicó la nota— al capitán argentino José Luis D’Andrea Mohr, miembro del Centro de Militares para la Democracia (CEMIDA). Indignado y enojado con su propia institución, el Ejército argentino, D’Andrea Mohr nos decía que: *“Mirá, la generación de la violencia en la Argentina es responsabilidad de los militares —y yo me incluyo—. Desde el bombardeo a la plaza de mayo en 1955 [golpe de estado contra J.D.Perón], pasando por los fusilamientos sin ley, la proscripción durante 18 años del peronismo, hasta los miles de desaparecidos asesinados al mejor estilo nazi. En Argentina se consumó un verdadero genocidio contra gente desarmada y detenida”*. Más adelante, este capitán agregaba: *“Queda poca gente en el CEMIDA porque hubo un momento en que tuvimos que elegir. Algo muy simple. O estábamos con los desaparecidos o con los desaparecidos. Nosotros elegimos estar con los desaparecidos contra los métodos nazis de nuestros militares. Por eso enfrentamos a la institución militar, al gobierno de Raúl Alfonsín y también al gobierno de Carlos Saúl Menem”*.

Al finalizar aquella entrevista, cuando nos despedimos en la puerta de su casa, le preguntamos a este capitán si alguna vez se iba a detener en sus denuncias. Nos contestó con orgullo y levantando la voz: *“¡No! ¡No me voy a detener hasta ver a todos estos asesinos en la cárcel!”*. José Luis D’Andrea Mohr no era —lamentablemente falleció— un muchacho universitario intoxicado o mareado con algunas lecturas marxistas aprendidas de último minuto. Era un militar sanmartiniano que sentía vergüenza y desprecio por las Fuerzas Armadas argentinas. Así lo manifestaba no por conveniencia u oportunismo ante el gran público sino hasta en la intimidad de su vivienda.

La experiencia sangrienta de las dictaduras militares marcó a fuego a varias generaciones latinoamericanas, incluyendo no sólo a la izquierda revolucionaria sino también hasta a militares honestos como ejemplifica claramente el caso emblemático de D’Andrea Mohr.

¿Se entienden entonces las razones de la desconfianza que mucha gente de izquierda sintió cuando vio a un militar como Hugo Chávez al frente del proceso bolivariano?

El imperialismo norteamericano y sus aparatos de inteligencia, a través de sus medios de incomunicación y fundaciones, cabalga sobre esa desconfianza inicial y ha hecho todo lo que tiene a su alcance para dividir, sembrar dudas e inocular un muro de sospechas en torno a Chávez. El mismo camino ha emprendido cada vez que algún dirigente radical o movimiento antiimperialista ha osado levantar cabeza frente al amo

imperial. Confundiendo al pueblo, yanquilandia ha pretendido igualar a Chávez con su extremo opuesto: los militares golpistas, torturadores y asesinos... entrenados por EEUU en sus escuelas del canal de Panamá.

Por eso mismo hay que dar una batalla para contrarrestar esa propaganda enemiga. Resulta sumamente erróneo pretender igualar a los militares argentinos o chilenos con alguien como Hugo Chávez. Conviene eludir y evitar toda confusión.

¿Cómo entender, sino, que mientras la mayoría de los Ejércitos latinoamericanos bajo la coordinación del Comando Sur del Ejército norteamericano definen a Antonio Gramsci, lisa y llanamente, como “un enemigo subversivo”, el presidente Hugo Chávez apela habitualmente a sus categorías políticas para comprender la situación actual que vive Venezuela?.

En la misma perspectiva, resulta interesante comparar la visión que tienen sobre el Che Guevara los militares tradicionales de nuestra América, educados en la doctrina de la “seguridad nacional” (de EEUU), con la recurrente mención que el presidente venezolano hace, cuando se dirige a la juventud venezolana, sobre “el hombre nuevo del que nos hablaba el Che es un ejemplo para elevar la condición humana”.

¿Cómo explicar, sino, que mientras la mayoría de los Ejércitos americanos (incluido el argentino...) han participado en la base militar de Ilopango [El Salvador], durante los últimos siete días de julio de 2004, en un simulacro militar antiterrorista titulado “Fuerzas Comando 2004” que integran 16 países latinoamericanos y está dirigido por el Comando Sur del Pentágono y el Comando de Operaciones Especiales del Ejército norteamericano; el presidente Hugo Chávez le ha solicitado a EEUU que lo que quedaba de presencia militar norteamericana en territorio venezolano sea retirado de inmediato?

¿Apoyar a Chávez = subordinarse a los empresarios?

En tercera instancia, la transformación social de Venezuela aún no ha alcanzado completamente la solidaridad internacional de la intelectualidad progresista porque, algunas veces, sin duda con buenas intenciones, se ha identificado erróneamente el apoyo a Chávez con el apoyo a diversos gobiernos burgueses de la región. Esa operación propagandística —que se ha hecho para defender a Chávez de las críticas de izquierda— se basa en una dicotomía ilegítima. No habría más opción que la siguiente: o se defiende el nacionalismo o se lucha por el socialismo. Entre uno y otro polo de la disyuntiva no habría vasos comunicantes.

Oponer el nacionalismo radical y antiimperialista de Chávez contra el socialismo marxista, edificando entre ambos una falsa dicotomía excluyente, no sólo resulta políticamente cuestionable en momentos como los que actualmente vive América Latina sino que además implica desconocer la propia tradición teórica del marxismo en este rubro. No sólo Antonio Gramsci analizó el papel progresista que ciertos liderazgos

carismáticos podían jugar en el conflicto social de clases (los denominó, en sus famosos *Cuadernos de la Cárcel*, “cesarismos progresivos”). Hasta León Trotsky, un revolucionario que rara vez se dejó tentar por los recurrentes cantos de sirena de la burguesía y sus ideólogos, apoyó con entusiasmo el proceso de nacionalización del petróleo realizado en México por Lázaro Cárdenas en su enfrentamiento con el cruel amo del norte que nos desprecia y nos humilla (varios de esos artículos de Trotsky sobre Cárdenas y el petróleo mexicano están reproducidos en sus *Escritos Latinoamericanos*). La lista de pensadores clásicos del marxismo resulta tan abultada, en este sentido, que consideramos innecesario seguir enumerándolos.

Si bien es cierto que el nacionalismo radical y antiimperialista no es incompatible con el socialismo —allí está la historia de la Revolución Cubana para demostrarlo—, también es verdad que el apoyo a la Revolución Bolivariana no implica tener que subordinarse automáticamente a gobiernos como el encabezado en Argentina por Néstor Kirchner, quien a pesar de recurrir a una retórica política nacionalista, ha mantenido a rajatabla a un ministro de economía típico de la ortodoxia neoliberal, festejado por todo el empresariado.

En ese sentido, y como una señal sintomática de lo que su retórica encubre, resulta lamentable la decisión del presidente Kirchner de nombrar como observadores argentinos del referendo venezolano a dos políticos tradicionales como Eduardo Duhalde y Raúl Alfonsín. El primero, jefe de las mafias de la provincia de Buenos Aires y “hombre fuerte” del Partido Justicialista ya en tiempos de Carlos Saúl Menem (de quien fue socio directo en las peores épocas de las privatizaciones neoliberales). El segundo, amigo personal de Felipe González —en España— y de Carlos Andrés Pérez —en Venezuela—. Sí, de Carlos Andrés Pérez, el exótico socialdemócrata que declaró recientemente que “*A Hugo Chávez hay que matarlo como a un perro*” (SIC). Con esos nombramientos Kirchner hace gala, una vez más, de sus múltiples caras políticas. Se declara “amigo de Cuba”... pero envía tropas argentinas a Haití como le ordena Bush; coquetea con el apoyo económico a Chávez... pero se entrevista con los más rancios antichavistas cuando visita Venezuela. Promete ecuanimidad frente al referendo... pero envía como observador a un amigo político de Carlos Andrés Pérez, el más golpista de los golpistas. Los “etc.” son demasiados como para continuar describiendo esa política del péndulo que tanto ha caracterizado al mandatario argentino.

La democracia venezolana y “la gran democracia americana”

¿Qué nos enseña la historia de nuestra América? Entre muchas otras cosas, que al imperialismo norteamericano le importa un cuarto de rábano la democracia. La verdadera, la que significa gobierno del pueblo, no aquella que promueve la CNN: la de los simulacros de unas cámaras

legislativas donde los representantes de las grandes empresas montan una puesta en escena haciendo como si... el pueblo decidiera algo.

Al imperialismo norteamericano sólo le interesa mantener la fachada “democrática” cuando eso conviene a sus intereses. Si los procesos políticos se le van de la mano y los sectores populares comienzan a realizar transformaciones radicales, entonces se pasan las cámaras legislativas y las elecciones por las zonas pudendas del cuerpo humano.

¡Remember Chile, 1973!

Cuando el pueblo y principalmente la clase trabajadora no acepta mansamente el bozal de los patrones (nacionales o internacionales... patrones al fin de cuentas) el imperialismo norteamericano se olvida de Abraham Lincoln y abraza la bandera de Adolf Hitler, la de Augusto Pinochet, la de Jorge Rafael Videla, la del apartheid sudafricano.

A Hugo Chávez y al proceso político por él liderado no lo van a respetar porque se atenga a las formalidades de la ley. Lo van a respetar porque cuenta con el respaldo y la fuerza de un sector ampliamente mayoritario de la población pobre, de los plebeyos, de los humildes, de los trabajadores y sus familias.

¡Qué nadie se haga ilusiones! Como alertaba el Che Guevara, no podemos confiar en el imperialismo (ni siquiera en sus representantes de pelo blanco y cara inofensiva como James Carter) pero ... ni un tantito así.

Hace ya muchos años, si la memoria no nos falla fue en 1986, en una entrevista publicada en la revista *Crisis* de Buenos Aires, Tomás Borge había declarado “¡Vamos a civilizar a la burguesía!”. ¿Era realista? ¿Era realmente posible “civilizar” a la burguesía? ¿Es realmente posible “civilizar” a los grandes magnates norteamericanos? Sospechamos que las respuestas son negativas. La historia así lo demostró. No sólo no se pueden “civilizar”. O los derrotamos o nos derrotan. Las medias tintas, los cafés con leche, los eclecticismos tienen patas cortas. Para que la democracia, la de verdad, la del gobierno del pueblo (no de los magnates), pueda sobrevivir y profundizarse, habrá que avanzar sobre nuestros enemigos históricos. Internacionales y también “nacionales” —el Che solía llamarlos, con gran sabiduría, vernáculos o autóctonos, pero nunca “nacionales”—.

En el caso venezolano, vuelve a plantarse el dilema histórico de nuestra América. O avanzar hacia un proceso de profundización de las medidas sociales radicales o retroceder y caer derrotados sin gloria pero con mucha pena. Para los desconfiados, Hugo Chávez ha dado muestras contundentes —jugándose su propia vida— de que su opción no es precisamente la de rendirse...

Flaco favor le hacen al proceso venezolano los “amigos” que recomiendan y sugieren, ya sea desde una retórica “democrática” o desde una liturgia “nacional” detener el proceso... para así no asustar al imperialismo ni espantar a la burguesía. ¡El imperialismo ya nos conoce! Ya están alertados. Ya vivieron la Revolución Cubana y ya han pasado más de cuatro décadas de insurrecciones y procesos revolucionarios en todo el

continente. Nadie los va a tomar desprevenidos ni dormitando. Moderar el proceso venezolano, detenerlo, frenarlo, congelarlo, no engañará al imperialismo, sólo nos engañará a nosotros mismos.

Venezuela bolivariana, esperanza de la humanidad

Venezuela ha abierto una nueva brecha en la dominación continental. Hay que profundizarla. Para eso los sectores antimperialistas, las diversas y variadas corrientes que se identifican con el socialismo y todos los sectores que hoy en día cuestionan la globalización capitalista deberían apostar todas sus fichas al triunfo del pueblo venezolano. En el referéndum del 15 de agosto pero, sobre todo, mucho más allá del referéndum... La lucha venezolana es parte de una batalla internacional. No hay que postergar el urgente apoyo a este proceso político.

Las armas secretas del Movimiento Sin Tierra (MST) de Brasil³⁶

Al mismo tiempo que la conquista del poder, la Revolución acomete la conquista del pensamiento

José Carlos Mariátegui

América latina tiene mucho para crear y ofrecer al mundo. Si en algún momento las esperanzas andan flojas, el entusiasmo adelgaza, los brazos sienten la tentación del cansancio o alguien piensa en tirar la toalla, siempre surge algo nuevo que nos impulsa hacia adelante. No hay dominación —por más poderosa o absoluta que parezca— que pueda vencer la voluntad de la rebeldía popular organizada.

Cuando algunos pretenden adaptarse al sistema eligiendo una versión más elegante y perfumada de capitalismo —llámese “tercera vía”, “capitalismo con rostro humano”, “capitalismo nacional”, “radicalización de la democracia”, etc.— el Movimiento Sin Tierra (MST) de Brasil eleva su apuesta. Dos décadas después de su fundación y en medio del profundo debate que se ha generado en Brasil ante las evidentes frustraciones del gobierno de Lula, los compañeros y compañeras del MST acaban de inaugurar en la ciudad de Guararema (a 60 km de San Pablo), entre el 20 y el 23 de enero de 2005, la Escuela Nacional de Formación Política Florestan Fernandes (ENFF). Un proyecto estratégico y de largo plazo que seguramente marcará una inflexión política en esta parte del mundo.

La Escuela se construyó con el esfuerzo voluntario de la militancia del MST. Como decimos en la Argentina, ese trabajo fue totalmente “a pulmón”. En ella trabajaron durante casi cinco años y en forma rotativa 1.066 hombres y mujeres de los asentamientos y campamentos, organizados en 25 brigadas de construcción de 20 de estados de Brasil. Estas brigadas de trabajo voluntario demostraron en la práctica que los ideales del Che Guevara están más vivos que nunca.

La Escuela cuenta con un predio de 1.044 m², con cuatro edificios de alojamientos para quienes allí estudien de 1.133 m² y con un edificio pedagógico de 2.400 m². Sin embargo, su radio de acción no está limitado a un edificio físico-material encerrado en un terreno geográfico sino que se extiende a toda la práctica política del MST a nivel nacional.

Más allá del ejemplo moral que demostraron las brigadas, como hecho específicamente político la fundación de la Escuela Florestan Fernandes constituye un aporte invaluable para todo el movimiento revolucionario latinoamericano. Por allí pasarán campesinas y

³⁶ Texto escrito en oportunidad de la inauguración de la Escuela Nacional Florestan Fernandes del MST de Brasil.

trabajadores urbanos, estudiantes y jóvenes revolucionarios de todo el continente. Un desafío abierto al futuro.

Pero no habrá proyecto de futuro sin memoria del pasado. Por eso esta propuesta de formación reactualiza al mismo tiempo las mejores tradiciones que nos antecedieron.

La Escuela del MST, que apunta a transformarse en Instituto de Enseñanza Superior y en la primera Universidad Popular de Brasil, forma parte de una larga tradición pedagógica en la que se inscriben desde la concepción militante de la educación de la Universidad Popular González Prada de Perú (en la cual actuó José Carlos Mariátegui) hasta la Universidad Popular José Martí de Cuba (donde participó Julio Antonio Mella). Ambas herederas, durante los años '20, de la pedagogía libertaria que inauguraron Deodoro Roca y sus compañeros de la Reforma Universitaria de Córdoba en la Argentina de 1918. Una tradición pedagógica socialista, antiimperialista y libertaria, de la cual Paulo Freire constituye uno de los mejores continuadores en la segunda mitad del siglo XX. Ninguna de esas experiencias precursoras y originales de nuestra América fue un calco ni una copia.

Las críticas radicales a las instituciones de enseñanza oficial formuladas durante el mayo francés —1968—, es decir medio siglo después de la revuelta estudiantil de Córdoba, son seguramente de las más conocidas y difundidas en el mundo, pero no fueron las primeras y ni siquiera las más significativas en este terreno pedagógico.

Con el acto de fundación de la Escuela Florestan Fernandes los hermanos y hermanas del MST, partiendo de los anhelos, sueños y proyectos más queridos de la clase trabajadora brasileña, han recuperado ese inmenso acervo pedagógico latinoamericano. Su propuesta constituye, como nos reclamaba Mariátegui, un nuevo capítulo de la creación heroica.

¡Qué tiemblen los poderosos! ¡Qué tiemblen! Nada más peligroso que ver a los trabajadores revolucionarios y a los jóvenes rebeldes apropiándose del saber histórico de la humanidad. En esta Escuela, odiada por todos los patrones de Brasil —que la atacan sin piedad desde sus monopolios de la comunicación— y despreciada por los millonarios del mundo habrá seguramente entrenamiento y tráfico de armas secretas...

¡Armas! ... ¡Armas! ... ¡Armas!... La Escuela Florestan Fernandes será un centro internacional de armamento subversivo y terrorista.

Que Bush no duerma. Que a los generales y halcones del Pentágono se les quite el apetito. Que las bases militares de EEUU hagan sonar sus alarmas y sus máximas alertas. Que la OTAN tiemble junto con el ALCA, el FMI, Wall Street y la OMC. Que los grandes explotadores del mundo comiencen desde ahora a planear su defensa o su retirada. Aquí habrá muchísimas armas. Muchísimas. No sólo para el pueblo brasileño sino para todos los luchadores y militantes populares del mundo.

¿Qué arma secreta puede ser más explosiva, más demoledora, más temida que un libro empuñado por los trabajadores? Ni los peores arsenales químicos de las fuerzas represivas norteamericanas son tan

corrosivos como la cultura en manos del pueblo laborioso. Cultura y trabajadores, trabajadores y cultura, combinados con los intelectuales orgánicos, son dinamita. Su onda expansiva es más contundente que la más salvaje de las bombas atómicas de los yanquis. ¡Qué se cuiden la Casa Blanca, el Departamento de Estado, la CIA, el FBI, la CNN y todos los marines! Contra las armas del pensamiento crítico y la moral socialista ellos no podrán. Estamos absolutamente seguros. Que tiemblen, que tiemblen.

Los grandes monopolios de la comunicación de Brasil ya han empezado a sangrar por la herida, cuando titulan y editorializan que “el MST inaugura una escuela de más de un millón de dólares”. Que sangren nomás y se cocinen en su salsa agria de resentimiento y odio de clase. Se lo merecen. Mezquinos, miserables, elitistas, cortos de mente y de moral. Su perspectiva cultural y su amplitud de comprensión histórica llegan hasta donde se extienden sus bolsillos y sus cuentas bancarias. Pero nunca más allá de ahí. Por eso tanto odio contra esta Escuela de cuadros y formación política.

El nacimiento de la Escuela Florestan Fernandes nos recuerda la falta que nos hace el estudio colectivo sistemático, la formación política, la elaboración de estrategias que vayan más allá del día y la coyuntura inmediata. El sólo hecho de fundarla deja bien en claro la cortedad de miras de los apologistas —¿inocentes?— de la pura “espontaneidad”, de aquellos que nos recomiendan abandonar todo estudio sistemático, ir con la coyuntura del momento pues... “el pueblo no necesita de teorías” ni “grandes relatos totalizadores”. Como si cualquier elaboración de estrategias implicara, por definición, caer en el dogmatismo o en el verticalismo. Como si la “multitud” dispersa y fragmentada pudiera enfrentar eficazmente la dominación mundial del capital.

¿Por qué denominar a la Escuela con ese nombre?

Florestan Fernandes [1920-1995] fue uno de los principales intelectuales socialistas brasileños. Uno de los máximos representantes de la sociología crítica. Este viejo rebelde e inconforme produjo una obra prolífica y voluminosa, donde se destacan sus estudios sobre la formación social brasileña y en particular sobre los problemas de la dominación burguesa y el carácter retardatario de la burguesía de aquel país. Al mismo tiempo, tiene libros publicados sobre el socialismo y la revolución cubana, entre muchísimos otros. El hecho de designar con su nombre a la Escuela implica todo un gesto de política cultural, donde la recuperación de los clásicos del pensamiento marxista latinoamericano —olímpicamente olvidados o desconocidos por el eurocentrismo, incluso el de izquierda— se torna una tarea fundamental.

Esta inauguración, precedida por un seminario de tres días, que tuvo lugar en enero del 2005, fue una auténtica fiesta. Imposible resumir tantas experiencias de lucha, tanta emoción compartida, tanta alegría colectiva, tanto derroche de solidaridad revolucionaria.

Trazando una semblanza política e ideológica de Florestan, director honorario de la Escuela, el profesor Antonio Cándido se explayó sobre su figura y su trayectoria vital por medio de una entrevista grabada. No fue el único testimonio sobre el sociólogo brasileño. También estuvieron presentes algunos de sus hijos y sus nietos, visiblemente emocionados, así como compañeros suyos y su biógrafo.

¡Qué orgullo para un intelectual latinoamericano que su nombre se convierta en sinónimo colectivo de pensamiento rebelde, pensamiento militante, pensamiento crítico! ¡Qué honor! Un reconocimiento que las Academias tradicionales únicamente prodigan a los intelectuales comprometidos... comprometidos con el poder de turno. Un reconocimiento que se cuidan bien de otorgar a los rebeldes, iconoclastas y disconformes, a los que sacan los pies del plato, a aquellos y aquellas que reflexionan, crean o enseñan contra el poder y el orden establecido. ¡Qué orgullo para Florestan y para los que como él eligen defender el punto de vista político de las clases subalternas y explotadas!

¿Cuándo fundaremos en Argentina escuelas de formación política del movimiento piquetero o de las fábricas recuperadas que lleven el nombre de Silvio Frondizi, Raymundo Gleyzer o Ernesto Guevara? Si estuviera vivo —de algún modo lo está, no físicamente pero sí a través de sus enseñanzas, de sus libros y del cariño que el pueblo brasileño siente por él— seguramente Florestan se acordaría de aquella reflexión del joven Marx, según la cual cuando la teoría prende en las masas y el pensamiento teórico penetra en las raíces del suelo popular ambos se convierten en una poderosa e imparable fuerza material. Precisamente eso es lo que está sucediendo en la Escuela de Formación Política del MST.

Junto a la recuperación de los intelectuales revolucionarios y del pensamiento marxista en la inauguración de la Escuela circuló la palabra rebelde de las humilladas y los condenados de la tierra. En los idiomas más diversos —como en una renovada torre de Babel del siglo XXI— ellas y ellos vuelven una y otra vez a enseñar el mismo camino: solidaridad, resistencia, unidad, lucha, antiimperialismo, socialismo. Sí, fue una fiesta. En todas las acepciones del término. Por la alegría y también por sus protagonistas. Porque si hubo una protagonista destacada ella fue la juventud. Una juventud que vivió y disfrutó de las canciones, los bailes, la música, la alegría, siempre entrecruzados con el estudio y la militancia. Unida a una increíble disciplina (auto)consciente, militante, revolucionaria, por la cual una masa gigantesca de jóvenes se podían quedar cantando o festejando hasta cualquier hora de la madrugada y a las ocho de la mañana estar listos para el debate sin que nadie obligue ni coaccione a nadie.

¡Qué distinto se vive el estudio cuando no es fruto de una imposición formal ni está guiado por una disciplina heterónoma destinada a obtener un título o una matriculación sino que está motivado por la necesidad vital de crecer, de formarse, de militar y así contribuir a cambiar el mundo!

Y entonces, en medio de debates y festejos, de abrazos y alegrías, se

entonaron numerosas veces esos versos gloriosos de la Internacional, esa canción de lucha que hace erizar la piel hasta las lágrimas. La Internacional, cantada junto con una masa gigantesca de rostros transparentes y esperanzados, de manos curtidas, de gente brava y levantisca acostumbrada a la lucha contra la crueldad del capitalismo y sus cuerpos represivos, a la solidaridad y hermandad de clase. Sí, la Internacional, en medio de incontables banderas rojas y una gigantesca pintura con el retrato de grandes líderes revolucionarios de los cinco continentes.

Y en el centro del retrato la cara dibujada de Lenin, mirando de frente con los ojos bien abiertos. Sí, Lenin. ¿Otra vez Lenin? ¿Lenin en la América Latina del siglo XXI? ¿Lenin rodeado de rostros morenos, piel oscura y manos curtidas? Sí, Lenin. Y el Che Guevara. Y Carlos Marighella y Rosa Luxemburg, entre muchos otros más.

Pero... ¿cómo? ¿Todo eso no es viejo? ¿No pertenece al pasado? ¿No pasó de moda? ¿No estaremos relatando una vieja película? No, no era una película. No se trataba de recuerdos nostálgicos ni impotentes añoranzas del pasado.

¿Por qué recuperar esos símbolos de rebeldía? Las hermanas y los hermanos Sin Tierra saben perfectamente la respuesta. No hace falta preguntarles. Las sonrisas de oreja a oreja, los abrazos, las lágrimas, los nuevos abrazos donde se mezclaba la gente de Brasil con compañeros y compañeras de los países y culturas más remotos del mundo constituyen respuestas demasiado contundentes como para animarse siquiera a preguntar por qué Lenin, por qué Rosa, por qué el Che.

Y otra vez escuchamos, repetida mil veces, esa palabra hermosa que los militares argentinos y brasileños —fieles perros guardianes del imperialismo norteamericano y sus burguesías vernáculas— quisieron borrar la faz de la Tierra. ¡El internacionalismo! Pero no se trataba sólo de una linda palabra o una consigna atractiva dibujada tranquilizadamente en un papel. Se veía en la cara de la gente. ¡Cuántos rostros distintos! ¡Qué variedad conforma al género humano! Negros enrulados, amarillos con ojos rasgados, blancos pálidos y rubiones, mestizos, indígenas, todos los colores, todas las nacionalidades, todas las formas en un mismo rostro de alegría y esperanza cantando juntos y juntas la Internacional. Mientras el capitalismo de nuestros días sigue reproduciendo el racismo, la intolerancia, la xenofobia y el extremismo nacionalista, el socialismo recrea y potencia toda la diversidad y la fraternidad en su proyecto esencialmente internacionalista y humanista. Ni los mejores murales de Diego Rivera, donde Marx y los líderes socialistas internacionales siempre aparecen rodeados de todos los rostros del mundo, contienen la variedad mundial de amigos que hoy en día logra reunir la militancia del Movimiento Sin Tierra.

Y entonces nos encontramos con uno de los principios originales del MST: la mística. Esa palabra intraducible, de origen religioso que ha sido secularizada por el Movimiento Sin Tierra, donde se dan la mano la ética y la estética, la subjetividad y la identidad, la lógica de los sentimientos y las

emociones de la conciencia, la simbología y la cultura popular —es decir, todos las antiguas deudas y cuentas pendientes que nos dejó la pesada herencia del marxismo economicista y el stalinismo—. La militancia del MST invierte una energía y un tiempo increíble preparando hasta el último detalle de las representaciones estéticas donde se celebra la recuperación de la tierra y la rebeldía contra los hacendados y patrones, las guardias blancas y los matones al servicio de los millonarios. Representaciones escénicas y musicales en las cuales la identidad político-cultural se va construyendo desde la conciencia pero también desde los afectos, las emociones y los sentimientos.

Y junto a Lenin reaparece de nuevo en la América Latina del siglo XXI el Che Guevara. Siempre el Che. Presente en cada instante de la inauguración de la Escuela Florestan Fernandes, pronunciado en todos los idiomas, recreado en todos los colores, omnipresente en todas las intervenciones y en todos los rostros. ¡Cuánta admiración tienen los militantes del MST por el Che! ¡Con qué cariño y con qué atención escuchaban los campesinos, los estudiantes, los trabajadores del MST a Aleida Guevara, la hija del revolucionario —ella misma médica revolucionaria e internacionalista en Nicaragua y Angola—! A pesar de todos los maremotos de desinformación que día a día bombardean con el mensaje monocorde y mediocre que proviene de Miami, la revolución cubana del Che y Fidel sigue estando en el centro del corazón de los humildes, de las explotadas y de los rebeldes.

En medio de este seminario hemos tenido el privilegio y el tremendo orgullo de abrazar a esas combativas mujeres palestinas, envueltas en sus pañuelos que ya se han convertido en símbolo de rebeldía universal. Madres militantes que mientras recordaban a sus muertos en la tortura del ejército israelí, le hablaron a la juventud brasileña de la importancia fundamental del ejemplo del Che Guevara para las luchas actuales en Palestina. Ellas se refirieron expresamente a la actualidad del Che no sólo para el Medio Oriente sino para, según sus propias palabras, el futuro socialista de toda la humanidad.

Lo interesante es que de la mano del Movimiento Sin Tierra, después del saludo y el discurso de estas hermosas señoras de la dignidad tomó la palabra un joven judío de Israel crítico del sionismo, recordándole a los presentes y a la humanidad que el agresivo Ejército sionista no es enemigo únicamente de nuestros hermanos palestinos sino también de todos los judíos antiimperialistas. ¿Qué judío humanista y revolucionario de cualquier parte del mundo, habite donde habite, no sentirá asco y repugnancia frente a los torturadores sionistas, amigos de Videla y de Pinochet, de Somoza y de los racistas sudafricanos, de George W. Bush y de cuanto fascista ande suelto por allí? ¿Acaso no fue ese mismo Ejército israelí el que vendía armas a Videla cuando en la Argentina de 1976 desaparecieron en los campos de tortura y exterminio aproximadamente 2.000 militantes judíos? Israel les dio la espalda, estrechando la mano sangrienta del general nazi Jorge Rafael Videla.

Y entonces tomó la palabra François Houtart, ese entrañable y humilde sociólogo de la religión, que desnudó la estrategia imperial dirigida a reemplazar la agricultura tradicional por los cultivos transgénicos y rentables, en América Latina y en el sudeste asiático. Mientras recuperaba la lucha de los pueblos de Vietnam, Tailandia e Indonesia contra la agricultura capitalista, François Houtart nos recordó que la religión puede ser el “opio del pueblo”. Efectivamente, ese rol ha jugado en gran parte de América Latina a la hora de enfrentar a los rebeldes y pedirles “paciencia y reconciliación”. Pero Houtart también nos enseñó que la religión puede jugar otro papel: el de incentivo para la rebeldía popular. Allí está la teología de la liberación, tan importante en el MST, para corroborarlo.

Luego, se hizo presente el testimonio de los militantes de Mozambique y África del Sur, recordando que la lucha contra la desigualdad continúa aunque ahora haya en el sur de África un presidente negro. Esas reflexiones políticas de los compañeros africanos sirvieron de contrapunto a las intervenciones de alemanas y coreanos, libios y colombianos, franceses y cubanos, españoles y chilenas, argentinos y venezolanos. Puro internacionalismo.

Y el balance crítico y radical, pero al mismo tiempo esperanzador, de Mónica Baltodano quien nos explicó las profundas debilidades y los desafíos del sandinismo. También sobre el sandinismo intervino Carlos Fonseca Terán, hijo del legendario fundador del Frente Sandinista (FSLN), demostrando que a pesar de todo, a pesar tanta frustración, en Nicaragua quedan importantes reservas para continuar la lucha por cambios sociales radicales. Y entonces se escuchó la reflexión sobre el marxismo de Georges Labica junto con el testimonio de Marta Harnecker acerca del proceso bolivariano de Venezuela. A los que se sumaron los llamados de atención sobre la represión salvaje contra la insurgencia y al activismo social por parte del compañero Isaac M. de Colombia. Y no podía faltar la mano siempre amiga de Cuba, esta vez representada a través de Fernando Rojas del Ministerio de Cultura y Joel Suarez del Centro Martín Luther King de La Habana, así como tampoco la de un enviado del gobierno de Hugo Chávez de Venezuela.

También se socializó la experiencia de formación política desarrollada por la Cátedra Che Guevara de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo de Argentina, mientras se intentaba mostrar el “otro rostro” del gobierno de Kirchner, quien combina la división, la cooptación y la represión contra los movimientos piqueteros y las fábricas recuperadas con la judicialización de la protesta social.

Más tarde, Kiva Maidanik, quizás el único soviético que siente admiración y afecto por el Che Guevara —a quien conoció personalmente—, hundió el escalpelo en la antigua URSS y su descomposición ideológica, previa al derrumbe, mientras reafirmaba sus esperanzas ante la nueva perspectiva de rebelión que se abre en América Latina. No casualmente João Pedro Stedile —del MST— presentó cariñosamente a este científico

social soviético como alguien que “hace cincuenta años viene hablando mal de Stalin”.

Las experiencias del pasado, con sus aciertos y sus tremendos errores, no pueden estar ausentes de la formación política. Hay que aprender de aquello que se hizo mal para evitar repetir y chocarse dos veces con la misma piedra. En ese sentido, fue muy lúcida la intervención de Jacob Gorender, antiguo militante comunista brasileño quien con más de 70 años sigue creyendo en el socialismo. Este viejo y experimentado militante alertó a los jóvenes formadores de cuadros del MST sobre la mediocridad del viejo dogmatismo stalinista y les recordó muchos de los obstáculos ideológicos que la nefasta influencia de Stalin provocó sobre la militancia de izquierda.

La lista de oradores y participantes continúa. Es muy larga. Imposible enumerar tantas voces rebeldes, tanta ganas de participar de las delegaciones de todos los países del mundo. Imposible.

Y entonces hablan los brasileños. Entre otros, Ranulfo Peloso da Silva reconstruyó la trayectoria del CEPIS (Centro de Educación Popular del Instituto Sedes Sapientiae) advirtiendo sobre el doble peligro que se abre en la formación política que se inspira en el marxismo: el academicismo elitista y el basismo populista. Cuando un compañero le agradece a Ranulfo en nombre del MST su participación y sus aportes al encuentro —una costumbre de fraternidad pública que rompe totalmente con la frialdad que muchas veces tiñe las relaciones interpersonales en la izquierda marxista— aprovecha la ocasión y le recuerda que hace veinte años fue su profesor. En aquellos tiempos de fundación, cuando el MST recién nacía y aún estaba en pañales, tanto Ranulfo como los demás compañeros del CEPIS pusieron su hombro para que el nuevo movimiento comenzara a dar sus primeros pasos.

La militancia orgánica del MST intervino entonces en el seminario a través de Ademar Bogo, Adelar João Pizetta y João Pedro Stedile, quienes insistieron con el carácter estratégico de la Escuela de Formación Política Florestan Fernandes. Los tres reafirmaron a cada instante la necesidad de la unidad combativa del MST. Esa unidad que tanta falta hace en el movimiento piquetero argentino, que se divide y subdivide al infinito para alegría de los millonarios, los banqueros, la policía y los empresarios.

Además de contestar la campaña de calumnias que la prensa burguesa desarrolla contra el MST, estos tres dirigentes del movimiento dejaron en claro la autonomía de los Sin Tierra frente al actual gobierno de Brasil. Anunciaron una marcha nacional que culminará el primero de mayo y reafirmaron los lineamientos ideológicos generales que guiarán la naciente institución pedagógica. Entre otros, y no es tema menor, aclararon que la formación de los militantes no será exclusiva de la Escuela. La formación integral deberá incluir el estudio de libros y el cursado de materias y seminarios pero complementados con la participación en las luchas políticas.

El acto de inauguración culminó entonces con varios árboles plantados en el terreno de la Escuela como símbolo de respeto hacia la naturaleza despreciada y degradada por el sistema capitalista.

Fiel a su historia, junto con esos árboles, el MST acaba de sembrar las semillas de un futuro distinto. Los frutos de esa hermosa cosecha contribuirán a largo plazo al desarrollo de todos los movimientos sociales latinoamericanos.

Hemos llegado al gobierno pero no tenemos el poder todavía (Entrevista con Evo Morales)

A comienzos del año 2008, en plena efervescencia política, hemos sido invitados a Bolivia para inaugurar varias Cátedras Che Guevara y Escuelas de Formación Política. Dos de ellas fueron organizadas por compañeros del MAS (incluyendo desde diputados y equipos de gobierno hasta militantes de base). La otra por la organización Patria Insurgente. Más allá de los matices políticos de estas diversas iniciativas, nos encontramos en todos esos espacios con antiguos militantes y combatientes del ELN (Ejército de Liberación Nacional), fundado por el Che Guevara y sus compañeros. Algunos de ellos lo conocieron personalmente a Mario Roberto Santucho. Otros lucharon en Chile, en Nicaragua y en otros países. No resulta casual que en las diversas lecturas del proceso político y social que actualmente vive Bolivia, la herencia del Che Guevara continúa inspirando los anhelos y proyectos de transformación social radical.

Bolivia se encuentra en medio de un agudo conflicto político donde la derecha más recalcitrante, alentada y asesorada por la CIA y la USAID, pretende independizarse y lanzar una insurrección armada contrarrevolucionaria al estilo del golpe de Estado que los escuálidos organizaron en Venezuela en el año 2002.

Solidarios con el proceso de transformación social recién iniciado por nuestros hermanos bolivianos, además de inaugurar varias Cátedras Che Guevara, participamos en las manifestaciones callejeras. Portando banderas internacionalistas, militantes argentinos y hermanos bolivianos marchamos juntos por La Paz, todos entremezclados con las nutridas columnas de los mineros (que hacían tronar sus dinamitas), los campesinos, las comunidades indígenas y compañeros de la Universidad Nacional de la mina Siglo XX, formada por la Federación de Mineros. Lo hicimos convencidos que nuestra lucha antimperialista y por el socialismo es continental y abarca toda la patria grande. Nuestro campo de batalla alcanza todo el mundo. El deber de todo revolucionario es hacer la revolución. No hay fronteras en esta lucha a muerte. Cada destacamento constituye apenas una pequeña parte de un movimiento internacionalista de alcance continental que recién comienza a gestarse con nuevas generaciones. Las luchas más radicales todavía no han empezado. Nada de nostalgias paralizantes. Lo mejor está por delante.

Como parte de esas muchas actividades realizamos una entrevista con el compañero Evo Morales³⁷.

³⁷ Entrevista realizada en conjunto con Itai Hagman. También estuvieron presentes integrantes de la agencia de noticias argentino-boliviana «Bolivar».

Nosotros formamos parte de la Cátedra Che Guevara de Buenos Aires y hemos venido invitados a Bolivia a inaugurar diversas Cátedras Che Guevara. Nos gustaría saber cuándo fue la primera vez que usted escuchó hablar del Che. ¿Cómo lo recuerda?

Evo Morales: La primera vez que escuché hablar del Che Guevara fue en el Chapare. Si no recuerdo mal fue en el año 1980, cuando yo tenía 18 ó 19 años.

¿Quién le habló por primera vez del Che? ¿Compañeros de militancia? ¿La familia?

Evo Morales: Fueron compañeros de militancia. Eran dirigentes sindicales. En 1980, en plena dictadura militar de García Meza. Tuvimos un gran problema. A un hermano lo quemaron vivo. Fue el equipo de lucha contra el narcotráfico, narcóticos, la estructura de represión de Luis García Meza Tejada, el general golpista que ahora está en la cárcel en Chonchocorro. Hasta ese momento yo tenía la idea de que el presidente, aunque fuera dictador o demócrata, era presidente para mí. El presidente tenía que ser el padre de todos los bolivianos. ¿Cómo el funcionario del presidente va a hacer quemar a su pueblo, a su hijo? ¡Yo no lo podía entender! Yo estaba en la cancha de fútbol, con un grupo de jóvenes... El dirigente del sindicato llama y convoca a una reunión de emergencia, dice que hay que salir a una marcha, que han quemado a un hermano de un sindicato. ¡Yo no lo podía entender! ¿Cómo el presidente podía hacer quemar al pueblo? Los jóvenes que jugábamos al fútbol decidimos que había que apoyar al sindicato y decidimos ir a la marcha. Ya en la concentración nos preguntamos qué podíamos hacer. Había unos calendarios grandes, con la plata de Estados Unidos, de USAID... entonces en esos cartones, del lado que estaban vacíos escribimos VIVAN LOS DERECHOS HUMANOS, RESPETO A LOS DERECHOS HUMANOS, empapelamos el carro para ir a la concentración. Era quizás la mejor delegación que llegaba a esa concentración por los derechos humanos y en repudio a esa acción de quemar vivo a un hermano. Y ahí aparece un dirigente hablando del Che, nos dice que el Che estaba por Chapare... que había un compañerito viejito que todavía estaba vivo y siempre hablaba del Che. Parece que había un dirigente sindical, un tal Vargas, que murió por allá y estaba planificando para que el Che entre a la zona del Chapare. Casi todos estaban muertos los que hablaban del Che. Entonces era muy interesante todo eso... ahí empecé a profundizar, a comprar unos libros, pero... ¡esos libros hablaban todo lo contrario del Che! [risas]. Y entonces luego compré otros libros que hablaban bien del Che y me encantaron.

¿Qué opinión tiene hoy del Che Guevara?

Yo creo que el Che Guevara fue, es y seguirá siendo el símbolo de las revoluciones en todo el mundo.

¿Y qué opina de su compañero, Fidel Castro, quien se acaba de retirar del gobierno de Cuba?

Tanto Fidel como el Che serán dos yuntas, serán los dos grandes símbolos en todo el mundo...

Usted conoció a Fidel personalmente...

Evo Morales: Sí, varias veces.

¿Qué opinión tiene de él?

Evo Morales: Yo creo que es un maestro, un sabio. Es el mejor “médico” del mundo. Yo llegué a la conclusión, a partir de la colaboración del pueblo cubano, de su gobierno y de su comandante con el pueblo boliviano que el país más humillado, reprimido y bloqueado por el imperio es el más solidario con los pueblos del mundo.

En la lucha actual de los pueblos del mundo, incluido el pueblo boliviano, la lucha contra el imperialismo y la defensa de los recursos naturales es fundamental. ¿Qué relación tiene el actual gobierno de Bolivia con las empresas petroleras multinacionales?

Evo Morales: Lo que dijimos durante la campaña electoral: sobre nuestros recursos naturales queremos socios... ¡no patrones! En el primer año, cuando nacionalizamos durante el 2006, hubo mucha susceptibilidad. En el 2007 consolidamos los nuevos contratos y ahora pasamos al tema de inversión. Hay relaciones no siempre tan confiables con algunas empresas.

¿Hay alguna perspectiva de nacionalizarlas?

Evo Morales: La nacionalización consiste en que el Estado asuma el control efectivo de sus recursos de gas e hidrocarburos. Hubo récords de inversión. En 1998 hubo 600 millones de dólares de inversión, en el marco de la privatización, mal llamada “capitalización”. Ahora, en cambio, entre el Estado y las empresas tenemos 2.300 millones de dólares de inversión para el sector hidrocarburífero.

¿Hay posibilidad de nacionalizar las empresas privadas en el área de los hidrocarburos?

Evo Morales: Una cosa es que pase a propiedad de los bolivianos los hidrocarburos y el gas y otra cosa es la inversión privada, por decir en

ductos. Si hay inversión respectamos esa inversión. Cualquier inversionista tiene todo el derecho de invertir, recuperar su inversión y tener derecho a las utilidades. En eso somos respetuosos, pero en el tema gas y en el tema petróleo, el pueblo boliviano tiene la mayor propiedad. Eso es lo que hemos nacionalizado. Lo que hemos cambiado es que antes el 18% quedaba para el pueblo boliviano y el 82% se lo llevaban las grandes empresas. Nosotros hemos invertido esa relación. Ahora el pueblo boliviano se queda con el 82% y a las empresas les corresponde el 18%. En cuanto a este tema, en el año 2005 ¿cuánto ingresaba al tesoro del Estado? Pues 300 millones de dólares por hidrocarburos. El año pasado llegamos a 1.930 millones de dólares. Con lo que nos debe Brasil, el año pasado hemos recibido 2.300 millones de dólares por los hidrocarburos. ¡Esa es la nacionalización! De esos recursos y esa renta nacionalizada hemos destinado una parte importante a un bono popular, el bono Juancito Pinto, destinado a la niñez. Eso significó una revolución social.

¿Cuáles son los principales problemas que afronta el gobierno?

Evo Morales: Uno de nuestros problema está en la fiscalización. Ahí tengo un problema. En el marco de la austeridad yo me rebajé mi sueldo de 40.000 bolivianos a 15.000 bolivianos. Hay algunos “expertos” en el tema de hidrocarburos que no están dispuestos a ganar menos que el presidente. Como ganan más de 50.000 bolivianos se van a trabajar a las multinacionales. Yo siento que nuestras universidades públicas no forman patriotas. Forman profesionales por la plata y no por la patria. Por esas razones tenemos nuestra debilidad. Estamos debatiendo. Necesitamos definir políticas, proyectos y programas para la industrialización. El próximo año debe ser el año de la industrialización. Ya estamos sentando algunas bases en ese sentido. Estamos buscando socios, como Estado, básicamente entre otras empresas de Estado.

¿Qué sucede con el problema de la tierra, con los procesos de reforma y revolución agraria?

Evo Morales: Bueno, hay una profunda diferencia entre la reforma agraria y la revolución agraria. La reforma agraria de 1952 y 1953 se ha producido bajo un levantamiento permanente indígena, con fusil al hombro, que obligó a los partidos y gobiernos de turno a realizar una reforma agraria. Pero esa reforma agraria de 1952 ha dejado minifundios, surcofundios, latifundios (sobre todo en el oriente boliviano)... Nosotros ahora, dentro de una revolución agraria nos hemos planteado la redistribución de la tierra. En dos años hemos llegado a redistribuir más de 10 millones de hectáreas, a nivel titular. Mientras que los gobiernos anteriores, a lo largo de 10 años llegaron a sanear 10 millones. Nosotros lo

hicimos en dos años. A ellos cada hectárea saneada les costó diez dólares, a nosotros nos constó un dólar por hectárea. ¡Una tremenda diferencia! La revolución agraria tiene cuatro componentes: la redistribución, acabar con el latifundio (improductivo, especialmente), luego la mecanización (entregamos más de mil tractores), los créditos y la apuesta por productos ecológicos. También está el tema del comercio. Frente a los tratados de Libre Comercio (TLC), hemos tratado de promover un tratado de comercio justo entre los pueblos (TCP), que nos está costando un poco implementarlo.

¿Qué relación guarda ese tipo de tratados con el ALBA?

Evo Morales: Son parte: el ALBA contra el ALCA, y el TCP contra el TLC. El ALBA y el TCP son dos yuntas que trabajan en la misma dirección.

Actualmente Bolivia vive la reacción de las regiones conocidas como la medialuna, aquellas regiones autonómicas y separatistas gobernadas por la derecha que no aceptan subordinarse al gobierno central. Si estas regiones se sublevan y deciden declarar su autonomía e independencia, rompiendo la unidad nacional del estado boliviano, al estilo de Kosovo y bajo influencia norteamericana, ¿el gobierno central, el gobierno del MAS, tienen fuerza suficiente como para imponerse a esa desestabilización promovida por la derecha?

Evo Morales: Hay que recordar que el poder es del pueblo, no del gobierno del MAS ni de Evo Morales. Hemos llegado al gobierno pero no tenemos el poder todavía. Estamos en un proceso en el cual hay que pensar como construir el poder del pueblo, yo creo en las fuerzas sociales.

¿Esas fuerzas sociales cómo operarían frente a un posible levantamiento insurreccional de la derecha?

Evo Morales: Habría que preguntarle a ellas cómo operarían...

¿Qué función cumplirían las Fuerzas Armadas en ese conflicto?

Evo Morales: Hasta ahora están muy identificados. Yo me he impresionado, pese a que todos los altos mandos militares son mis mayores... En la cultura andina, en la cultura indígena, un menor no puede dirigir a una persona mayor. Yo doy sugerencias, no tengo ese

carácter de dar instrucciones. Aunque como capitán general de las Fuerzas Armadas de la nación yo podría dar instrucciones. ¿Por qué tienen respeto? Yo he prestado mi servicio militar obligatorio. Casi todos los presidentes nunca han ido a los cuarteles, no han prestado servicio militar. Como presidentes mandaban e instruían, utilizaban políticamente, no respetaban la institucionalidad. Yo, Evo, como ex soldado, respeto y me hago respetar. Los militares respetan entonces la institucionalidad.

¿No hay peligro de golpe de Estado?

Evo Morales: Bueno, ¿quién podría garantizar eso? Pero hasta ahora no tengo nada de qué quejarme de las Fuerzas armadas, ya que respetan la institucionalidad. Pero lo importante que hay que destacar es que nuestro gobierno respeta y defiende las autonomías pero se opone al separatismo, bandera de las derechas oligárquicas y racistas. Esas derechas, sobre todo de Santa Cruz de la Sierra donde no todo el pueblo sino pequeños grupos, a mí me dicen “mono”, “indio”, “macaco”... Cuando las derechas separatistas me pedían un referéndum revocatorio yo les contesté: “¿por qué no nos sometemos todos a un referéndum revocatorio?” Ellos se asustaron y no quisieron. La gente de Santa Cruz promovía de manera ilegal un estatuto autonómico. Después de que perdieron la “mamadera” a nivel nacional, ahora quieren seguir mamando a nivel departamental para no perder la mamadera por completo. Eso a nivel económico. A nivel político el problema para ellos es Evo Morales. No aceptan que un indio gobierne Bolivia. Hay una cuestión de codicia, de envidia, de poder. Ellos, la derecha, utilizan el problema de la autonomía y la capitalidad para mantener sus cuotas de poder. Por eso, con todo el pueblo movilizado, hemos impulsado que el Congreso apruebe una convocatoria a un referéndum para que todo el pueblo se exprese sobre la nueva constitución política del Estado boliviano. Esta constitución garantiza la autonomía pero rechaza el separatismo. El estatuto autonómico tiene consecuencias como la siguiente: si un argentino llega a Santa Cruz y quiere adquirir derechos políticos, lo tiene que hacer como cruceño, no como boliviano. Lo mismo en el tema tierras, que según esos estatutos serían de propiedad departamental y no de todos los bolivianos y bolivianas. Entonces la nueva constitución garantiza autonomía e igualdad entre todos los departamentos pero en el marco de la unidad nacional. Se va a garantizar la autonomía: autonomía como comunidad, pero sin independencia, separación ni desmembramiento de Bolivia. El reclamo separatista no le pertenece a todo Santa Cruz sino a una minoría. Y la dinámica de las mayorías y las minorías es importada. En las comunidades se funciona de otra manera, allí es por consenso, no por mayoría y minoría.

Estados Unidos está jugando un papel muy activo en esta demanda de autonomía separatista. ¿Cómo visualiza usted ese rol del imperialismo norteamericano en Bolivia?

Evo Morales: La responsabilidad de los diplomáticos es hacer diplomacia, comercio, etc., no hacer política. Pero el embajador de Estados Unidos en Bolivia hace política. Incluso el embajador de EEUU está en Santa Cruz, no en La Paz. Sus operaciones son muy sospechosas pero poco a poco le vamos cortando las alas. Hemos tenido muchos problemas con la embajada de EEUU y con USAID. Esta institución norteamericana convoca a las ONGs y les ofrece plata con la condición de que hagan oposición a Evo Morales. A algunos dirigentes campesinos les daban 2.500 ó 3.000 dólares al mes... y cuando nosotros hablábamos con estos compañeros nos decían “hay que aprovechar la plata de los gringos”. A Algunas organizaciones les han dado hasta 20.000 dólares con la condición de que no aprueben a Evo Morales. Las ONGs se meten para manejar ese dinero. También hay muchos otros problemas como el espionaje. La CIA también está metida. Pero en resumen el embajador de EEUU con todos sus equipos, encabezan la conspiración contra el gobierno de Evo Morales. Nosotros tenemos el derecho de garantizar el respeto mutuo entre ambos países.

Los norteamericanos tienen bases militares en Bolivia, ¿no es cierto?

Evo Morales: En algunos aeropuertos de Bolivia ellos tienen hangares cerrados...

¿Hay posibilidades de que se vayan?

Evo Morales: Estamos viendo, es todo un proceso, pero ya no es como antes. Antes la DEA operaba, controlaba en los retenes, comandaba en las Fuerzas Armadas y en la policía pero eso se terminó. Si están por allí en algunos aeropuertos se ocultan, filman o toman fotografías... creen que no me doy cuenta, pero ¡me doy cuenta! Algunas veces les hemos dicho al oficial boliviano que dejen de sacar fotografías. Ellos se escapan, se ocultan. Vamos a seguir revisando convenios. Pero es un proceso. No podemos creer que todos los funcionarios en el Estado boliviano son hoy revolucionarios. Tenemos que hacerlo con tiempo. Lo importante es que nosotros tenemos pleno derecho de hacernos respetar frente a la injerencia de Estados Unidos.

¡Salud a la Revolución Cubana... por los próximos 50 años de combate!³⁸

¿Por qué reflexionar, celebrar, saludar y escribir sobre los cincuenta años de la revolución cubana? ¿Se trata acaso de un “cumpleaños”? Sinceramente las efemérides no son lo que a nosotros más nos interesa ni lo que más nos simpatiza. En la batalla de las ideas y en la lucha por la hegemonía lo que define es el contenido político, no el calendario. Ya tuvimos oportunidad de lidiar, tragar amargo y hacernos bastante mala sangre con el “cumpleaños” light y descafeinado del Che en junio de 2008, cuando algunos oportunistas y acomodaticios que siempre van nadando con la onda del momento aprovecharon para llevarle flores y rendirle tramposo “homenaje” como una manera de cerciorarse de que se trataba de un cadáver, prestigioso y con mucho marketing, pero cadáver al fin de cuentas. Un muerto servido y condimentado al gusto del buen nostálgico. Como si eso no alcanzara, congelado en el bronce de una estatua que, faltaba más, no podía llevar fusil... ¡no vaya a suceder que a nuevos jóvenes se les ocurriera continuar con su ejemplo insurgente en el siglo XXI!

No se trata entonces de festejarle el cumpleaños a nadie, ni a los “héroes” individuales ni tampoco a un proceso social colectivo, entrañablemente querido y admirado, como es la revolución cubana. Si así fuese, cincuenta años representarían “la madurez”, el “sentar cabeza”, el inicio de la vejez y el ocaso (en este caso el comienzo del declive de un proceso de cambio).

¿Acaso eso estamos conmemorando? ¡De ningún modo! ¡No lo permitiremos!

La revolución cubana que nos enamoró y a la que seguimos queriendo intensamente con la cabeza y el corazón no es la del “realismo”, la “geopolítica” ni la madura “razón de estado”.

Como lo hemos expresado durante años en la práctica política cotidiana y en las filas de varios colectivos militantes defensores de la revolución cubana, en la formación política del movimiento de Cátedras Che Guevara de América Latina, en libros, artículos y ensayos, para nosotros la sola mención de Cuba, de la revolución socialista y de Fidel, significan algo bien preciso y determinado. Cuando nos hablan de ellos nos vienen a la mente dos procesos inseparables y entrelazados: rebelión y revolución. Ninguna de las dos, creemos, pueden ser recluidas en el polvoriento baúl de los recuerdos ni en el triste museo de homenajes a un “pasado glorioso”...

La revolución cubana es hoy —debe serlo— sinónimo de resistencia al imperialismo y persistencia en el intento por defender las conquistas

³⁸ Texto escrito el 31 de diciembre de 2008.

culturales y los derechos sociales de la transición al socialismo, junto con la indisoluble unidad de liberación nacional y perspectiva anticapitalista.

La vitalidad de la revolución cubana tiene que ver con el futuro, no con la nostalgia complaciente y los suspiros traicioneros de *“aquellos buenos viejos tiempos que se han ido y ya... no volverán”*.

El ejemplo de la revolución cubana, prisma de las esperanzas más ambiciosas, los deseos más indomesticables y las rebeldías más osadas, es el de la recreación permanente de los proyectos de cambios radicales. Nada más lejos de ese horizonte que la burocracia, la corrupción, el enriquecimiento, la diferenciación de clases y el mercado, como alertó Fidel en su célebre discurso pronunciado en la Universidad de La Habana el 17 de noviembre de 2005.

La dignidad de la revolución cubana, la de su pueblo y la de su dirección política histórica, se ha ganado con justicia en la confrontación con el imperio más poderoso de la tierra.

Esa es la Cuba que admiramos, respetamos, queremos y defendemos. Lo hicimos, lo hacemos y lo seguiremos haciendo.

No una revolución “jubilada”, cansada y exhausta, atada a la razón de Estado y a los compromisos con diversos gobiernos burgueses de la región (como fue el triste e indecoroso final de la Unión Soviética).

¿Cómo sintetizar entonces medio siglo de revolución? Quizás con pocas pero entrañables palabras: dignidad, herejía, originalidad, audacia, osadía, autoestima popular, tozudez, patriotismo, internacionalismo, ética, cultura y subjetividad comunista.

¿Qué significó históricamente la revolución cubana?

A nuestro entender, la recomposición del espíritu de ofensiva de los “años radicales” de la década del '20, opacados por la sombra gris y mediocre de hegemonía stalinista y populista durante casi treinta años.

Recuperar hoy ese mismo espíritu de ofensiva, ochenta años más tarde que Mariátegui, Mella y Farabundo Martí y cincuenta años después de aquel heroico ingreso del Ejército Rebelde en La Habana, es la gran tarea de una nueva generación continental. Tarea que sólo podrá concretarse en aguda e impiadosa disputa contra los viejos y los nuevos reformismos. Los mismos reformismos que en su momento insultaron a Mariátegui y condenaron el asalto al cuartel Moncada en nombre de la supuesta “falta de condiciones para la lucha”. Un leitmotiv que reaparece periódicamente... década tras década...

Espíritu de ofensiva, bien, pero... ¿ofensiva contra qué y contra quién? Contra el capitalismo, contra el imperialismo, y contra las corrientes ideológicas que los legitiman (principalmente el posmodernismo, pero también el posestructuralismo y el posmarxismo). Sin embargo no sólo contra ellos. También contra quienes apuntan —con lenguaje seductor, edulcorado y engañoso— a revertir los logros de la revolución cubana restaurando paulatinamente los trillados mecanismos mercantiles y en definitiva el capitalismo.

¡Sí, de eso se trata, de recuperar la ofensiva tras la internación en terapia intensiva durante un cuarto de siglo para los proyectos revolucionarios!

Y en ese camino, vertiginoso y arriesgado pero apasionante, aprender de la revolución cubana y de su liderazgo histórico. ¿O acaso Fidel y el movimiento 26 de julio, junto con todo el pueblo cubano, hicieron la revolución siguiendo los “consejos” de alguien? ¿Respetaron acaso el Ejército rebelde y todos los jóvenes que lo integraron y acompañaron la geopolítica de otros estados? ¿El primero de enero de 1959 se privilegió, quizás, las necesidades diplomáticas de países amigos?

¡No! Definitivamente, no. Fidel siguió su propio camino. Por eso triunfó. De eso se trata, de adoptar y aplicar su método de análisis y actuación de aquel entonces. Hoy necesitamos independencia mental. No ceñirnos a los “consejos” de nadie. No diagramar nuestra agenda política y nuestra estrategia de confrontación a largo plazo atando nuestras luchas a los compromisos coyunturales de ningún ministerio de relaciones exteriores, incluyendo los de los estados amigos y hermanos. Igual que hizo Fidel para poder triunfar. La revolución cubana ha sido y es una excelente maestra. Esperamos haber aprendido la lección que nos enseñó.

Recuperar entonces y reactualizar el internacionalismo militante, el latinoamericanismo apasionado y la independencia mental.

No dejarnos atrapar por los espantapájaros del macartismo ni por los cantos de sirena de ese reformismo putrefacto y recalentado, que sigue oliendo tan mal a pesar de que nos lo quieren presentar con envoltentes perfumes.

La significación de la revolución cubana tuvo y tiene entonces alcance mundial.

¿Cómo entender la radicalidad del movimiento afrodescendiente en Estados Unidos obviando la relación de las panteras negras con la revolución cubana? ¿Puede tal vez desconocerse la influencia de Fidel y el Che sobre los jóvenes rebeldes del 68 europeo? ¿Y la solidaridad con Vietnam? ¿Quién puede borrar la presencia solidaria de la revolución cubana en la liberación de Angola y el fin del *apartheid* sudafricano? ¿Y la insurgencia latinoamericana? ¿Cómo comprender la teoría de la dependencia, la pedagogía del oprimido, la nueva novela y el nuevo cine latinoamericano o la teología de la liberación sin el terremoto de 1959?

Ningún continente quedó al margen del huracán sobre el azúcar. “*Nuestro campo de batalla abarca todo el mundo*”, insistía Fidel cada vez que podía. Nosotros seguimos creyendo en eso. ¿Está mal?

Que la revolución cubana no abandone ese internacionalismo resulta esencial para su supervivencia. No es la política diplomática del “buen vecino” la que frenará la voracidad y la agresividad del imperialismo sino la emergencia de nuevas luchas radicales y el fortalecimiento de las que ya existen.

Seamos claros en este sentido y evitemos cualquier posible ambigüedad. Nos repugna el lenguaje de los eufemismos y las medias

tintas. Sólo la verdad es revolucionaria. **Hoy más que nunca hay que apoyar las luchas de la insurgencia en América Latina como la mejor manera de solidarizarnos y defender la revolución cubana.** Para que Cuba no siga peleando solita frente al imperio más poderoso de la Tierra hacen falta nuevas resistencias. Y cuando hablamos de insurgencia nos referimos explícitamente a la mexicana y a la colombiana, pero principalmente a ésta última, bastante más poderosa y mucho más radical que aquella otra (no casualmente mucho más demonizada desde el macartismo yanqui y sus medios de masivos de manipulación que pretenden asociarla con el narcotráfico o deslegitimarla llamándola “terrorista”). A no engañarnos, compañeros y compañeras. Cada golpe dado por la insurgencia contra los gringos en Colombia resulta infinitamente más solidario con la revolución cubana que mil turistas que pasean bronceados y se toman fotos por las playas de Varadero.

Cuba y su revolución, tan querida y tan admirada por todos nosotros, no pueden ni deben abandonar a los movimientos sociales latinoamericanos ni darles la espalda a las experiencias políticas más radicales en aras del entendimiento o la convivencia diplomática con gobiernos que, supuestamente, no atacan a Cuba.

La mejor solidaridad con la dignidad de esta revolución caribeña que hoy cumple 50 años y con su heroico pueblo que la ha sostenido cada día y cada minuto frente a la bestia imperial, la solidaridad más eficaz, la más digna, la más justa, la más realista, consiste en continuar la confrontación contra el capital, organizarse, prepararse para acelerar las luchas, recuperando el espíritu de ofensiva de los años '20 y los años '60, combatiendo al imperialismo donde quiera que esté.

Seamos realistas. Pisemos firme. No nos mareemos. Necesitamos ubicarnos en nuestra época. Pues bien. Ya no estamos en el desierto de los años '90, la situación latinoamericana ha cambiado. Tenemos que dejar la mentalidad defensiva de aquellos años tristes y mediocres posteriores a la caída del muro de Berlín y la derrota del sandinismo en Nicaragua. La impostergable solidaridad con la revolución cubana tiene que tener en cuenta ese dato.

En las nuevas luchas que se avecinan en este siglo XXI la bandera gloriosa de la revolución cubana seguirá flameando. En cada barrio, en cada fábrica, en cada hacienda, en cada escuela, en cada selva y en cada montaña en que se levante una nueva generación insurgente y revolucionaria habrá corazones palpitando junto a Cuba.

Estamos seguros que los trabajadores, las campesinas, los estudiantes, las mujeres, los defensores del medio ambiente, las guerrilleras, los combatientes y todos los militantes latinoamericanos por el socialismo seguirán llevando en el corazón la estrella incandescente de la revolución cubana, junto a la alegría y al ejemplo de su pueblo.

¡Salud queridos hermanos y hermanas de Cuba!

Nos seguiremos encontrando en la lucha...

Hasta la victoria siempre!

¿Revolución en el siglo XXI?³⁹

¿Cuáles son en su opinión las vías y las formas de la revolución en América Latina?

En mi opinión lo primero que quisiera destacar en esa pregunta es algo previo a la respuesta. Me refiero a la pertinencia o no de la revolución... Porque durante los últimos 25 años, es decir, un cuarto de siglo, las grandes usinas ideológicas del imperialismo y también de las diversas variantes del reformismo y la socialdemocracia internacional han tratado de inocular en el movimiento popular latinoamericano la peregrina idea de que la revolución ya no es viable, posible ni deseable.

Preguntarse entonces por las vías y las formas del proceso revolucionario latinoamericano presupone poner en discusión esa violenta campaña de desarme ideológico. Aclarado esto, me parece, desde mi modesta opinión —porque yo no soy un gurú con una bola de cristal ni un adivino que tenga la verdad revelada de ningún oráculo— que los caminos del proceso revolucionario latinoamericano son diversos y las formas muy variadas. No se pueden encapsular en recetas de pizarrón ni fórmulas de escritorio.

Las transformaciones sociales vienen y vendrán a través de movimientos sociales, organizaciones políticas y organizaciones insurgentes, político-militares. Durante el último cuarto de siglo los “tanques pensantes” del imperialismo y de la socialdemocracia supuestamente progresista han tratado de recortar ese abanico de formas de lucha, de aplastarlo, de segmentarlo, reduciendo la única forma a la lucha de los movimientos sociales, despreciando la organización política y deslegitimando, demonizando y satanizando, de modo absolutamente macartista, las formas no institucionales, insurgentes y político militares que históricamente ha asumido y continúa asumiendo la rebeldía y la resistencia popular de Nuestra América. Volver entonces a recuperar el debate por las vías y las formas de lucha y de transformación social radical se torna una tarea impostergable. Ya es hora de hacer un beneficio de inventario y un balance crítico con el reformismo y el posmodernismo que tanto nos reclamó despreciar las formas políticamente organizadas de la rebeldía popular (que no se limitan a las protestas espontáneas) y darles la espalda a las vías de confrontación radical —incluso político militares— con los poderes establecidos.

¿Tiene vigencia el planteamiento de la combinación de todas las formas de lucha?

³⁹ La siguiente entrevista fue publicada en Venezuela por la Agencia Bolivariana de Prensa (ABP) a fines del año 2008.

Los enemigos de nuestros pueblos, el imperialismo y las burguesías criollas (mal llamadas “nacionales”) no renuncian a ninguna forma de lucha. Desde la construcción de consenso, la conformación de la hegemonía hasta el ejercicio de la fuerza material. Si ellos tienen a mano y despliegan ese abanico de formas, ¿en nombre de qué los pueblos deberían renunciar a ciertas formas de lucha? ¿Frente a la violencia de arriba, ejercida no por un loco suelto sino por toda una serie de instituciones represivas —policía, gendarmería, fuerzas armadas, organismos de inteligencia, etc—, nuestros pueblos deberían acaso responder ofreciendo mansa y sumisamente “la otra mejilla”? No lo creo justificado. No lo creo deseable. No lo creo realista.

¿Cómo sería esa situación en el caso colombiano?

En Argentina existía un historiador y pensador de origen comunista, en su juventud, luego peronista revolucionario, en su madurez, que se llamaba Rodolfo Puiggrós. Su obra historiográfica es prolífica y muy polémica. Yo comparto algunos de sus puntos de vista, en otros casos (como es el tema del populismo) tengo opiniones muy diversas a las que lo hicieron famoso. Sin embargo siempre me gusta citar una idea suya. Decía el viejo Puiggrós que muchas veces los argentinos hemos sido “inspectores de revoluciones ajenas...”. O sea que como no hemos podido hacer nuestra propia revolución, vamos por el mundo con el dedo en alto inspeccionando revoluciones ajenas... Creo que debemos aprender esa lección. No soy colombiano. No conozco en profundidad la realidad colombiana.

Aclarado esto, creo sin embargo que como internacionalistas convencidos, que llevamos en la cabeza pero también en el corazón la Patria Grande latinoamericana, sí podemos opinar sobre otros países hermanos. Creo que el pueblo colombiano ha sido uno de los pueblos más dignos y combativos de la historia de nuestra América. Todo el mundo que esté mínimamente informado y que no tenga anteojeras ni reciba dinerillos del imperialismo sabe perfectamente que la violencia en Colombia no la inicia el pueblo sino las clases dominantes con el asesinato del caudillo popular Jorge Elieser Gaitán en 1948. Cualquiera que no haya vendido su pluma ni su conciencia a los grandes monopolios de (in)comunicación ni repita como un loro sumiso sus propagandas diagramadas desde una estrategia de “guerra psicológica”, sabe y conoce perfectamente que en Colombia las organizaciones político-militares nacieron hace varias décadas y que nunca han tenido nada que ver con la mafia ni con el narcotráfico. Por lo tanto, si en Colombia, a pesar de las innumerables campañas militares de exterminio contra el pueblo desarrolladas por varios gobiernos formalmente “constitucionales”, desvergonzadamente financiados por EEUU, continúan desarrollándose diversas formas de protesta popular (desde la movilización estudiantil, la huelga obrera, la protesta sindical urbana, la rebeldía indígena, las ligas agrarias y

campesinas hasta las luchas guerrilleras), eso no responde a ningún “complot” de unos monstruos irracionales o delirantes. Para comprender la historia de América Latina hace falta dejar de lado la deformante estética de Hollywood y su eterna “conspiración” internacional de monstruos malditos que pretenden acabar con la vida apacible de las familias norteamericanas. Colombia es parte de nuestra América. Allí proliferan diversas formas de lucha popular. Los sectores progresistas y honestos, que no ceden al chantaje de la maquinaria de guerra psicológica del Comando Sur del Ejército norteamericano y sus organismos de inteligencia, no sólo no deberían demonizar esas luchas sino que, en mi modesta opinión, deberían apoyarlas.

¿Cómo debe enfrentarse hoy el terrorismo de Estado y el intervencionismo imperialista?

En primer lugar llamando a las cosas por su nombre. Cuando los norteamericanos intervienen en los pueblos y sociedades del Tercer Mundo no estamos frente a la “defensa de los derechos humanos” ni a una “intervención humanitaria” sino frente a una agresión e invasión imperialista. No se meten en los demás países en nombre de la “racionalidad liberal” para enfrentar el fundamentalismo. Lo hacen para defender sus intereses, imponiendo por la fuerza su “*american way of life*” y sus negocios que incluyen, obviamente, la apropiación de los recursos naturales de los pueblos invadidos y sojuzgados.

En segundo lugar, cuando el Estado de cualquier país de América latina utiliza sus instituciones permanentes, formadas por decenas y centenas de miles de personas profesionales y entrenadas, que estudian cómo vigilar, cómo pegar, cómo reprimir, cómo matar, cómo asesinar, debemos llamar las cosas por su nombre. Eso no es “seguridad”. Eso es represión. Eso constituye violencia de arriba. Eso no es “democracia” sino terrorismo.

Debemos poner fin a la legitimación de la violencia de arriba contra el pueblo.

Para enfrentar la violencia de los Estados y la intervención del imperialismo todas las formas de rebeldía, resistencia y solidaridad popular son legítimas. Desde las grandes campañas de repudio, las movilizaciones a las embajadas yanquis, las huelgas, las protestas y también la resistencia armada. La violencia de los pueblos es una justa respuesta a una violencia sistemática implementada contra los pueblos. ¿Quién dijo que la única violencia legítima es la que se ejerce para mantener y reproducir el capital?

¿Tiene alguna opinión sobre el debate en torno a las FARC y la lucha armada que en los últimos tiempos ha tenido lugar entre el comandante Fidel Castro y el sociólogo James Petras?

Esa es una pregunta sumamente difícil, debo reconocerlo. Me resulta difícil opinar, porque el tema es complejo y porque además me siento muy vinculado a ambos polemistas. En el caso de Fidel, no sólo le tengo una admiración personal y un cariño que no puedo ni quiero disimular. Además lo considero un maestro. No mío, sino de varias generaciones de revolucionarios de nuestra América. Así lo he expresado en varios artículos publicados en Cuba, en Venezuela y en Argentina. También lo he condensado en un libro dedicado a la biografía de Fidel (titulado *Fidel para principiantes* —texto editado en Argentina, México, Estados Unidos y próximamente Cuba— por el cual pasé años leyendo y estudiando los discursos de Fidel y muchísima bibliografía sobre su vida y sobre historia de la revolución cubana). Tuve el inmenso honor de conocerlo personalmente en el año 2001 y de conversar largamente con él. Una experiencia absolutamente inolvidable que me sigue emocionando cada vez que lo recuerdo. Realmente le tengo mucho cariño a Fidel. Lo digo sin diplomacia alguna. Es lo que sinceramente siento y lo que pienso. Siempre he defendido a Cuba y a su revolución socialista y lo seguiré haciendo.

En el caso de James Petras, también lo conozco personalmente desde hace aproximadamente 15 años, desde una visita suya a la Argentina. He estado junto a él varias veces en La Habana (donde compartimos un jurado en el Concurso de ensayos «Pensar a contracorriente») y también en Caracas. Petras ha sido siempre muy valiente. En los años '90, cuando todo el mundo se hacía neoliberal o socialdemócrata, Petras seguía denunciando al imperialismo y la domesticación de los intelectuales “aggiornados”. Me consta que Petras siempre ha sido un defensor sincero de la revolución cubana. Pero no de manera hipócrita, para que lo inviten a eventos y grandes hoteles, sino por convicción. Petras tiene un estilo muy confrontativo en las polémicas, es ácido e irónico (maneja la ironía no sólo en inglés sino también en español, lo cual es difícil ya que no es su lengua materna). A veces el estilo sumamente hiriente de Petras lastima, ofende o molesta (lo cual no siempre es lo mejor, si lo que se busca es convencer al otro), pero muchas veces, detrás de ese estilo discutible, hay verdades fuertes y muy buenas fundamentaciones. Recuerdo sus polémicas de los años '90 y sus impugnaciones ácidas contra quienes pretendían dejar de cuestionar al imperialismo o abandonar el marxismo.

He leído algunas partes de la polémica entre ambos. No estoy seguro de haberla leído en forma completa, quizás haya intervenciones que me faltan consultar.

Lo primero que podría decir, remarcando una vez más la complejidad del problema abordado y lo difícil que me resulta opinar al respecto, es que es muy saludable que haya polémica entre los revolucionarios. Si hay polémica es porque el marxismo está vivo y la revolución está viva. Si hay polémica es porque el pensamiento radical — allí se ubican tanto Petras como Fidel— no ha muerto y sigue dando

batallas. ¡Bienvenida entonces la polémica fraternal entre compañeros y hermanos de la misma causa!

En segundo término, agregaría que Fidel había expresado esa opinión sobre la posible caducidad de la lucha armada ya antes de la muerte del comandante Marulanda. En los últimos años Fidel visitó dos veces la Argentina, si no recuerdo mal. Una vez estuvo en Buenos Aires, otra en Córdoba. Junto con miles y miles de jóvenes, fuimos a los dos actos. No me los podía perder. Escuchar a Fidel es un privilegio. Compartí gran parte de lo que dijo. Pero debo confesar, para ser sincero, que no me gustó nada cuando expresó que la lucha armada era cosa del pasado. No me pareció una formulación feliz, sobre todo tomando en cuenta que su auditorio no era el de viejos nostálgicos que recordaban los años '60 (aunque también había ese tipo de público) sino jóvenes que comenzaban a realizar sus primeras experiencias políticas luego de la rebelión popular argentina del 19 y 20 de diciembre de 2001. Jóvenes que hoy piensan cómo organizar fuerzas sociales revolucionarias en Argentina y en el cono sur. Muchas veces, corrientes reformistas o populistas, mayoritariamente institucionalistas e incluso cooptadas por el Estado y los partidos burgueses, nos han replicado en Argentina *“lo de ustedes está bien, pero es romántico, viejo y antiguo, acuérdense de lo que dijo Fidel cuando vino...”*.

Esa formulación desafortunada de Fidel, poco justificada y hasta incomprensible si la analizamos desde la óptica de los movimientos populares (no desde la lógica estatal de la diplomacia o la razón de Estado), sirvió para legitimar al gobierno de Kirchner y también para impugnar cualquier opción de cambios de fondo, radicales y revolucionarios, en nuestro continente. Aun siendo absolutamente defensores de la revolución cubana, con la cabeza y con el corazón, con la militancia y con las ideas, en los libros y en la práctica política de la vida cotidiana, esa formulación de Fidel no nos ayudó ni nos ayuda.

¿Acaso desapareció la salvaje política de “seguridad” (léase represión) de las burguesías criollas (burguesías lumpenes las denominaban Ruy Mauro Marini y André Gunder Frank) en América Latina? ¿Ya no hay violencia de arriba contra nuestros pueblos en nuestro continente? ¿Se puede cambiar el mundo (como propone por ahí John Holloway...) sin revolución? ¿Puede haber acaso revolución sin confrontación social, sin ejercicio de la fuerza material y sin grandes choques de clase? ¿Se puede recuperar para el pueblo lo que las burguesías y el imperialismo históricamente le expropiaron sin enfrentar por todos los medios posibles al Estado burgués y sus instituciones de represión?

Las respuestas, a mi modo de comprender, no son positivas, sino todo lo contrario. ¡Sin revolución no podremos expropiar a los grandes ricachones, resistir al imperialismo, defender nuestros recursos naturales y sociales, hacer respetar a nuestras patrias ni construir el socialismo! Recuerdo y traigo a colación el testimonio del embajador norteamericano —hombre siniestro de la CIA— en el formidable documental titulado «Salvador Allende» (2004) de Patricio Guzmán. Recordando lo que sucedió

en Chile, este cínico agente de la CIA en Santiago, organizador y ejecutor del nacimiento a sangre y fuego del neoliberalismo a escala mundial en septiembre de 1973, declaró ante las cámaras de ese conocido documental lo siguiente (cito de memoria): “*Ninguna clase social se suicida. ¿Qué querían inventar? Esto ya lo demostró Lenin*”. Como dicen los abogados: a confesión de parte, relevo de pruebas. Si los imperialistas lo reconocen...

Fidel lo sabe mejor que nadie. Basta consultar sus históricos discursos tras la muerte de su entrañable amigo y compañero Salvador Allende... ¿no vamos a aprender nada de aquella experiencia? Hoy en Bolivia, en Venezuela, en Colombia y en varios otros países vuelve a plantearse de manera urgente el problema. Nuevamente proliferan las ilusiones sobre la supuesta “neutralidad profesional de las Fuerzas Armadas” en Bolivia y en otros países. Es cierto, nunca se repite la historia, pero debemos aprender de ella.

En tercer lugar, se alega que “*ya no hay condiciones para la lucha armada*”. ¿Es cierto esto? Quizás pudo haber sido cierto en los años 90, cuando proliferaba y reinaba el neoliberalismo más furioso y agresivo (aun así en aquellos años —1994, si no recuerdo mal, apenas cinco años después de la caída del muro de Berlín— los zapatistas patearon el tablero, fusil en mano, y comenzaron a desmontar la euforia neoliberal, acompañando de este modo la persistencia irreverente y por entonces solitaria de la insurgencia colombiana). Pero en el siglo XXI queda claro que la situación ha cambiado. No se puede ocultar. Hoy hay un giro hacia la izquierda y hacia las posiciones de cambio social en todo el continente. Ya no estamos en los 90. Por el lado revolucionario o por el lado reformista, los “neoliberales clásicos” retroceden. Gracias al comandante Hugo Chávez y la revolución bolivariana, en la agenda latinoamericana hoy se vuelve a discutir el socialismo (palabra prohibida en los 90...). Actualmente hay nuevas generaciones que van para adelante, dejando atrás el pesimismo y la resignación de los 90. Además en nuestros días el imperialismo sufre una crisis tremenda, lejos estamos de la euforia de Francis Fukuyama que vaticinaba el reinado indiscutido y eterno de los EEUU.

¿Por qué decir entonces que “no hay condiciones”? ¿Por qué seguir repitiendo un latiguillo de los años 90 cuando la situación cambió de forma tan notable? Solo se podría explicar por la lógica diplomática y la razón de estado. ¡Pero es que el mismo Fidel ha sido el gran maestro que nos enseñó a despreciar esa lógica impulsando el internacionalismo militante en las épocas más oscuras! ¡De él y del Che lo hemos aprendido!

¿Por qué abandonarlo y subordinarse a la razón de estado y las conveniencias coyunturales geopolíticas o diplomáticas?

Incluso, pienso, si no hubiera condiciones... ¿no habría que intentar crearlas? ¿No fue la revolución cubana la gran maestra que nos enseñó que no debemos arrodillarnos ante el culto ciego y fanático de “las condiciones objetivas” (tan cultivadas por los manuales del marxismo

ortodoxo de la antigua Unión Soviética, cuestionados ácida y más que justamente por Fidel y el Che)?

En cuarto lugar, emerge la cuestión de la hegemonía. A esta altura de la historia, ya está bien claro que el capitalismo no se cae solo. ¡Basta ya de catastrofismo determinista y economicista! Por más crisis económica que haya (incluso ante una tremenda crisis estructural y sistémica como la actual, sólo comparable con la de 1929), el sistema del capitalismo no se derrumba si no hay organización, construcción de fuerza social y empuje popular que lo volteé y lo tumbe. La teoría de la hegemonía de Antonio Gramsci nos resulta de una actualidad abrumadora. Ganar mentes, corazones y espíritus —es decir, dar la batalla en el terreno de la subjetividad popular— es la gran tarea. Fidel lo ha comprendido de manera clara y diáfana. Es un maestro. Lo denomina con la terminología de José Martí, batalla de las ideas. Es la lucha por la hegemonía. Está muy bien. Nada más urgente en la época de la imagen y los grandes multimedias de la (in)comunicación.

Ahora bien. La batalla de ideas y la lucha por la hegemonía, urgente, impostergable, insustituible, no excluye ni cancela la violencia revolucionaria. Antonio Gramsci es muy claro cuando nos enseña a lo largo de todos sus *Cuadernos de la cárcel* que hegemonía constituye la combinación de consenso y violencia. Nunca hay consenso puro, como tampoco existe violencia pura. Siempre hay una combinación de ambos. Ni el régimen más despótico (pensemos en Pinochet o Videla) desestimó la construcción del consenso. Ni los regímenes más “pacíficos” (pensemos en Suecia o Noruega, paraísos añorados por todo socialdemócrata que se precie de tal) cancelan la violencia. ¿El político socialdemócrata y pacifista Olof Palme falleció de muerte natural? ¿En Francia no hay servicios de inteligencia? ¿No hay policía en Alemania ni grupos de choque antidisturbios? ¿En el estado español no se reprimen las manifestaciones obreras y no se tortura a la militancia independentista?

Todo proyecto revolucionario en nuestra América debe combinar la batalla de las ideas, la lucha por la nueva hegemonía, la creación de consenso con la estrategia de confrontación y el manejo de todas las formas (actuales o potenciales según el país y la situación concreta) de lucha. Prepararse en todos los terrenos es la gran tarea del momento.

En quinto lugar, se habla de la insurgencia colombiana y se le aconseja que la lucha armada ya no tendría vigencia. Eso fue lo primero que dijo Fidel. Respondiendo a las críticas que recibió, aclaró más tarde que los insurgentes no deberían entregar las armas, aunque la idea en cierto modo rondaba la polémica, por eso tuvo que aclarar, sino no hubiera hecho falta.

Preguntémosnos entonces: ¿deberían entregar las armas? ¿A nombre de qué? ¿Las guerrillas deben rendirse? ¿Es que acaso ya hay garantías democráticas, participación popular, nivel de vida digno para los humildes, respeto a la mujer, defensa del medio ambiente y soberanía completa para el pueblo colombiano? ¿Se acabaron los paramilitares? ¿Ya no hay presos

políticos en Colombia? ¿Todos los torturadores, violadores y asesinos de la motosierra han sido juzgados y encarcelados? ¿Y las tumbas y fosas comunes repletas de miles de NN? ¿Y los «falsos positivos» (asesinatos de civiles disfrazados como supuestos guerrilleros para cobrar recompensa)?

¿Por qué exigirle a la guerrilla que se arrodille sin condiciones? ¿Nos olvidamos de los 5000 asesinados de la Unión Patriótica, cuando las FARC intentaron una salida política y los aniquilaron como moscas ante el silencio cómplice de gran parte del progresismo ilustrado y bienpensante y la indiferencia bochornosa de la diplomacia internacional? ¿Alguien le pide al ejército colombiano, por ejemplo, que deposite todas sus armas en una plaza de Bogotá? Cualquier persona con sentido común lo vería como un despropósito. ¿No es cierto?

La legitimidad de la insurgencia colombiana no se puede anular por decreto. Además, la mejor manera de que los yanquis no enfoquen toda su energía represiva y contrarrevolucionaria sobre el heroico pueblo cubano que tan valientemente ha resistido durante tantos años al bloqueo, es que se mantengan las actuales resistencias antimperialistas (Colombia, Palestina, Irak, Afganistan) y surjan incluso nuevas resistencias. Que la insurgencia colombiana —especialmente las FARC— siga existiendo y desarrollándose es la mejor garantía para que la Venezuela bolivariana no sea cercada por los títeres de los yanquis que gobiernan Colombia y así pueda profundizar su proceso. Que sigan existiendo las FARC es la mejor garantía para que los yanquis tengan que dispersar sus fuerzas ayudando de este modo a que la Cuba de Fidel se mantenga firme sin ceder un milímetro, como siempre lo ha hecho. Esa era precisamente la estrategia del Che en su “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, multiplicar las luchas para dispersar la fuerza del enemigo. Hoy no es Vietnam sino Colombia, Palestina, Irak, el país vasco y Afganistán. La estrategia del Che sigue siendo actual y pertinente, adaptada a nuestra coyuntura.

¡La mejor defensa de Cuba hoy pasa por la continuidad de las luchas sociales radicales, sindicales, campesinas, estudiantiles y político-militares, contra el capitalismo y el imperialismo en toda América Latina, incluida la resistencia armada de los guerrilleros y las guerrilleras colombianas! Flaco y delgado favor le harían a Cuba si las FARC abandonaran la lucha armada, según mi modesta opinión.

En sexto lugar, considero un error —producto de toda exageración que suele acompañar a las polémicas— contraponer las virtudes de Marulanda por sobre el Che, como por momentos deja sugerir uno de los escritos de Petras. ¿Hay que elegir entre uno y otro? Sinceramente no lo creo. Ernesto Guevara y Manuel Marulanda son dos de los grandes símbolos de lo mejor que produjo nuestro continente. La juventud de todo el mundo (incluida la cubana y la argentina) debería aprender de ambos, no de uno u otro. Fidel es también otro de esos maestros, aunque se pueda disentir fraternal y respetuosamente con él en una opinión puntual.

El gobierno colombiano vaticina el ocaso definitivo de las FARC. ¿Es realista ese diagnóstico?

Reitero que no soy colombiano y que tampoco aspiro a ser un inspector de otras realidades. Sin embargo, por lo poco que conozco, esos vaticinios triunfalistas ya son habituales y hasta “folclóricos” en Colombia, donde diversos gobiernos anunciaron la muerte de Marulanda una cantidad innumerable de veces, durante décadas, muchísimo antes de su reciente fallecimiento. Esos vaticinios dan risa y provocan la sonrisa. Lo mismo hacía el tirano Somoza, poco antes de ser derrocado por la insurgencia sandinista. Somoza decía “son unos forajidos, ya los tenemos derrotados” escaso tiempo antes de caer. Yo no compraría “carne podrida”, como suelen decir los periodistas en Argentina (esto es: información falsa carente de veracidad). La derrota terminal, ocaso final y disolución de la guerrilla de las FARC tiene más que ver con los deseos de los narco guerreristas y toda la política mafiosa de un gobierno ilegítimo (cuestionado por la Corte Suprema de la justicia colombiana) que con la verdad histórica. En cuanto a la delirante y macartista acusación del gobierno colombiano y de su patrón yanqui, quienes acusan a las FARC de ser un grupo “terrorista” me limito a recordar el análisis del libro del brillante intelectual estadounidense Noam Chomsky *Estados Canallas. El imperio de la fuerza en los asuntos mundiales* (Cambridge, South End Press, 2000, publicado en español por editorial Paidós) quien demuestra en forma contundente y demoledora que las FARC no son terroristas, narcotraficantes ni nada parecido.

¿La crisis financiera del capitalismo coincide con el fin de las FARC?

La crisis financiera recién comienza. Es más que probable que se profundice. Hasta los periódicos más conservadores y neoliberales así lo vaticinan. Nada tiene que ver ese fenómeno del capitalismo con una supuesta derrota de las rebeliones y rebeldías populares, incluyendo dentro de estas últimas la lucha de la insurgencia colombiana de las FARC. Mientras que el capitalismo está en crisis, las rebeldías aumentan y crecen, acompañadas de nuevos sujetos sociales que comienzan a luchar (el caso de los indígenas colombianos es muy expresivo en este sentido). Por lo tanto, esa supuesta coincidencia no es tal, desde mi punto de vista.

Algunos sectores de la izquierda consideran que las FARC deben terminar con la lucha armada y entregar a todos los prisioneros de guerra sin condiciones. ¿Qué opina al respecto?

Lo deseable sería que todos los seres humanos vivieran en el planeta Tierra de manera armoniosa y pacífica. ¿Quién puede desear lo contrario? Sólo un loco o un perverso. Pero lamentablemente vivimos desde hace milenios en sociedades divididas en clases sociales, con explotadores y explotados, con gente que ejerce el poder y gente que se resiste. Mientras

existan clases sociales antagónicas habrá contradicciones y confrontaciones, habrá luchas de clases. La modalidad más alta de esas confrontaciones sociales, según Antonio Gramsci, son las guerras civiles. Lenin —disculpas por citar a alguien tan vigente y tan demonizado... pero ya es hora de comenzar a recuperar todo lo que perdimos en el terreno teórico durante los últimos 25 años— consideraba que las guerras civiles se desarrollan no entre unos pocos locos sueltos, de un lado, y todo el pueblo del otro lado, sino entre dos partes del pueblo. Las guerras civiles de verdad, no la de los pizarrones y los libros de epopeya o las películas de Hollywood, se despliegan y tienen lugar entre dos partes del pueblo. En esas guerras, en esas confrontaciones de clases, en esas luchas de clases aparece el problema de los prisioneros. No puede apelarse a un falso e hipócrita humanitarismo estilo de la ONU o el Vaticano, poniendo en un lado a “víctimas inocentes y virtuosas” y en el otro lado, a “guerrilleros monstruosos” representantes del “eje del mal”. Esa imagen macartista y maniquea que lamentablemente han logrado instalar muchos monopolios de (in)comunicación resulta insoportable y sinceramente provoca náuseas.

Además, en mi país todo el mundo comentó que cuando apareció ante los medios de comunicación la señora Ingrid Betancourt aparecía rozagante y luminosa. Nada tenía que ver la propaganda de una mujer maltratada, al borde la muerte, que quisieron diofundir los grandes monopolios de (in)comunicación estadounidenses. Parece que mal no la trataban los insurgentes para que apareciera de la noche a la mañana casi como una modelo televisiva. ¿no es cierto? Eso me lo comentó mucha gente en Argentina, incluso gente que no es de izquierda ni simpatiza con el socialismo. Se trata de una evidencia simple y de sentido común.

Entonces, el problema de los prisioneros y las prisioneras debe analizarse desde el ángulo de la lucha de clases del pueblo contra los explotadores, eludiendo el falso atajo de la CNN y otras agencias similares que manipulan la verdad y construyen lo que ellos quieren para convencer a millones.

Nunca entendí porqué las FARC deberían entregar a los prisioneros militares (colombianos o yanquis que hoy participan y actúan en la guerra civil colombiana) a cambio de... ¡nada!. ¿De nada? ¿No hay prisioneros insurgentes en las cárceles de Colombia? ¿Nadie se enteró que hay más de medio millar de combatientes presos en las peores condiciones inimaginables? El propio gobierno de Uribe se vanagloria públicamente de haber apresado durante su primer gobierno nada menos que 150.000 (ciento cincuenta mil) civiles, muchos de ellos acusados de supuestos “vínculos con las FARC”. Versión latinoamericana de la famosa y tristemente célebre teoría contrainsurgente del “entorno” que en el estado español popularizó e implementó el juez Baltasar Garzón para reprimir a todo el movimiento civil independentista del pueblo vasco. ¿Por qué nadie habló una sola palabra durante la crisis del caso Betancourt de las presas políticas del pueblo violadas en las mazmorras del régimen de Uribe? Hubo muchas misas hipócritas (a una de ellas asistió la presidente argentina

Cristina Kirchner, dicho sea de paso...). Misas y velas que pedían la libertad de un solo bando. ¿El humanitarismo ve de un solo ojo? ¿Es un humanitarismo tuerto? ¿Por qué no hacían misas por las prisioneras políticas torturadas y violadas? ¿No existen? Eso sólo se explica por la hipocresía de una moral burguesa (falsamente religiosa, cínicamente piadosa) que, repito, sencillamente da nauseas y provoca ganas de vomitar.

Muchos movimientos actuales plantean siempre la unidad. ¿Cuáles serían en su opinión los pasos prácticos hacia ese objetivo?

La unidad es impostergable. Pero no unidad con los poderosos, no unidad con la burguesía, sino unidad de las rebeldías, unidad de la izquierda social, la izquierda política y la izquierda insurgente. Las tres son dimensiones de una misma batalla antimperialista y anticapitalista. Los pasos concretos podrían ser construir una agenda mínima de movilizaciones a nivel continental contra el imperialismo, por la defensa de los recursos naturales, por la defensa de las presas y los presos políticos del pueblo. Unidad concreta entre las coordinaciones de la Vía Campesina, la Coordinadora Continental Boliviana, el Encuentro Cono Sur y otras experiencias de articulación a nivel latinoamericano.

Desde la Coordinadora Continental Bolivariana existe una propuesta de crear el Movimiento Continental Bolivariano. ¿Cómo valora esa iniciativa?

Creo que es una propuesta interesante. Puede ayudar a confluir en el gran torrente de la lucha contra los poderosos del norte, porque el nuevo gobierno de Obama continuará aplastando y dominando a nuestros pueblos. Debemos prepararnos para enfrentar a un imperio con cara “multicultural”, presidente negro, generales gays, torturadoras mujeres en las cárceles iraquíes de Abu Ghraib y cubana de Guantánamo... Construir un movimiento bolivariano donde converjan diversas rebeldías puede ser un paso importante hacia la unidad antimperialista continental y, ¿por qué no? mundial.

¿Qué opina de constituir el 26 de marzo como día universal del derecho a la rebelión armada?

Si no estoy mal informado esa fecha ha sido elegida por la muerte del comandante Manuel Marulanda Velez. Creo que es una buena elección. Recordemos que el 8 de marzo fue elegido por la revolucionaria comunista Clara Zetkin como día universal de la mujer. Tal esta nueva fecha se transforme con el tiempo en una fecha emblemática...

¿Que le dicen estos tres nombres: Bolívar, Marulanda y Che?

Los tres sintetizan la historia de nuestra América. Bolívar, junto a San Martín, Tupac Amaru, Bartolina Sisa y Toussaint de Louverture, sin olvidarnos de Artigas, Mariano Moreno, Juana Azurduy ni de Manuel Rodríguez, entre muchísimos otros, expresa el momento de la primera independencia americana. El Che sintetizó el momento más alto, a nivel mundial, de la rebelión por la segunda independencia. Manuel Marulanda, tan demonizado, tan injustamente “olvidado”, pero al mismo tiempo tan admirado por sus compañeros y compañeras, es el nombre que sintetizó la continuidad de la lucha revolucionaria del Che en tiempos de neoliberalismo, posmodernismo, eurocomunismo, socialdemocracia y contrainsurgencia “democrática”.

Todos esos nombres son grandes maestros, espejos donde deberían mirarse las nuevas generaciones de jóvenes rebeldes. ¡Ninguno de ellos ha muerto! Todos están vivos, nos acompañan día a día en las nuevas rebeliones del siglo XXI por la Patria grande, la lucha antimperialista, el hombre nuevo, la mujer nueva y el socialismo.

Una mirada marxista desde América Latina⁴⁰

Recientemente, en febrero del 2011, Néstor Kohan, integrante de la Cátedra Che Guevara de Argentina, ha participado de varias conferencias y clases en distintas ciudades de la península ibérica (Madrid, León, Vigo, Compostela, Barcelona, Donostia, Bilbao, Cadiz, Granada, etc.), discutiendo con distintas organizaciones de izquierda y universidades populares algunas tesis de su libro **Nuestro Marx** [Caracas, Misión Conciencia, 2011]. La siguiente es una entrevista sobre sus impresiones.

¿Como caracteriza la situación de la Argentina actual?

Néstor Kohan: La situación política argentina está atravesada por un campo de tensiones irresueltas donde la burguesía ha logrado estabilizar (relativamente) el capitalismo, luego de la gran rebelión popular de diciembre de 2001. En aquel período se experimentó, a través de una serie de revueltas populares masivas, una crisis de hegemonía del conjunto de la clase dominante local (no “nacional” sino local, pues sus integrantes carecen de un proyecto serio de nación y de país). Entonces el Estado argentino ingresó en una debacle de cesación de pagos, se confiscaron con desfachatez los depósitos de los pequeños ahorristas (las grandes firmas fueron advertidas y sacaron previamente su dinero de los bancos), se masificó aún más el desempleo estructural, explotaron geométricamente los índices de pobreza e indigencia y se produjo un derrumbe industrial. Todo en medio de una crisis orgánica del capitalismo argentino, agudizada por un neoliberalismo extremo en la política económica.

Diez años después los principales partidos políticos históricos de la burguesía han logrado aminorar la protesta popular, reencauzar energías, reclamos y desobediencias dentro de las instituciones estatales de la república burguesa parlamentaria (que es algo bien distinto de una auténtica democracia de base, participativa, sustentada en el poder popular). De este modo la burguesía logró relegitimar dichas instituciones. Siempre dentro del marco de la dependencia del sistema mundial capitalista. En ese contexto, las principales fracciones de la clase dominante y sus expresiones políticas se disputan, con matices diferenciales dentro del horizonte compartido del mercado y la acumulación de capitales, la hegemonía.

El gobierno de Cristina Kirchner, continuidad del fallecido ex presidente Néstor Kirchner, no ha modificado las columnas vertebrales que estructuran la dominación social del capital. Con una retórica aparentemente «progresista», pero siempre dentro del clientelismo tradicional del Partido Justicialista (PJ), el matrimonio Kirchner ha

⁴⁰ Entrevista realizada para los periódicos «*Abrente*», periódico independentista de Galiza, y «*Gara*», periódico independentista de Euskal Herria, en febrero de 2011.

realizado un abanico de gestos poco simpáticos para el establishment (algunos juicios a antiguos represores fascistas de las Fuerzas Armadas y la policía, apelaciones discursivas a la sensibilidad cultural de izquierda y los derechos humanos, el nombramiento de varias ministras mujeres, guiños al gobierno de Hugo Chávez, apoyo y enlace con otros gobiernos latinoamericanos en la diplomacia del MERCOSUR, etc). Eso le ha valido cierto consenso —como pudo observarse en el sepelio de Néstor Kirchner— en una nueva generación de jóvenes que no vivió el clima rebelde del 2001.

Pero esos gestos simbólicos, simpáticos y seductores, no modificaron un milímetro la estructura económica de fondo del país, el enriquecimiento continuado de las grandes empresas y los privilegios históricos de los millonarios, muchos de ellos aliados en sus negocios, concesiones y adjudicaciones con el gobierno. Las grandes empresas extractivas continúan apropiándose de los principales recursos naturales y la agricultura argentina es hoy una inmensa empresa capitalista de soja transgénica que destruye la naturaleza, mientras se continúan derivando fondos estatales para seguir pagando la ilegítima y eterna deuda externa.

Las principales empresas transnacionalizadas que se enriquecieron con los presidentes Menem y De la Rúa —neoliberales ortodoxos— hoy continúan facturando millones. Como si ello no alcanzara, Cristina Kirchner impulsó y finalmente logró que se apruebe —a pedido expreso del gobierno de Estados Unidos— una Ley denominada «Antiterrorista» que como todo el mundo sabe sólo tiene por finalidad amenazar, disciplinar y prevenir cualquier posibilidad futura de protesta radical. La zanahoria amable de los “gestos simbólicos” siempre viene acompañada de la amenaza (potencial o real) del garrote estatal. La zorra y el león, el consenso y la violencia. Un doble juego pendular que siempre ha caracterizado al peronismo, como a tantas otras experiencias populistas latinoamericanas (en ese sentido el peronismo no es un “enigma irresoluble e incomprensible”, según lo caracterizan algunos superficiales ensayistas y académicos norteamericanos, sino un fiel producto de la ya tradicional política latinoamericana del siglo XX). Más allá de toda retórica “nacional” continúa existiendo un modelo extractivo, exportador y dependiente, como antaño.

La oposición al gobierno es aún más regresiva y desvergonzadamente reaccionaria. Esa modalidad constituye un matiz que no puede obviarse. Comparte exactamente el mismo modelo económico del gobierno pero ni siquiera acepta sus “gestos simbólicos” progresistas o democráticos (los juicios a antiguos represores, la aprobación del matrimonio igualitario, el justo cuestionamiento contra algunos monopolios tradicionales de comunicación, la incorporación del movimiento de derechos humanos dentro del panteón oficial, etc). Dicha oposición, partidaria del “orden” y la “mano dura”, constituye la continuidad del videlismo [referencia a las bases de apoyo civiles de la dictadura militar -1976 / 1983- del general Jorge Rafael Videla] en una versión *aggiornada*, es decir, representa a la

vieja Argentina de la burguesía empresarial-terrateniente, pacata, conservadora, colonial y represiva.

En esa dualidad bipartidista se mueve la política burguesa, institucional y oficial, en Argentina.

¿Y la izquierda?

N.K.: En nuestra opinión la izquierda argentina, a pesar de sus esfuerzos militantes y su abnegación que nadie puede poner en duda si tiene un mínimo de sinceridad, se encuentra muy dividida y fragmentada. Luego de la feroz y sangrienta represión genocida de 1976, la izquierda argentina no ha logrado ponerse de pie y menos aún disputar el poder (no un par de cargos parlamentarios o municipales sino el poder). Actualmente, desde nuestro punto de vista, la izquierda organizada está atravesada por tres grandes vertientes: (a) la izquierda institucional afín al gobierno, (b) la izquierda institucional opositora al gobierno y (c) la izquierda no institucional ni parlamentaria.

La primera (a) apela a la vieja retórica “nacional-popular” pero en una época histórica donde los pocos fragmentos deshilachados de la llamada “burguesía nacional” (en realidad convendría denominarla “burguesía autóctona o vernácula”, pues carece de un proyecto de nación independiente) están absolutamente transnacionalizados y subordinados al gran capital. Su retórica es muy atractiva pero no tiene por detrás sustento social. A pesar de la frivolidad del posmodernismo, un discurso que gira en sí mismo, sin sujeto social y político, no tiene viabilidad histórica. Esta fracción va a remolque del gobierno y del Estado, ocupando, en el mejor de los casos, puestos ministeriales políticamente intrascendentes que no deciden las grandes políticas.

La segunda vertiente (b) mantiene una retórica aparentemente subida de tono, con ademanes “radicales” pero en última instancia sigue el pie de la letra, sin sacar jamás los pies del plato, el orden republicano electoral parlamentario. Como esta franja política privilegia la participación electoral a cualquier precio y a toda costa, sus grandes disputas se originan muchas veces en quien encabeza las listas..., lo cual deriva en un desgranamiento al infinito, incomprensible para los sectores populares a los que intenta apelar. En algunos pocos casos, no en todos, esta fracción ha sido remolcada por la oposición derechista, lo cual le ha generado cierto desprestigio social.

La tercera corriente (c) es la más radical porque pretende ir no contra un gobierno sino contra todo el orden político estatal. Esta vertiente es en términos históricos heredera de la insurgencia de los años '60 y '70, aniquilada a sangre y fuego, picana y capucha, tortura y exilio, por la burguesía argentina y el imperialismo norteamericano. Pero si somos realistas, debemos reconocer que lamentablemente hoy se encuentra demasiado debilitada, fragmentada, sin capacidad real de convocatoria para el conjunto de los sectores populares. Actualmente, luego del reflujó

posterior al 2001, esta expresión de la izquierda —que no es homogénea ni políticamente compacta— se encuentra bastante aislada. Al menos si continuamos con el reflujo político popular que en términos generales se vivencia en Argentina. Hay que reconocerlo si se pretende superar esa situación y no enamorarse ingenuamente de los propios discursos. Quizás una de sus principales deficiencias consista en su visión cortoplacista. Cuesta mucho pensar en términos estratégicos cuando la burguesía te acorrala y te aísla, cotidianamente, luego de haber aplastado (incluso físicamente) a las principales organizaciones de este espectro ideológico.

Sin ánimo de catequizar ni evangelizar a nadie, de las tres opciones, consideramos que la más válida es la tercera, pero a condición de contar con una estrategia política a largo plazo, que pretenda ir más allá de lo inmediato, recuperando la estrategia de las insurgencias de los años '60 y '70 pero sin engañosas nostalgias ni folklorismos caricaturizados, con la mente puesta en el siglo XXI y en la nueva juventud argentina y latinoamericana.

Habría quizás una cuarta (d) expresión de la izquierda argentina donde se podría ubicar a una izquierda no organizada, inorgánica, dispersa en el conjunto social, atravesando incluso formaciones sociales y culturales de lo más diverso. Sería difícil medir —sobre todo a partir de las urnas— la amplitud de esta cuarta expresión de la izquierda que suele aflorar al primer plano en los momentos de crisis aguda (como en el 2001) para volver luego a la sombra. No tenerla en cuenta es suicida si uno pretende implementar una posición radical y al mismo tiempo políticamente eficaz. Desarrollar una estrategia de hegemonía, radical y a largo plazo, implica no perderla nunca de vista. Para ello deberíamos superar la mentalidad de secta, la mezquindad del pequeño grupito y la mirada autorreferencial. La nueva insurgencia argentina está todavía por construirse. Ese es uno de los grandes desafíos.

Qué es lo que más le impresionó en las actividades políticas en las que usted participó recientemente?

N.K.: Sin ninguna duda lo que más me impresionó, ya que tenía vagas noticias pero ahora me lo he encontrado directamente, es la represión y la vigilancia que existe por parte del Estado español. ¡En plena Europa! Con calles limpias, coches caros y ropa de alto consumo... Me sentí como en los tiempos de mi adolescencia, a fines de la dictadura militar argentina, cuando mi padre me llevaba con amigos suyos, todos viejos militantes, y hablaban en voz bajita y susurrando para que nadie los oyera, con miedo permanente a la represión de los militares Videla o Pinochet. En Euskal Herria volví a tener aquella vieja sensación.

Me sorprendió encontrarme y conversar con tanta gente que había estado presa y torturada, o que tenía actualmente hijos presos. No una persona sino muchas, realmente muchas. La prisión y la tortura vividas como algo “habitual”, como parte de la vida cotidiana. ¡Eso no es normal! Y

menos en un Estado que se dice “democrático” y con políticos que van por el mundo —especialmente por América Latina y por mi país— dando cátedra y lecciones de “civilización” y “democracia”.

Recuerdo todas las veces que vino el juez Baltasar Garzón a la Argentina... Me da vergüenza ajena. Alguna vez con una novia lo vimos, de causalidad, en la Feria del Libro de Buenos Aires. Justo ahora todo el mundo está enojado en Buenos Aires (Argentina) porque viaja el escritor Vargas Llosa, de extrema derecha. Enojo justificado. ¿Y por qué nadie se enoja cuando viaja y visita nuestro país el juez Baltasar Garzón? ¿Es normal hacerse el distraído en la Audiencia Nacional cuando se incomunica a los presos, se los golpea y se los tortura como algo casi rutinario? ¿Es normal “horrorizarse” por lo que puede hacer algún político bestial en Asia o en África —o algún viejo dictador de décadas pasadas— pero asumir como absolutamente legítimo y legal aplicar torturas a los prisioneros políticos del pueblo vasco? Sinceramente no me parece normal. ¿Por qué uno se horroriza de la tortura en los tiempos de la Inquisición (recuerdo haber visto alguna vez una muestra en un museo de México sobre la historia de la tortura que me hizo descomponer y vomitar) pero nadie, ni los grandes políticos, ni los grandes jueces ni los grandes periodistas se horrorizan cuando los torturados son vascos o también catalanes?

Sin embargo, debo confesar que también me sorprendió la tremenda solidaridad... encontrar por todos lados, en los balcones de cualquier barrio popular o incluso en algunos bares, la bandera de los presos políticos y las fotos de cada uno de ellos. En la Argentina también ha habido y todavía hay presos políticos —siempre los vamos a visitar—, pero no encontré nunca en los bares sus fotos ni sus banderas.

¿Como ha visto a la izquierda europea?

N.K.: Le advierto que no conozco a fondo esta problemática. Por lo poco que he podido observar en las distintas realidades sociales y políticas de la península ibérica, también en Europa conviven diversas corrientes y vertientes. Tras la hegemonía de la socialdemocracia y el eurocomunismo, hoy ambos en crisis, se percibe la necesidad de una nueva izquierda que retome lo más avanzado de la izquierda radical de los años 60 y 70 pero en un nuevo contexto de crisis mundial capitalista. No conozco en profundidad, pero esa necesidad aparece con un alto grado de complejidad.

He visto y convivido con distintas tendencias. Me ha llamado la atención la gran heterogeneidad de la izquierda que uno, quizás por prejuicios, suele atribuir únicamente a América Latina. Me da la impresión, quizás me equivoco, que también aquí conviven de manera tensionada una izquierda más institucional, absolutamente obediente del régimen estatal-electoral (en este caso no me atrevería a denominar régimen republicano burgués sino más bien... régimen burgués

¡monárquico!, porque increíblemente se sigue aceptando la existencia de un rey nombrado personalmente por el dictador, el generalísimo Francisco Franco). Esa vertiente más institucional se siente a sí misma como una izquierda progresista y protestona de un sistema que en el fondo considera como «democrático». Es quizás la heredera del eurocomunismo de Santiago Carrillo y la socialdemocracia, una vez que ésta “limpió” y expulsó a sus viejos dirigentes socialistas marxistas que venían de la guerra civil. También hay otra vertiente que proviene política y culturalmente de la izquierda tradicional del Estado español pero que ha comenzado una seria revisión de sus fundamentos históricos, cuestionando los pactos de la transición, la aceptación de la bandera de Franco y la monarquía y entablando todo un arco potencial de alianzas plurales con la izquierda independentista.

Finalmente pude observar la existencia de esa otra izquierda, la menos conocida en América Latina aunque muchas veces sea la más admirada desde lejos, que intenta sintetizar el marxismo radical y el comunismo con las perspectivas del independentismo revolucionario, tanto en Galiza, como en los países catalanes y sobre todo en la izquierda abertzale de Euskal Herria, donde a pesar de tanta represión se mantiene firme una izquierda con pretensiones radicales y gran consenso popular que no se subordina a lo “políticamente correcto”. Ojalá esas luchas no decaigan, no se diluyan ni se institucionalicen definitivamente. Yo he tenido oportunidad de visitar personalmente Guatemala y otros países de América Latina, luego de los acuerdos de paz de la década del '90 que desmontaron a varias insurgencias, y pude observar como muchas promesas se evaporaron rápidamente mientras la burguesía retomó el mando de la situación, asumió el control político absoluto y volvió a tener las riendas en sus manos, ya sin protestas radicales ni insurgencias molestas que obstaculizaran su reproducción y acumulación del capital.

¿Como ve el futuro de nuestra lucha?

N.K.: A pesar de que algunos intelectuales se sienten algo así como los “médicos brujos” de la tribu, como si tuvieran acceso a una verdad absoluta a la que el común de los mortales no accedemos, una especie de oráculo que vaya a saber uno cómo consultan, lamentablemente no tengo una bola de cristal para adivinar el futuro. Sin embargo, me da la impresión, por lo poco que conozco al respecto, que en la perspectiva de coordinación y convergencia de la nueva izquierda que se propone desmontar las bases políticas y teóricas del eurocomunismo con la izquierda radical del independentismo revolucionario está el futuro de la revolución socialista por estas tierras, que se encuentran un poquito lejos de Nuestra América, pero que están igualmente sometidas a la dominación del sistema mundial capitalista. Aunque estemos a ambos lados del agua, con un inmenso océano de por medio, nuestra lucha es la misma en ambos continentes (y en todo el mundo), cada uno con sus tradiciones y

su cultura, pero con un horizonte futuro en común. Bien valdría la pena compartir experiencias para aprender y coordinar futuras rebeldías y revoluciones. Quizás me equivoco, pero al menos eso es lo que pienso y creo.

La vida y los sueños en los campamentos de las FARC-EP [Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo]

(Entrevista al historiador Ezequiel Rodríguez Labriego)

Uno de los principales logros de la fabricación industrial del consenso consiste en la cancelación a priori de toda disidencia radical. Se trata de aplastar de antemano cualquier pensamiento crítico y hasta la más mínima posibilidad de oposición sería al sistema.

Mezclando en un mismo collage las imágenes más oscuras de las novelas antiutópicas clásicas (*Un mundo feliz* de Aldous Huxley, 1984 de George Orwell o *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury) con las historias más truculentas de terror infantil, las usinas comunicacionales del imperialismo han ido tejiendo un nuevo fantasma, macabro, tenebroso y amenazador. Se trata del supuesto “narco-terrorismo”, reemplazante del antiguo espantapájaros conocido como “conspiración comunista”, típico del cine de la guerra fría.

Así han fabricado un nuevo demonio, completamente amorfo, omnipresente, inconmensurable, impensable, incluso inimaginable.

Ese nuevo Lucifer que persigue la caza de brujas contemporánea, deporte preferido del neo-marcartismo, asume diversos nombres y rostros, según la conveniencia del momento. Uno de los más célebres es el de Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP), enemigo a muerte en todas las hipótesis de conflicto que manejan los yanquis.

Detrás de las telarañas desinformativas del poder, más allá del laberinto de manipulación de cables, agencias y comunicados oficiales, del otro lado de las operaciones de guerra psicológica, campañas mediáticas y totalitarismo cultural... ¿Cómo serán realmente las FARC-EP? ¿Qué rostro tendrán en la intimidad estos guerrilleros sin seña, sin rastro y sin nombre? ¿Qué costumbres asumirá su vida cotidiana? ¿Qué soñarán cada noche y cada mañana, cada cumpleaños y cada 31 de diciembre?

Para imaginar la vida de las guerrillas contamos con aquellos relatos épicos del Che Guevara (*Pasajes de la guerra revolucionaria*), de Omar Cabezas (*La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*) o el ya clásico de Jorge Ricardo Masetti (*Los luchan y los que lloran*). Se trata de historias, en todos estos casos, sobre Cuba y Nicaragua. No obstante, hasta donde sabemos, exceptuando dos excelentes biografías de Manuel Marulanda escritas por el historiador Arturo Alape (*Las vidas de Pedro Antonio Marín, Los sueños y las montañas*), la revolución colombiana no tiene todavía relatos que nos muestren el mundo cotidiano de la insurgencia. Las FARC esperan esas historias, tarea que comenzó a ser colmada en el cine por el reciente film *Guerrillera* (del director danés Frank Piasecki Poulsen, disponible en internet). Excelente documental que le

pone rostro cotidiano al espectro itinerante y clandestino de la guerrilla. Fantasma temido, odiado o admirado, pero siempre desconocido.

El historiador uruguayo Ezequiel Rodríguez Labriego ha tenido el privilegio de conocer en vivo y en directo la vida íntima y cotidiana de las guerrillas colombianas, el supuesto “monstruo”, según el imaginario inquisitorial del Pentágono, la CNN, Uribe y la extrema derecha troglodita.

Junto a un sacerdote francés, dos sociólogos italianos y una periodista norteamericana, Rodríguez Labriego ha visitado en las montañas de Colombia los campamentos de las FARC. Allí pudo observar, dialogar y convivir con los y las combatientes de este ejército del pueblo que en pleno siglo XXI sigue hostigando al imperialismo yanqui y sus prepotentes bases militares con las banderas entrañables de Simón Bolívar, el Che Guevara y Manuel Marulanda.

A continuación reproducimos parte de la entrevista que le hicimos a Rodríguez Labriego, focalizando el interés en los aspectos más cotidianos de su experiencia, aquellos que humanizan a los y las combatientes comunistas, los rescatan del retrato gótico y monstruoso que la CIA ha dibujado para demonizarlos, devolviéndolos al terreno sencillo pero hermoso de la construcción del hombre nuevo y la mujer nueva del siglo XXI.

La entrevista al historiador uruguayo que muy amablemente accedió a nuestras interrogantes fue realizada en la Universidad de Río de Janeiro (Brasil) el 28 de octubre de 2008, ocasión en la que también tuvimos el honor de conocer y dialogar con la historiadora brasilera Anita Prestes, hija de otro legendario combatiente revolucionario y comunista de América Latina, Luis Carlos Prestes.

¿Por qué se le ocurrió ir a conocer a las FARC-EP?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Por múltiples razones, pero principalmente por dos. En primer lugar, por una curiosidad que me surgió al leer el libro *Rebeldes primitivos* del célebre historiador marxista británico Eric Hobsbawm, cuando analiza diversas rebeldías campesinas y dice, refiriéndose a las FARC (Hobsbawm las conoció de primera mano), que el caso colombiano constituye “la mayor movilización campesina del hemisferio occidental”. En segundo lugar, porque me sorprende, me incomoda y me indigna el brutal silencio —muchas veces cercano a la complicidad con el poder— que hoy rodea y encubre a Colombia.

Entonces, me pregunto: ¿le vamos a otorgar crédito de veracidad al terrorista y guerrillero Uribe? ¿Le vamos a creer? ¿Vamos a callarnos la boca sobre el genocidio que hoy padece el pueblo colombiano? Por estas razones, algunas históricas, otras presentes, quería conocer en forma directa a las FARC, sin “filtros” macartistas. Por eso fui. Te aseguro que no me arrepiento.

¿Cómo viajó hasta los campamentos?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Bueno, a través de una larga travesía. No es fácil llegar. Varios días de autobús, camión, camioneta, lomo de mula, muchas pendientes, cuestas empinadas, bajadas abruptas, cruces de riachos o arroyuelos y finalmente caminatas en la montaña, en el barro y bajo lluvia, mientras los combatientes que nos guiaban nos iban contando historias sobre la gesta de Simón Bolívar. Era realmente emocionante sentir que Bolívar los acompañaba, que no era una figura meramente decorativa o un frío objeto de estudio, como suele suceder en la Academia cuando se estudia la historia de América Latina.

¿Qué imagen tenían de Bolívar estos jóvenes guerrilleros?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Me dio la impresión de que ellos, los jóvenes de las FARC, sentían a Bolívar como uno más de sus compañeros, como uno más de sus propios combatientes. Ellos se imaginaban, por ejemplo, que Bolívar, aunque aparece en todas las estatuas de las plazas esculpido o retratado a caballo y con un gesto napoleónico, de conquistador, en realidad andaría en mula, ya que en esas montañas donde luchó el Libertador, el caballo ve dificultada su marcha mientras la noble mula, quizás menos elegante y majestuosa, puede arreglárselas para subir y bajar esas ríspidas, resbaladizas y embarradas pendientes. Se preguntaban, también, si a Bolívar le gustaría bailar, si se escaparía a ver muchachas (decían, en broma, que cuando el Libertador iba a ver a la novia no podía ir en mula, allí tendría que ir a caballo... para tener mejor “presencia” como galán [Risas]). También se planteaban si Bolívar acaso no tendría la piel oscura y el pelo rizado, en lugar de aparecer como blanquito... Para estos combatientes Bolívar era un ser humano de carne y hueso, con una vida cotidiana como cualquiera de ellos, no un pedazo de bronce, no una estatua muerta y petrificada.

¿Cómo fue la llegada?

Ezequiel Rodríguez Labriego: ¡Todos embarrados! [Risas]. Nos caímos varias veces. Los combatientes nos ayudaron solidariamente a levantarnos. Trataban de ayudarnos. Nos alentaban. Allí descubrimos un detalle práctico, ningún calzado de la ciudad sirve para esos lugares. Los revolucionarios insurgentes están acostumbrados a caminar por lodazales de 20 ó 30 centímetros de barro como algo “normal”. Como llovía muchísimo nos prestaron capas impermeables. Fue entonces cuando escuché la primera de las muchas bromas. Al sacerdote francés y a mí nos bautizaron *“Batman y Robin de la primera generación, antes de que se inventara el automóvil, cuando todavía andaban en mula”*. [Risas]. El primer vínculo con los guerrilleros comunistas se abrió entonces con una broma. Otra broma lo cerró al final de la experiencia. Cuando nos fuimos, al despedirnos, nos dijeron: *“Esta tierra los saluda y los despide con orgullo... No cualquiera se anima a besarla con el culo...”*, aludiendo con

ironía a nuestras caídas en el barro. [Risas]. El humor estuvo a la orden del día todo el tiempo.

¿No encontró entonces a la gente de las FARC derrotada, desmoralizada y cabizbaja?

Ezequiel Rodríguez Labriego: ¡No! ¡Al contrario! Los encontré alegres, con una moral muy alta, con una convicción muy fuerte y seguros de que van a triunfar. No era una pose o una puesta en escena. Se los veía seguros. A eso atribuyo el humor y las bromas (entre ellos y con los visitantes, siempre en un tono de cordialidad, de amistad solidaria y de camaradería). Si estuvieran derrotados, como los presenta el presidente Uribe y la inteligencia militar colombiana, así como los grandes multimedios que difunden los comunicados de las Fuerzas Armadas y su visión de la guerra, si se sintieran vencidos, pensando que van a ser aplastados y aniquilados —sobre todo por un ejército tan salvaje e impiadoso como el colombiano, asesorado y dirigido en el terreno mismo por los yanquis— no se la pasarían haciendo chistes o bromeando. Es algo de sentido común. ¿no? El humor expresa algo. Creo que es producto de una moral combativa alta y de una fuerte convicción en el triunfo popular.

¿El acceso a los campamentos era directo?

Ezequiel Rodríguez Labriego: No, había que dar antes muchas vueltas. Pero lo que más me sorprendió es el contacto previo con poblaciones que los apoyan y sostienen. La propaganda oficial, de la que se hacen eco los grandes medios de comunicación, los pintan como bandoleros, como una banda de forajidos armados y sin ideología, aislados del pueblo o detenidos en el tiempo. Yo ví otra cosa bien distinta. No lo leí, no me lo contaron, lo ví con mis propios ojos. Gente común de los poblados y pueblos que los apoyan, mayormente trabajadores, campesinos, vestidos con ropa muy humilde. Mujeres del pueblo con muchos hijos (recuerdo por ejemplo una señora, muy joven, muy humilde, con una mula donde iban tres niños y ella iba a pie embarazada de un cuarto niño...). Toda esa gente de los poblados, civiles, hablan de ellos, de los combatientes de las FARC y de sus campamentos de montaña, diciendo “allá arriba”, “la gente de arriba”, “los camaradas”... (en Colombia casi no se utiliza la palabra “compañero”, todo el mundo se llama “camarada”, es mucho más común). Esas expresiones eran referencias elípticas a los campamentos de montaña de las FARC. La gente de los poblados les pasan comida, cigarrillos, varias cosas. Un grupo revolucionario que careciera de apoyo popular no contaría con esa simpatía y esa colaboración. Por eso los militares y paramilitares de Colombia asesinan tantos civiles, porque estos últimos apoyan a la guerrilla. Es evidente el apoyo que le dan a las FARC. Yo lo ví. Las FARC y sus frentes de trabajo político hacen trabajo social con la gente, con las poblaciones: vacunan a los gurises, construyen escuelas, puestos de

salud, caminos, pequeñas represas para los ríos, gestionan documentación para los niños indocumentados (en el campo son muchísimos los indocumentados). En síntesis, ví muchas familias y muchos niños rodeando a las FARC. Definitivamente es una guerrilla popular.

¿Cómo los recibieron en los campamentos?

Ezequiel Rodríguez Labriego: El primer contacto fue con los puestos de guardia. Íbamos tratando de mirar el suelo con barro, para no caernos ni resbalar nos y en un momento, al levantar la cabeza y la vista, sorpresivamente nos encontramos con los guardias del campamento a medio metro [Risas]. Cuidaban el campamento frente a las incursiones del Ejército. Lo primero que les dijimos fue “*no podemos darles la mano porque estamos todos embarrados*” [Risas]. Nos topamos con ellos sin haberlos visto. Luego seguimos subiendo y llegamos al puesto de la comandancia. Allí nos recibieron los comandantes. Fueron muy amables. Nos sentamos alrededor de una mesa llena de libros. Luego trajeron la comida. Había muchos libros y, repito, muchos chistes. Todo el tiempo había risa, me sorprendió ese humor. Yo esperaba encontrar gente muy seria, como en las películas y me encontré algo muy distinto. Muchas bromas. Los colombianos lo denominan “mamar gallos”, es decir, hacer jodas, bromear. A lo largo de toda la experiencia, en varias ocasiones, cuando hacía preguntas tenía que preguntar varias veces, porque seguro que las primeras respuestas eran en broma. No me costó acostumbrarme, nosotros también comenzamos a devolver las bromas (aunque a los visitantes de Europa les costaba a veces comprender las ironías). Nada más lejos de esos combatientes, de esos muchachos y chicas, que la tristeza, la sensación de derrota o el desánimo.

¿Llegaron de noche o de día?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Era plena noche, no se veía nada. La selva es muy oscura. Los árboles son altos, muy altos. La vegetación es espesa. A veces hay neblina.

¿Se alumbraban con faroles como en nuestros campo donde no hay luz eléctrica?

Ezequiel Rodríguez Labriego: ¡No! [Risas]. Es distinto al campo que nosotros estamos habituados a ver. Había muy poca luz, porque los aviones del ejército colombiano cuentan con una nueva tecnología militar proporcionada por los Estados Unidos. Esa nueva tecnología de control, que facilita la represión del ejército, está formada por el uso del satélite, por globos espías y hasta aviones sin tripulación, que cuentan con instrumentos que en tiempo real detectan concentraciones de humo, calor y luz en la selva y así, automáticamente, vienen los aviones militares y

comienzan a bombardear. Por lo tanto de noche hay poquísima luz. Pero en ese primer encuentro igual nos veíamos las caras. Había un pequeño foco y linternas. De repente un combatiente alerta “Avión...” y todo el mundo apaga la linterna. El campamento entero queda oscuro y no se ve absolutamente nada. Y allí nomás florece una nueva broma. Como en la guerrilla no se sabe si el ruido es de aviones comerciales o aviones militares, es decir, bombarderos de las fuerzas armadas, simplemente se refieren al avión como “el jet” que se pronuncia “el je” (sin la “t” final), entonces te aclaran riéndose que se trata del “el je... el lleno de bombas...”. Un humor muy cáustico.

¿Escuchaban música?

Ezequiel Rodríguez Labriego: En realidad había mucho silencio, sólo se escuchaban los sonidos de la selva, los grillos, la lluvia, las ramas que se movían cuando había viento, quizás el tintineo del agua de algún arroyo, aunque de lejos se escuchaban noticias. Lo que sucede es que “la guerrillereada”, como ellos le dicen coloquialmente al personal de la guerrilla, estaba escuchando noticias... Aunque un día nos hicieron escuchar música de las FARC, escrita e interpretada por las propias FARC, con letras revolucionarias y música en distintos ritmos: rock, merengue, tango, salsa, vallenato, etc. La escuchamos en una computadora. Los domingos sí hay música, interpretada por ellos. Los jóvenes tocan la guitarra y el acordeón, también cantan.

¿Cuáles fueron los primeros relatos y las primeras charlas?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Obviamente todo comenzó con diálogos políticos. La situación en Colombia, la violación a los derechos humanos de Uribe de la que nadie habla, cuando semana a semana se secuestra y asesina a dirigentes sindicales, campesinos, curas, monjas, estudiantes, etc. También se habló del trato terrible que reciben los combatientes capturados por el ejército, la necesidad de la solidaridad internacional, los debates actuales del marxismo, etc. Pero a la hora de acostarse también aparecieron otro tipo de historias. Historias de osos, tigres (los tigres que se comen a los animales domésticos de la gente), las culebras... Afortunadamente recién al final, al irnos, descubrí que lo que ellos, los colombianos, llaman “las culebras” eran lo que en Uruguay se conocen directamente como víboras. Yo pensé que hablaban de culebras chiquitas de 10, 15 o 20 centímetros de largo y resulta que se trataban de culebras de hasta dos o tres metros [Risas]. ¡Menos mal que recién descubrí al final el equívoco! [Risas]. Me contaron un cuento, una de las tantas historias de esa oralidad mágica donde la selva va cobrando vida al lado de estos habitantes de las montañas, sobre un guerrillero que capturaba las víboras con la mano, les hablaba y luego no las mataba, las soltaba. Entonces las culebras se iban serpenteando... ¡porque estaban humilladas!

Se movían así por la humillación ante el hombre, ante el guerrillero, ante el campesino [Risas]. Nosotros empezamos a bromear, esperando que las culebras que eran familiares de esa víbora humillada no vinieran a vengarse de su pariente... [Risas]. También nos contaban la historia de otro guerrillero que hablaba con los bichitos del bosque, le decían cariñosamente “el loco”. Parece que era uno de los mejores guerrilleros por su “mística”, por su entrega y disciplina, pero bromeaban que era “loco” por sus ocurrencias y bromas permanentes o porque hablaba con los animales del bosque.

¿Dónde dormían?

Ezequiel Rodríguez Labriego: En carpas. Había camas de caña, madera, aserrín. Había colchones. Plásticos para cubrirse de la lluvia. Barro. Debo destacar el esfuerzo que hacía esta gente para que los invitados se sintieran cómodos. La lluvia por momentos era torrencial, no pasó un solo día sin llover en los campamentos. El barro era omnipresente. Se olía todo el tiempo el aroma de la tierra mojada en medio de lluvia o la neblina. En ese panorama se esforzaban por brindarnos la mayor comodidad. Nos contaron que los guerrilleros deben dormir con gran parte de sus cosas preparadas por si se presenta una situación de “orden público”, combate o asedio militar inminente.

¿A qué hora se levantaban?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Tempranísimo. Antes de las 5 AM. La vida en la montaña y en el campo es muy diferente a la ciudad. Todo comienza antes y todo termina antes. Pero incluso hubo un día en el cual los comandantes querían leer, discutir y debatir las tesis de un libro que hablaba sobre Colombia y América latina, parece que muy polémico, y se levantaron a las 3 AM. Allí todo se escucha. Desde lejos, donde estaba nuestra carpa, escuchábamos el debate. Hay que estar muy politizado y tener muchas ganas de polemizar para levantarse a las 3 AM... ¡a debatir un libro! ¿no es verdad? Nada más lejos de la realidad que yo viví que la imagen oficial de “bandoleros narcotraficantes sin ideología”.

¿Qué desayunaban?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Lo primero que toman, a eso de las 5 AM, es un “tinto”. ¡No es vino! [Risas], ellos le llaman “tinto” al café negro. Luego, más tarde, a eso de las 7 AM, se desayuna mucha comida, arepas (comida hecha con harina de maíz), huevos, etc. Mucha comida, no sólo para los invitados o las visitas internacionales. Un viejo guerrillero nos explicó que las FARC brindan a sus combatientes buena alimentación entre otras cosas para así prevenir enfermedades. Un guerrillero mal alimentado puede enfermarse más fácil. Incluso en términos económicos,

resulta mejor comer bien que sanar enfermos. Cada combatiente tiene también su cepillo de dientes y su pasta para prevenir enfermedades en la boca.

¿Cómo es la vida durante el día? ¿Practicaban tiro o puntería todo el tiempo?

Ezequiel Rodríguez Labriego: No, son muy buenos tiradores (los militares llamaban al comandante Marulanda “Tirofijo”), pero en realidad, la mayor parte del día, todo el campamento es un gigantesco colectivo de trabajo. ¡Trabajan mucho durante el día! Hay grupos de trabajo por escuadra de combate. Cortan leña, serruchan, trabajan la madera, lavan, cocinan, construyen, trasladan distintos materiales. Los campamentos se parecen más a enormes colectivos de trabajadores que a otra cosa. Por eso, nos explicaban, la necesidad de una buena alimentación: mucho trabajo físico. Las mujeres trabajaban a la par de los varones, en todos los órdenes. En la marcha por la selva las mujeres y los varones trasladan mochilas de 30 kilogramos aproximadamente (ellos hablan y miden en libras) con ropa, armas, munición, comida, etc.

¿Había mujeres en la guerrilla?

Ezequiel Rodríguez Labriego: ¡Muchas! Cargaban armas largas (diversos tipos de fusiles), uniforme de las FARC y, al mismo tiempo, aritos, anillos o uñas pintadas. Ellas llevaban las mismas cargas que ellos y todo el mundo trabajaba por igual.

¿Quién cocinaba?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Había varias cocinas, con hornos fabricados por ellos mismos al estilo vietnamita o cubano, según nos explicaban. Ellos lo denominan “ranchas”. Ví gente cocinando, tanto mujeres como varones, ambos por igual.

¿Todos vestían igual?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Sí, con uniforme verde oliva y las insignias de las FARC-EP. Tenían todos, hombres y mujeres, una pulcritud tremenda. Si nos veían embarrados (por las caminatas) nos hacían bromas, sugiriéndonos que nos cambiáramos. Cada combatiente tiene más de un uniforme, que ellos mismos confeccionan. La limpieza de los combatientes está reglamentada. En medio de ese lodazal todo el mundo estaba limpio. ¡Increíble! De alguna manera se sentían orgullosos, si mi percepción no me engaña, de saber caminar largas jornadas en el barro sin ensuciarse. Se sentían orgullosos de estar así, limpios en medio de la selva. Incluso nos preguntaban con ironía porque estábamos embarrados,

diciéndonos: “¿Ustedes no están acostumbrados a caminar en el barro, no es cierto?”. Aunque al mismo tiempo, con la mayor naturalidad, algunos combatientes también nos preguntaban: “¿En serio es la primera vez que visitan campamentos guerrilleros?”... como si fuera lo más normal del mundo... [Risas]. Vestían entonces por igual pero había gente de lo más variada. Vimos combatientes blancos, mestizos, indígenas, afrodescendientes, hombres y mujeres. Se los percibía integrados, en un colectivo integrado. Por ejemplo, ví gente blanca cocinando y sirviendo a gente mestiza o afrodescendiente. Todo lo contrario del capitalismo racista y de la discriminación a la que nuestra sociedad ya nos tiene acostumbrados.

¿Durante todo el día sólo trabajaban?

Ezequiel Rodríguez Labriego: No, además de comer, trabajar y descansar, también vi reuniones y discusiones que hacían por la tarde. A esas reuniones las denominan “la hora cultural”. En realidad duran una hora y media o dos. Se juntan y escuchan noticias, primero, para analizarlas, después. Luego debaten en una especie de asamblea sobre la noticia del día.

¿Noticias de qué tipo?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Noticias de Colombia y América Latina, principalmente. Pero también de otras partes del mundo.

¿De dónde obtienen las noticias en la selva y en plena montaña?

Ezequiel Rodríguez Labriego: De la radio y la TV. Miran TV a una hora del día. Principalmente noticieros, por ejemplo TELESUR. También obtienen noticias de Caracol, etc. pero además miraban una serie de TV, partidos de fútbol, etc. Recuerdo uno de los tantos chistes que hacían: “Fulano es un leninista estricto, para él lo primero es el partido... el partido de fútbol” [Risas]. Esta persona no se perdía un partido por nada del mundo.

¿Cómo debatían?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Por grupos, por escuadra. Las escuadras son las estructuras de combate más pequeñas, pero al mismo tiempo son células políticas. Lo interesante es que cada escuadra tiene su comandante pero también posee su secretario político. Los dos cargos no puede ejercerlos la misma persona. De esa manea se garantiza la democracia interna en las FARC y la posibilidad del debate. Entonces en las horas culturales dedicadas a la información, la educación y al debate, cada escuadra es responsable de transmitir una noticia. Cuando todas las

escuadras dijeron lo suyo, comienza el debate colectivo sobre las noticias. Allí se las analiza críticamente. Hablan todas y todos, la palabra circula. Participan desde quienes tienen mejor oratoria, más fluida, hasta aquellos a quienes les cuesta más hablar o leer en público. Lo llamativo es que hablan y debaten al oscuro o con escasísima luz. Al presenciar esas escenas vienen a la memoria los relatos del marxista norteamericano John Reed cuando escribía la historia de la revolución bolchevique. John Reed, aquel periodista de los EEUU, se asombraba de que los soldados bolcheviques de Lenin, aun con hambre y en medio de la guerra, se desesperaban por recibir noticias o libros en el frente de batalla... Las horas culturales en la selva colombiana me hicieron acordar aquel libro.

¿Por qué las horas culturales se hacían al oscuro?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Por la posibilidad de bombardeos desde los aviones militares. La ausencia de luz estaba destinada a ocultarle a los aviones las posiciones de los campamentos guerrilleros. Los combatientes nos contaban que esas horas culturales antes se hacían con toda luz y viéndose las caras, pero como Uribe ha recrudecido la guerra —todo en nombre de “la paz” y “la democracia”...— y ha recibido últimamente tecnología militar yanqui de última generación dedicada a aniquilar a la insurgencia con el denominado “Plan Patriota”, entonces ya no se podía continuar desarrollando esas actividades con luz. Esa tecnología militar yanqui incluye globos espías o información de satélite destinada a detectar concentraciones de luz, humo o calor en la selva. Eso motiva los debates al oscuro. Es muy raro para alguien que vive en la ciudad asistir a esa especie de asambleas al oscuro, en medio del barro, donde se discute la información de coyuntura. ¡Es muy sacrificado vivir así! Pero todo el mundo participa con entusiasmo, con “mística”, con alegría en las discusiones. Lo que hemos conocido es, realmente, una fuerza político-militar muy informada, muy politizada y muy actualizada en el día a día.

No son entonces unos locos sueltos, perdidos en la selva, que no se habían enterado de que cayó el Muro de Berlín...

Ezequiel Rodríguez Labriego: [Risas] ¡No! Están muy, pero muy informados. No sólo de Colombia sino también de otros países. Reciben visitas. Tienen charlas sobre la lucha popular de otros países. Son internacionalistas convencidos. Además la inmensa mayoría de combatientes que conocí ingresaron a las FARC después de la caída del Muro de Berlín. No son “dinosaurios nostálgicos”. Son marxistas leninistas, guevaristas y bolivarianos, con un proyecto político actual, pensado para América Latina en el siglo XXI. Ese proyecto bolivariano no está pensado sólo para Colombia sino para la Gran Colombia y la Patria Grande, es decir, para toda América Latina. Las FARC constituyen una organización guerrillera muy conectada con el mundo.

¿No había diferencias de formación entre sus integrantes?

Ezequiel Rodríguez Labriego: La verdad que por el tiempo en que estuvimos no lo podría afirmar. Aunque sospecho que sí. Había trabajadores, campesinos, estudiantes. Algunos tienen oratoria fluida, a otros les costaba más leer en voz alta. Pero todos y todas participaban por igual. ¡La palabra era rotativa! Hasta los más tímidos tenían que hablar. Los roles de organización de las “horas culturales” (especie de asambleas culturales) cambiaban y se alternaban todos los días. Sinceramente los ví muy informados y muy interesados en lo que pasaba en Colombia (por ejemplo movilizaciones urbanas, crisis política, etc.) y en otros países.

Eso en cuanto a los combatientes, ¿y los comandantes?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Bueno, debo reconocer que me sorprendieron. Aunque había leído historiografía sobre las guerrillas y había entrevistado alguna vez a dirigentes políticos y guerrilleros de otros países, estos comandantes me hicieron reír mucho [Risas]. Como ya conté, vivían haciendo bromas, entre ellos y con la gente visitante (a los visitantes europeos, me parece, les costaba captar el humor o algunas ironías, pero también compartían las bromas). Además discutían de poesía y literatura. Estaban metidos en una discusión, entre ellos, sobre la obra y el pensamiento del escritor Vargas Vila [modernista, de la generación de Rubén Darío]. En la mesa de la comandancia tenían... ¡la *Crítica de la razón pura* de Kant!... Allí también vi libros del poeta y revolucionario salvadoreño Roque Dalton, escuché conversaciones sobre Mariátegui, Nietzsche, Habermas, los manuales soviéticos de Konstantinov, polémicas sobre Saramago, entre otros. Los escuché conversar también, con erudición y devoción sobre Simón Bolívar, si murió de muerte natural o lo mataron. También hablaban sobre el pensamiento del Che Guevara. Me pareció, en suma, gente muy instruida, muy leída y preparada. Sobre todo muy sensible. Incluso cuando uno de los visitantes preguntó por los recuerdos sobre el comandante Marulanda, percibí alguna lágrima rodando por ahí. También ví rostros de enojo, indignación y mucha bronca cuando se hablaba de los crímenes de los “paracos” (los paramilitares colombianos), el uso que hacen de la motosierra para mutilar gente, la tortura, el aniquilamiento de dirigentes populares, indígenas, sindicales, campesinos, jóvenes estudiantes. Uno de los comandantes que conocí, de evidente origen campesino, tenía seis hermanos muertos. Al conocer a este comandante campesino, antiguo lugarteniente de Marulanda, recordamos los relatos historiográficos sobre la guerra civil y la revolución de España, con sus generales obreros y campesinos. Pero en todas las conversaciones predomina el humor, las “mamadas de gallo” (bromas) y la falta de acartonamiento. Sobre todas las cosas mucha ironía y mucho humor. ¿No es acaso el humor el mejor gesto de salud mental, imprescindible para llevar adelante cualquier lucha radical en condiciones tan difíciles?

¿Cómo se sobrelleva la vida en la selva?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Era difícil. ¡Mucho sacrificio! Aunque nadie se quejaba y todo el mundo lo tomaba con “naturalidad”, esta gente vive con mucho sacrificio. En primer lugar, nubes enteras y permanentes de mosquitos. Complicado vivir así todos los días, ¿no es cierto? Ellos lo llaman “la plaga”. Decían, por ejemplo, “*hoy hay mucha plaga*”, como quien dice “*está nublado*”, con naturalidad. En las zonas donde no hay tantos mosquitos... ¡hay garrapatas [animales que se prenden en la piel y chupan la sangre]. En esas otras zonas también hay avispas. Después están las víboras... En fin, la vida de las guerrillas de las FARC es una vida tremendamente abnegada y sacrificada. Sólo se puede sobrellevar, me imagino, si hay un proyecto político claro, realista y viable que le otorgue sentido y si se tiene íntimamente fe en el triunfo. Sino, no me explico cómo se podría vivir así cotidianamente. Las FARC están seguras de que van a ganar.

¿Cómo hace la gente para ir al baño?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Haciendo las necesidades fisiológicas en un pozo (hombres y mujeres), rodeado de hojas, sin techo, en medio de la lluvia permanente... Dicen que las FARC viven como “magnates”, llenos de lujo y dólares, y como “millonarios narcos”... ¡Por favor! ¡Qué infamia! Te aseguro que todo eso no es más que una burda y miserable propaganda militar, destinada a deslegitimarlos y aislarlos de posibles apoyos, seguramente elaborada por los asesores en guerra psicológica de los yanquis.

¿Qué balance general hace de todo lo que usted vio y conoció en los campamentos de las FARC-EP?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Cuando recuerdo lo que conocimos en los campamentos pienso en tanto académico mediocre becado por alguna ONG, o en esos periodistas ignorantes pagados por los grandes monopolios, que viven insultando y despreciando a estos jóvenes guerrilleros y guerrilleras afirmando que son “narcos” y no sé cuantas otras tonterías por el estilo. Me genera mucha indignación ver a esos pusilánimes y mediocres calumniar a las FARC. Entiendo si alguien no comparte la estrategia política de la insurgencia comunista y bolivariana. Es lógico y comprensible. Cada uno tiene derecho a su punto de vista y a opinar al respecto. Pero me parece que cualquiera que opine se debería antes quitar el sombrero. Es decir, hablar con sumo **RESPECTO** [Rodríguez Labriego hace el gesto de subrayar la palabra] ante tanta dignidad, ante tanta abnegación, ante tanto sacrificio.

Como conclusión personal, quisiera remarcar el tremendo **RESPECTO**, la sincera admiración que siento y que me genera esta gente, la

gente de las FARC. Los ví muy serios, muy esforzados, principalmente muy convencidos de la causa del socialismo. No sólo del socialismo en Colombia sino en la Patria Grande latinoamericana y en el mundo. Me parece que necesitan mucha solidaridad internacional. Más allá de las anécdotas o las impresiones, creo que eso es lo fundamental. La solidaridad.

¿Por qué cree que se habla tan poco de Colombia? ¿Por qué piensa que la izquierda mundial todavía es remisa a enarbolar como propia la bandera insurgente de las FARC?

Ezequiel Rodríguez Labriego: Quizás haya muchas causas. En primer lugar, por la impresionante campaña macartista contra las FARC. La izquierda, reconozcamos, no ha permanecido ajena ni al margen de los efectos de ese macartismo oficial que obliga a todo el mundo a “desmarcarse” de las FARC (y otros grupos radicales) para obtener certificado de “buena conducta”. ¿No es cierto? ¿O me equivoco? En segundo lugar, las FARC y el Partido Comunista Clandestino de Colombia (PCCC) marcan una continuidad con la izquierda revolucionaria de otras décadas, manteniendo la centralidad de la lucha por el poder, luego de varias décadas de predominio posmoderno y/o socialdemócrata. No se pone a Colombia en el centro de la agenda latinoamericana (donde habitualmente se habla de Bolivia y Venezuela, sin siquiera mencionar Colombia) porque eso implicaría automáticamente discutir la pertinencia de la lucha armada. Luego de miles y miles de muertos y desaparecidos eso provoca temor. Mucho temor. Debemos reconocerlo... todavía hay miedo, aunque no se lo confiese públicamente o se lo encubra con falsas elucubraciones “teóricas”. ¡Hay que vencer de una buena vez ese temor!

Entonces de lo que se trata es de recuperar la solidaridad. ¡No podemos abandonarlos! No debemos continuar cediendo al chantaje macartista. No podemos caer en el silencio cómplice ni en la comodidad de la indiferencia.

¿Cuándo usted habla de solidaridad se refiere exclusivamente a la izquierda?

Ezequiel Rodríguez Labriego: No necesariamente. No sólo a la izquierda. Las FARC se definen antiimperialistas y bolivarianos. El arco de solidaridad va mucho más allá de la izquierda. Toda persona que se oponga al guerrerismo de Uribe y a la violación de los derechos humanos debería solidarizarse. De la misma manera que se ha apoyado al sandinismo en Nicaragua, al FMLN en El Salvador, a Fidel y al Che en Cuba, a la URNG en Guatemala, al zapatismo en México, al MST en Brasil o a Chávez en Venezuela. Hoy hay que apoyar a las FARC. Las FARC son parte insustituible y fundamental de ese concierto latinoamericano. No podemos continuar haciéndonos los distraídos frente a la lucha del pueblo

colombiano. El apoyo a las FARC-EP debe estar a la orden del día en la izquierda latinoamericana y mundial.

El movimiento de Cátedras Che Guevara y la disputa por la hegemonía en América Latina

Vivimos un nuevo tiempo latinoamericano. A través de rebeliones populares, insurrecciones, luchas callejeras y diversas confrontaciones sociales hemos logrado poner en crisis al neoliberalismo en su forma paradigmática y brutal, tal como lo padecimos en la década del '90. Por diversas vías, el movimiento popular de Nuestra América ha iniciado un difícil proceso de cambios sociales. Desde la insurgencia colombiana hasta el ascenso electoral de los movimientos sociales en Bolivia, pasando por el proceso bolivariano en Venezuela, nuevas experiencias con pretensiones de cambio y aspiraciones radicales acompañan hoy a la revolución cubana, que ya no está sola ni aislada.

En ese nuevo contexto continental conviven las mencionadas experiencias con otras notablemente diferenciadas, como la que conforman los gobiernos gatopardistas de Argentina, Uruguay y Brasil (en los cuales la retóricaseudoprogresista y la apelación a simbologías vinculadas a un pasado de izquierda disimulan medidas económicas y esquemas productivos vinculados al viejo neoliberalismo ahora reciclado y adaptado a los tiempos que corren).

Los foros sociales mundiales con que se inauguró el siglo XXI abrieron la puerta, por la cual todavía no pasamos. La consigna, ampliamente consensuada, fue: *“Otro mundo es posible”*. Bien, pero, ¿cuál es ese otro mundo? ¿Será quizás un capitalismo sojero con retórica “progre”? ¿Un capitalismo de Estado y “con rostro humano”? ¿Tal vez una tercera vía que mezcle empresas cooperativas con economía de mercado? ¿O, en cambio, será la profundización revolucionaria de la perspectiva socialista por la vía de una estrategia de poder popular, un camino de combate contra el capital y la empresa privada (incluso contra el capital que para sobrevivir y seguir acumulando se titula tramposamente “progresista”, “nacional”, “bolivariano”, “andino”, etc.), la superación progresiva del mercado, el predominio creciente de la propiedad colectiva de los principales medios de producción y la planificación como herramienta central de la transición socialista? La respuesta sigue pendiente y está abierta a una compleja y difícil disputa social, ideológica y política de largo alcance. En Bolivia, en Venezuela y en gran parte de América Latina.

Para intervenir en esa disputa política, acumulando fuerzas en una dirección ideológica al mismo tiempo antimperialista y anticapitalista de alcance continental, fortaleciendo la formación política de la militancia de base y combatiendo la nefasta influencia ideológica de las fundaciones del imperialismo, la socialdemocracia, las ONGs y otras instituciones del mismo tenor, impulsamos desde la experiencia argentina la formación de Cátedras Che Guevara, en nuestro país pero también a nivel continental.

En Argentina la historia de las Cátedras Che Guevara comienza en el año 1997, en el 30 aniversario de la caída del Che. Primero se fundó la Cátedra Che Guevara en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Luego la experiencia se extendió como reguero de pólvora a Rosario, Córdoba, Río Cuarto, Chaco, Salta, Mar del Plata, Comahue, La Pampa, Misiones, entre muchos otros lugares. Nosotros participamos de esas iniciativas desde el comienzo. Mucho alentaron y ayudaron entonces los compañeros del Centro Che Guevara de La Habana.

Más tarde, la experiencia de la Cátedra Che Guevara se reprodujo al interior de la naciente Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, donde pudimos desarrollar nuestra tarea, durante casi una década. Posteriormente pasamos a trabajar y hacer formación política en el hotel Bauen, recuperado y gestionado por sus trabajadores, como parte del movimiento de fábricas y empresas recuperadas. Mientras tanto inauguramos la Escuela de Formación Política 22 de agosto “Héroes de Trelew”, en una fábrica textil —gestionada por movimientos piqueteros— del barrio proletario de Florencio Varela, en la periferia del gran Buenos Aires. En forma paralela volvimos a lanzar la Cátedra Che Guevara en la Universidad de Buenos Aires, mientras comenzamos a planificar nuevas experiencias y proyectos de formación política en la naciente Universidad de los Trabajadores, fundada desde la fábrica metalúrgica IMPA, recuperada y gestionada por sus trabajadores.

La mayor parte de esas experiencias —siempre impulsadas con trabajo voluntario militante, es decir, no rentado ni financiado por nadie— se desarrollaron en medio de disputas ideológicas y una aguda batalla de las ideas (donde las posiciones marxistas radicales, mariateguianas y guevaristas, polemizaron y polemizan con el populismo nacionalista y el reformismo institucionalista, con el autonomismo y también con diversas variantes que trivializan y despolitizan al Che)⁴¹.

A partir de esas experiencias concretas, a lo largo de todos esos años hasta hoy hemos logrado instalar en un sector importante del movimiento popular la necesidad de formarse, estudiar sistemáticamente y apropiarse para la lucha del pensamiento del Che y de su perspectiva política radical.

Con paciencia, militancia, estudio y método, logramos ganarnos el respeto y la confianza política de muchos compañeros que valoran la seriedad, el compromiso y la rigurosidad con que encaramos esa tarea.

⁴¹ Como producto de todas esas experiencias de pedagogía popular pero también de investigación teórica marxista (porque para poder difundir el marxismo del Che e influir en el movimiento de masas y la juventud hay que estudiarlo en serio y no repetir de forma improvisada tres o cuatro consignas descolgadas sin investigar en profundidad su pensamiento), elaboramos los siguientes libros: *Ernesto Che Guevara: El sujeto y el poder*. Buenos Aires, Nuestra América, 2005; *Aproximaciones al marxismo. Una introducción posible*. México, Ocean Sur, 2008 y *En la selva. Los estudios desconocidos del Che Guevara. A propósito de sus «Cuadernos de lectura de Bolivia»*. Caracas, Misión Conciencia, 2011.

Actualmente, la Cátedra Che Guevara en la cual nosotros participamos es convocada desde los lugares más diversos de Argentina y de nuestra América para reproducir la experiencia, adaptándola a cada país. Así hemos inaugurado Cátedras Che Guevara más allá de nuestra patria (aunque dentro de la patria grande) en Chile, en Bolivia y pronto abriremos experiencias similares en Uruguay y en Venezuela. También hemos socializado nuestra experiencia de formación política en la Escuela Florestan Fernandes del MST de Brasil.

Cada una de estas iniciativas guevaristas las hemos encarado codo a codo y brazo a brazo, al lado de compañeros y compañeras radicales, antimperialistas y anticapitalistas, de estos diversos países.

Consideramos que el guevarismo no es algo nostálgico ni “antiguo”. Tiene impactante actualidad y mucho que aportar en esas polémicas contemporáneas y disputas futuras. Como pensamiento político y proyecto ideológico, el guevarismo constituye la continuación de la herencia de Mariátegui (el “primer marxista de América”) y la máxima expresión latinoamericana de la tradición radical inaugurada por Marx y Lenin. En ellos nos inspiramos.

Un diálogo con Roque Dalton y Lenin, desde la izquierda revolucionaria del siglo XXI⁴²

La historia en ayuda de las futuras rebeldías

Hace cuatro décadas Roque Dalton apeló al viejo militante salvadoreño Miguel Mármol para desenterrar y desempolvar una historia de rebeldía olvidada. No reconstruyó su testimonio sobre la insurrección salvadoreña de 1932 para ganar una beca ni para coronar una tesis universitaria. Con ayuda de Mármol (sobreviviente de aquella insurrección a pesar de haber sido fusilado), Roque fue en busca del pasado para así iluminar el presente y cargarlo de energía. De esta manera pretendía conjurar los fantasmas del quietismo, el “realismo”, el culto de “lo posible” y la impotencia política que levanta altares paganos a la sempiterna “correlación de fuerzas objetivas”.

Atravesados por esa misma inquietud espiritual y con intenciones análogas hoy recurrimos al revolucionario y poeta Roque Dalton para pedirle socorro, inspiración, consejo y guía. Ahora le toca a él dar testimonio, aportar experiencias, reflexiones, pensamientos y sugerencias políticas, para así ayudar a una nueva generación a salir del *impasse* político y el desconcierto ideológico en que nos sumergió el neoliberalismo.

Lenin y el poder

Después de las derrotas insurgentes de los '60 y los genocidios militares de los '70, de la socialdemocratización y el posmodernismo de los '80, del desprecio de fundaciones y ONGs por el marxismo revolucionario y la cooptación desfachatada de los '90, Roque nos ofrece nuevamente la fruta prohibida. “*Es conveniente leer a Lenin*”, nos sugiere, “*actividad tan poco común en extensos sectores de revolucionarios contemporáneos*”.

Pero su consejo para las nuevas generaciones de militantes no queda detenido allí. Burlón, incisivo, irónico y mordaz, Dalton pone el dedo en la llaga. Luego de los relatos posmodernos y de aquellas tristes ilusiones que pretendían “cambiar el mundo sin tomar el poder”, Roque nos provoca: “*Cuando usted tenga el ejemplo de la primera revolución socialista hecha por la «vía pacífica», le ruego que me llame por teléfono. Si no me encuentra en casa, me deja un recado urgente con mi hijo menor, que para entonces ya sabrá mucho de problemas políticos*”.

A contramano de modas académicas y mercantiles, cruzando las fronteras tanto de la vieja izquierda eurocéntrica como de los equívocos

⁴² Este trabajo apareció como prólogo al libro *Un libro rojo para Lenin. Poema-collage* de Roque Dalton. Buenos Aires, Ediciones La Lllamarada, 2011.

seudolibertarios y falsamente horizontalistas de las ONGs, la propuesta radical de Roque Dalton acude presurosa a llenar un vacío. Su relectura de Lenin nos permite responder los interrogantes que a nuestro paso nos presenta la esfinge. Roque focaliza la mirada crítica y la reflexión teórica en el problema fundamental del poder, desafío aún irresuelto en los procesos políticos contemporáneos de nuestra América. Tras varias décadas de eludir, ocultar o silenciar ese nudo problemático de todo pensamiento radical, recuperar la perspectiva antiimperialista y anticapitalista de Roque puede ser de gran ayuda para someter a crítica las mistificaciones y atajos reformistas del posmodernismo, disfrazados con jerga aparentemente — sólo aparentemente— libertaria.

La redacción de este libro

El puntapié inicial para la redacción de *Un libro rojo para Lenin*, obra iconoclasta y provocadora, responde a una invitación de un reconocido intelectual cubano, el poeta Roberto Fernández Retamar, director de Casa de las Américas. En 1970, al cumplirse 100 años del nacimiento de Lenin, Fernández Retamar convoca a varios poetas a escribir sobre él. De los muchos trabajos seleccionados, se eligen dos, uno de Roque y otro del intelectual haitiano René Depestre.

Esa puntada inicial, redactada en La Habana, se fue entretejiendo posteriormente con múltiples materiales que Dalton va acumulando para su investigación sobre la obra del principal teórico de la filosofía de la praxis —según lo definiera Antonio Gramsci—.

Aquella primera redacción acerca de Lenin se termina de completar recién tres años más tarde, en julio de 1973, en Hanoi, Vietnam del norte. El libro nace entonces en La Habana y concluye en Vietnam. Un itinerario geográfico que es también político, índice expresivo de lo que Roque concibe como actualidad del leninismo.

El propio autor aclara al final del último poema de su libro, el “Ensayo de himno para la izquierda leninista”, que su texto queda, adrede, inconcluso. Lo concibe como una obra abierta a los avatares de la revolución latinoamericana y a las nuevas lecturas que eventualmente se derivarán sobre Lenin en el futuro (su aclaración textual dice: “Poema inconcluso—mientras viva el autor”). Después de su irracional y cobarde asesinato, ocurrido en 1975, la obra permanece como él la concibió, abierta.

Una reflexión de madurez

Dentro del arco de variación de su propia obra ensayística y política, *Un libro rojo para Lenin* constituye un texto de madurez.

Una vez que culmina, en 1965, su primera investigación sociológica y política —en forma de libro monográfico— sobre la historia de El Salvador, Roque comienza su tarea de maduración ideológica y

radicalización política. Intentando trazar un puente directo entre Farabundo Martí y la estrategia fidelista-guevarista continental, el poeta aprovecha su estadía en Praga durante 1966 para husmear y reconstruir los testimonios orales de Miguel Mármol sobre la insurrección comunista de 1932. Esos testimonios fueron recogidos en extensas entrevistas —en forma manuscrita, sin grabador— a lo largo de tres semanas de mayo y junio de 1966. Fruto de esa rigurosa y obsesiva tarea saldrá el texto sobre la insurrección de 1932 y la masacre que la aplastó a sangre y fuego. De ese trabajo se publicaron fragmentos por primera vez, en enero de 1971, en el N° 48 de la revista cubana *Pensamiento Crítico* con el título “Miguel Mármol: El Salvador 1930-1932”. Más tarde, ya muerto Roque, se publicó el libro completo en forma póstuma. Fue en 1983. El volumen llevaba por título *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* y fue editado por Casa de las Américas.

En una etapa posterior de este trabajo intelectual y ensayístico, Roque se mete hasta las orejas en los debates políticos abiertos por Régis Debray en la segunda mitad de los años '60. De allí saldrá el libro polémico *Revolución en la revolución y la crítica de derecha*, donde el salvadoreño realiza su propio balance crítico sobre las absolutizaciones y unilateralidades de Debray, mientras al mismo tiempo ajusta cuentas con lo que denomina “la derecha del movimiento comunista latinoamericano” que por entonces arremetía contra Debray como una vía indirecta, menos comprometida y con menor costo político, para atacar a Fidel y al Che e impugnar a la Revolución Cubana.

De modo que *Un libro rojo para Lenin* no es una obra juvenil, producto de alguien entusiasmado y con voluntad, pero inexperto y recién llegado. Por el contrario, en la trayectoria biográfica e ideológica de Roque Dalton constituye la coronación de una prolongada búsqueda teórica (siempre nutrida y entrecruzada con experimentaciones poéticas y militancia política) que comienza investigando la propia historia insurreccional de El Salvador en los años '30 y continúa más tarde con la polémica sobre la estrategia de la lucha armada en América Latina de los '60.

Su lectura-diálogo-*collage* sobre Lenin conforma entonces el punto maduro de llegada de esas indagaciones previas y el paso necesario que Roque emprende como plataforma ideológica de su incorporación activa a la lucha armada en su propio país.

El estilo de Roque: la ironía como arma

Al entablar una batalla ideológica de largo aliento contra todo un abanico de reformismos Roque logra conjugar un contenido revolucionario con una forma de expresión que violenta las cristalizaciones habituales del discurso de izquierda. Su estilo disruptivo, heterodoxo, iconoclasta, no es ajeno al contenido que pretende transmitir. No tiene sentido congelar una

forma de expresión ni atarse a un solo género si se pretende transmitir un mensaje rebelde que rompa con los clichés y lugares comunes que impidieron durante décadas aprovechar y utilizar el inmenso arsenal teórico proporcionado por Lenin. Las rebeldías deberían estar, entonces, en ambos polos de la ecuación, en la forma y en el contenido, no sólo en este último. De este modo, Roque lleva a la práctica en su escritura ensayística los recursos que ya había empleado en su poesía. La cultura revolucionaria se vuelve más eficaz y adquiere mayor poder de fuego (y de convencimiento) cuanto más irónica y mordaz.

Esa ironía, tan propia y característica de su escritura, le ayuda también a reírse, o al menos, a perderle el respeto a los géneros discursivos tradicionales. En ese sentido reaparece una y otra vez, en cada página de su libro, una pregunta que no por tácita resulta menos operante: ¿por qué la polémica ideológica no puede ser poética? ¿por qué una obra poética debe renunciar a su proyección ideológico política?

Al saltar por sobre los géneros Roque combina poemas, relatos, anécdotas y hasta documentos históricos con las instrucciones de Lenin para realizar un sabotaje, emplear una molotov, asaltar una comisaría, construir un ejército revolucionario. En su conjunto, la obra constituye un inmenso *collage* en el que se integran materiales ensayísticos, biográficos, documentales, poéticos y pedagógicos.

Dentro de ese *collage*, en la aproximación a Lenin y en la crítica del reformismo que pretendió manipularlo, deformarlo o directamente rechazarlo, intervienen numerosas voces con las que él acuerda y polemiza.

Roque lo fue construyendo como un diálogo inacabado. En sus páginas aparecen también sus oponentes, personajes inventados que, desde el horizonte de la vieja izquierda metropolitana y eurocéntrica, intentan poner en duda la lectura leninista que, en clave latinoamericana, su autor nos propone.

Si bien es innegable que los personajes del diálogo-*collage* son múltiples, también es evidente que ese elenco numeroso cuenta con dos protagonistas centrales e inequívocos: Lenin y Roque, Roque y Lenin. Ambos miembros activos de nuestra cofradía antiimperialista y anticapitalista. Hacerlos hablar significa incorporarlos al juego, involucrarlos en la resolución de nuestros desafíos políticos actuales y nuestros interrogantes abiertos. Leer el libro implica, entonces, participar en el diálogo.

Pero el *collage* de Roque no es posmoderno, pues su propuesta de lectura-escritura tiene ejes y contornos netamente definidos, habitualmente despreciados y vilipendiados por el llamado “pensamiento débil”. En primer lugar, la historia, especialmente la de América Latina, aunque también la de otras revoluciones antiimperialistas y anticapitalistas del mundo subdesarrollado. En segundo lugar, la ideología. En tercer lugar, el sujeto y, finalmente, en cuarto pero no en último lugar, la revolución. El *collage* de Dalton, repleto de retazos

polifónicos, no tiene entonces nada que ver con la fragmentación entrecortada de un videoclip posmoderno, donde las partes coexisten yuxtapuestas sin un sentido articulador que las ordene y les otorgue una dirección.

En esa articulación de historia, ideología, sujeto y revolución, el relato no corre únicamente por cuenta de Roque. Junto al suyo, se oyen también otros discursos, permaneciendo el *collage* abierto y expresamente inconcluso como la misma revolución continental y la propia historia del marxismo latinoamericano en los cuales este libro se inserta.

La forma *collage* y el traspaso permanente de género en género no son las únicas notas definitorias de esta escritura. Al mismo tiempo debemos registrar su humor, no como algo aleatorio o coyuntural, sino como un registro fundamental de toda la obra y visión de la vida de Roque Dalton.

El humor de Roque, por ejemplo, intercala sin ningún tipo de advertencia al lector, en medio de una rigurosa explicación de nuestro común amigo y compañero, el cubano Fernando Martínez Heredia sobre el marxismo ruso, los terroristas populistas, Plejanov y el joven Lenin, la frase de la canción de Carlos Puebla: “*pero entonces llegó el comandante y mandó a parar*”. Una irrupción sin aviso que desconcierta al lector y, como aquella viejas técnicas teatrales que utilizaba Bertolt Brecht en su dramaturgia, despiertan al espectador y lo zarandean para que tome distancia del relato y así avance críticamente en la conciencia. O también, aquella referencia a Gramsci y a su vínculo con la Internacional Comunista de su obra *Un libro levemente odioso* donde Roque, en lugar de escribir 275 páginas repletas de notas al pie y documentos de archivo, resume su explicación con frases de... ¡un bolero!: “*¿Qué le dijo el movimiento comunista internacional a Gramsci? No tengo edad, no tengo edaaaad para amarte....*”.

El humor de Roque se convierte así en una herramienta desacralizadora, un modo permanente de acercarse al marxismo y en particular a Lenin evitando toda momificación, alivianando hasta corroer y disolver el peso del bronce que durante décadas aplastó su mensaje rebelde.

En medio de la risa y la ironía, Roque nos invita a pensar en voz alta, a reflexionar codo a codo y fraternalmente entre compañeros, manteniendo al mismo tiempo una ácida y agria polémica con los enemigos burgueses.

¿Lenin? ¿Cuál?

Después de investigar sobre la historia remota de El Salvador, de reconstruir la insurrección comunista de 1932 y de ajustar cuentas con todo el *affaire* Debray, Roque se vuelca a Lenin. No es casual. Los sectores más afines a la Unión Soviética y al llamado “tránsito pacífico” al socialismo invocaban su figura —con no poco cinismo— como antídoto

frente a todos los “izquierdismos”, principalmente el del Che Guevara y sus seguidores latinoamericanos.

¿Cuál es el Lenin que aquí nos acerca Roque? Pues el Lenin del trabajo clandestino, el de la insurrección, el de la revolución y el de la lucha por el poder. En esta elección no hay arbitrariedad alguna sino una perspectiva político-ideológica inequívoca. El gran presupuesto de Roque se asienta en una cosmovisión que concibe al marxismo de manera viva, inflamable, como una teoría de la rebelión y no como una doctrina académica muerta asentada en una recopilación de citas “sagradas” tranquilizadoras. Según Roque *“nos interesa muchísimo más el Lenin de la toma de Petrogrado y el Lenin que nos llega a través del Che Guevara y el general Giap, que el lenin (genial, sin duda) de la NEP o el Lenin que nos llega a través del informe sobre los éxitos de la última cosecha de trigo en Ucrania”*.

La aproximación al máximo dirigente de la Revolución Rusa está dada por la historia, la del propio Lenin y la de sus lectores actuales, con problemas diversos a los de 1917 pero para los cuales el acudir al pensamiento del gran bolchevique puede resultar sumamente útil y provocador. De allí que Dalton, sucinto y económico, defina de la siguiente manera: *“El leninismo es un complejo resultante de la historia, no una impenetrable bola de acero”*.

En esa aproximación a Lenin, que no por ser activa y en perspectiva deja de ser objetiva, no por tomar partido deja de ser rigurosa y estricta, no por elegir un perfil de abordaje deja de tomar en cuenta los documentos y la investigación historiográfica, Roque Dalton aclara a cada paso desde donde habla y contra quien escribe. Sus interlocutores polémicos están abiertamente mentados en el poema “Contra quien es este libro”. Además de oportunistas, allí los clasifica —una vez más, irónicamente— como *“full backs de la burguesía”*, aquellos que acusan de “blanquismo” a la naturaleza y a la historia o creen que la gran obra de Marx consiste en haber prevenido a la clase obrera contra el revolucionarismo excesivo.

Si está claro con quien es la polémica, también son nítidas las acusaciones que Roque pretende contestar. Están enumeradas en el poema titulado “En la polémica nos dicen”. Esto es: anarquistas, bandoleros, extremistas, terroristas, antisociales...

Si hubiera que resumir en una sola categoría de la historia política del movimiento socialista todos esos insultos, ese concepto sería el de “blanquismo”, referencia despectiva que remite al líder conspirador francés del siglo XIX Auguste Blanqui.

Roque se propone rescatar a Lenin (y con él a todo el marxismo revolucionario que no sirve de pasto de consumo académico) de las acusaciones de “blanquismo”, pero también de otras que suelen acompañarlo: “aventurerismo”, “putshchismo”, “romanticismo”, “jacobinismo” y “babuvismo” (referencia despectiva que remite a Graco Babeuf). Todos estos epítetos, acuñados por la socialdemocracia de fines del siglo XIX y empleados por el stalinismo prosoviético durante la década

de 1960 para insultar al Che, a Fidel y a los jóvenes revolucionarios que seguían a Cuba fueron reflatados durante la década de 1980 y 1990 —ya muerto Roque—, por ex comunistas, arrepentidos, y socialdemócratas subsidiados por fundaciones alemanas o norteamericanas. Tanto en 1890, en 1967 como en 1980-1990 el objetivo de su uso ha sido el mismo: rechazar a cualquiera que se proponga ir más allá de los límites y protestas permitidas por el sistema de dominación capitalista. Demonizar a quien quiera sacar los pies del plato.

Toda la polémica ideológica entablada por Roque Dalton se propone precisamente defender la legitimidad política del pensamiento revolucionario latinoamericano y hacer jugar a Lenin en esa disputa, no como dogmático censor que reta con el dedo autoritario en alto a los jóvenes izquierdistas sino como ácido impugnador del reformismo, la enfermedad senil del comunismo y de los “nuevos” movimientos sociales.

El Lenin que nos aproxima Roque, a través de discursos históricos, artículos o testimonios de investigadores, es el del revolucionario que propone a los jóvenes fabricar molotov, organizar células clandestinas de combate callejero; el que recomienda pensar mejor qué hacer frente a las elecciones antes de participar en ellas con los ojos cerrados y bajo cualquier circunstancia; el que enseña el camino de la lucha frontal y armada contra los organismos de inteligencia y represión...

¡Pero Lenin, el más grande de todos, no está solo en este libro!. Lo acompañan el Che Guevara, Fidel Castro, el general vietnamita Giap (que se cansó de derrotar y humillar a varios ejércitos del imperialismo japonés, francés, yanqui...), Ho Chi Minh, Antonio Gramsci, György Lukács. Y obviamente no podía faltar el diablo...

Roque, Lenin y el diablo

Sí, en *Un libro rojo para Lenin* aparece León Trotsky. Roque extracta y reproduce fragmentos de su célebre *Historia de la revolución rusa* (el mismo libro que Ernesto Guevara se llevó para leer, extractar y anotar en Bolivia en 1966). Aquella voluminosa obra en la cual el fundador del Ejército Rojo bolchevique subraya las fuertes deudas que el marxismo revolucionario mantiene con Blanqui, sin obviar las diferencias recíprocas. Hoy en día, en el siglo XXI, resultan más que útiles, seductores y sugerentes estos fragmentos de Trotsky sobre la violencia revolucionaria y el arte de la insurrección, inteligentemente extraídos e incorporados por Roque. Sirven sobremanera para compararlos con la obsesión pretendidamente “antifoquista” (en realidad espontaneísta y reformista) de Nahuel Moreno [Hugo Miguel Bressano] y algunos otros dirigentes trotskistas latinoamericanos menos conocidos que han terminado convirtiendo a Trotsky en un vulgar apologista de la participación electoral a toda costa y a cómo dé lugar. Aunque el blanco predilecto de Roque Dalton es, principalmente, la pseudo ortodoxia oportunista de los soviéticos y el reformismo stalinista —por ejemplo de Victorio Codovilla y Rodolfo

Ghioldi, dos dirigentes del PC argentino a quienes cuestiona en su otro libro *Revolución en la revolución y la crítica de derecha*—, el radio de alcance de sus polémicas llega más allá de ese espacio restringido. La lúcida reconstrucción de Roque Dalton deja bien en claro que León Trotsky se sentiría mucho más a gusto en compañía de los guevaristas latinoamericanos, “izquierdistas” y “románticos”, que con las instituciones burguesas y las elecciones parlamentarias a las que tristemente lo han querido maniatar durante las últimas décadas en algunos de nuestros países.

¿Qué adopta Roque de Trotsky? Pues aquello según lo cual lo más difícil de resolver en una situación revolucionaria es el problema del sujeto colectivo y el papel activo de los revolucionarios. En ese contexto, entre las principales trabas a remover, Trotsky identifica a la maquinaria institucional y sus habituales acusaciones de “blanquismo” utilizadas por la propaganda reformista para rechazar y demonizar a las corrientes de izquierda no institucionales o extraparlamentarias. En ese sentido, a Roque Dalton le llamó poderosamente la atención la forma en que el creador del Ejército Rojo bolchevique define al “blanquismo”. Según el autor de *Historia de la revolución rusa*, reproducido por Dalton, por blanquismo debe entenderse, no una desviación elitista, militarista o conspiradora del socialismo sino, por el contrario, “*la esencia revolucionaria del pensamiento marxista*”. No es casual que Roque se haya detenido en este párrafo de Trotsky, ya que en América Latina las corrientes más moderadas del movimiento comunista emplearon el término de “blanquismo” para descalificar a Fidel, al Che y a toda la nueva izquierda revolucionaria.

Al poner en discusión la visión falsamente apologética de Lenin, que lo convertía en una momia de mausoleo más preocupada por la “coexistencia pacífica” entre diversas potencias a nivel internacional y por la gobernabilidad interna de cada estado a nivel nacional, que en incentivar futuras rebeliones populares, Dalton también realiza un beneficio de inventario sobre la teoría del partido. “*El partido de Lenin es un partido de combate*”, afirma; “*La mejor cuna del partido es el fuego*”. Su misión no es garantizar la paz (de los poderosos y los cementerios) sino encaminar a la juventud y la clase trabajadora “*para la toma del poder*”. No es casual que las diversas organizaciones de la izquierda salvadoreña, pocos años después de que Roque escribiera este libro, se encaminaran — unidas en el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN)— hacia el combate armado y la lucha revolucionaria por el poder. Justamente, hacia el final del volumen, Roque reproduce un fragmento periodístico que da cuenta de la actividad político militar de las FPL (Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí, una de las principales expresiones que años después conformarían el FMLN). Marca de esta manera una línea de acción práctica en la política salvadoreña de aquellos días.

Lenin desde el marxismo latinoamericano

El poeta salvadoreño se propone, nada menos, que traducir a Lenin a nuestra lengua política, a nuestra idiosincrasia, a nuestra historia, insertándolo en lo más rebelde y radical de nuestras tradiciones revolucionarias. No es aleatorio que en su reconstrucción apele a otras experiencias de revoluciones en países del Tercer Mundo: la atrasada Rusia, la periférica China, Vietnam, Cuba, El Salvador... El Lenin de Roque se viste de moreno, de indígena, de mujer combativa, de campesino, de cristiano revolucionario, de habitante de población, villa miseria, cantegril y favela, además de obrero industrial, moderno y urbano. La suya es una lectura ampliada de Lenin, pensada para que sea útil ya no exclusivamente en las grandes metrópolis del occidente europeo-norteamericano sino principalmente en el Tercer Mundo, única manera de mantenerlo vivo y al alcance de la mano en las rebeliones actuales de América latina.

Esa perspectiva permite comprender la dedicatoria del libro que aunque está cargada de afecto y admiración, implica también una definición política, ya que Roque lo dedica “A Fidel Castro, primer leninista latinoamericano, en el XX aniversario del asalto al Cuartel Moncada, inicio de la **actualidad de la revolución** en nuestro continente” [subrayado de R.D.]. Esa dedicatoria a Fidel retoma puntualmente la tesis central del libro de Lukács sobre Lenin [véase nuestro estudio preliminar a G.Lukács: *Lenin, la coherencia de su pensamiento*.

<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=10714>].

Algunos de los problemas prioritarios que *Un libro rojo...* aborda tienen que ver con el carácter de la revolución latinoamericana y las vías (“tránsito pacífico”, confrontación directa, “no tomar el poder...”, etc). Pero el abanico de problemas no se detiene allí. Pretende ser más extenso.

Lectura sobre las lecturas

La obra de Roque tiene como objetivo fundamental pensar y repensar qué significa el leninismo para y desde América latina. Su reflexión merece ser balanceada y contrastada con algunas de las muchas aproximaciones análogas realizadas en nuestro continente.

En primer lugar, con el “leninismo” construido por Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, dos de los principales exponentes argentinos de la corriente latinoamericana prosoviética. Estos dos dirigentes comenzaron a ser hegemónicos dentro del Partido Comunista argentino (PCA) a partir de 1928, cuando ya hacía diez años que éste se había fundado. Alineados en forma férrea con la vertiente de Stalin en el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), Codovilla y Ghioldi pasaron a dirigir, de hecho, la sección sudamericana de la Internacional Comunista (IC). Desde allí combatieron a José Carlos Mariátegui, difundieron sospechas sobre Julio Antonio Mella y criticaron duramente a todo el movimiento político-

cultural de la Reforma Universitaria nacido en Córdoba. Cuarenta años más tarde, durante los años '60, Codovilla y Ghioldi volvieron a repetir la misma actitud de aquellos años '20, rechazando y combatiendo la nueva herejía que emanaba entonces de las barbas de Cuba. Desde ese ángulo, construyeron una pretendida “ortodoxia” leninista desde la cual persiguieron a cuanto “heterodoxo” se cruzara por delante. Lenin, en este registro stalinista rudimentario se convierte en un recetario de fórmulas rígidas, propiciadoras del “frente popular”, la alianza de clases con la llamada “burguesía nacional” y la separación de la revolución en rígidas etapas. Además, desde los años '50 en adelante, el “leninismo” de Codovilla y Ghioldi se fue convirtiendo en sinónimo de “tránsito pacífico” al socialismo y oposición a toda lucha armada (a pesar de que Ghioldi había participado en 1935 en la insurrección fallida encabezada por Luis Carlos Prestes en Brasil).

Todo el emprendimiento de Roque Dalton en *Un libro rojo para Lenin* constituye una crítica frontal y radical, punto por punto, parte por parte, de esta versión de “leninismo” divulgada y custodiada en nuestras tierras por Codovilla y Ghioldi.

En segundo lugar, en América Latina el líder del Partido Comunista uruguayo (PCU) Rodney Arismendi elaboró en *Lenin, la revolución y América Latina* una versión más refinada y meditada de “leninismo”. La suya fue una lectura más sutil, inteligente y no tan vulgar como la de Codovilla y Ghioldi —lo que le permitió cierto diálogo con la vertiente guevarista como el mismo Roque reconoce en su otro libro *Revolución en la revolución y la crítica de derecha*—, aunque el dirigente uruguayo compartiera en términos generales el mismo paradigma político que los dos dirigentes de Argentina. La apropiación latinoamericana de Lenin que encara Arismendi —quien había realizado años atrás una aguda crítica del populismo de Haya de la Torre—, sin dejar de seguir a la línea soviética, al mismo tiempo abre el diálogo frente a la Revolución Cubana. En el libro de Arismendi sobre Lenin, ese difícil y complejo cruce conciliador entre la antigua corriente de los PCs prosoviéticos y la nueva corriente revolucionaria, de inspiración fidelista-guevarista, se expresa ya desde su misma dedicatoria, donde se entremezcla el recuerdo de “*los fundadores y militantes del movimiento comunista de América Latina*” con la invocación “*A Fidel Castro y sus compañeros, entre ellos el inmortal Guevara, que llevaron al triunfo la primera revolución socialista del continente*”. A diferencia de Codovilla y Ghioldi que, en nombre de Lenin, fueron ardientes opositores de la estrategia cubana para América Latina (cuando Ghioldi escribe *No puede haber «revolución en la revolución»* contra Régis Debray, en realidad arremete políticamente contra Fidel y el Che sin nombrarlos), Arismendi intenta integrar la perspectiva continental de la lucha armada con la estrategia de los PC de “vía pacífica”. La solución de Arismendi, a mitad de caminos de dos estrategias diversas e incompatibles, conserva muchos de los lugares comunes —como la crítica al “blanquismo”— de la corriente prosoviética, pero lo hace de una forma

original, sin seguir al pie de la letra los manuales soviéticos. No es casual que Arismendi haya sido uno de los pocos o quizás el único dirigente de un PC tradicional que participa de la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) reunida en La Habana en 1967.

En tercer lugar, y ya bajo directamente la estrella de la Revolución Cubana, la pedagoga chilena Marta Harnecker intentará una nueva aproximación a Lenin desde América Latina. Lo hará desde la óptica política y epistemológica althusseriana, ya que Marta ha sido durante años una de las principales alumnas y difusoras del pensamiento de Louis Althusser en idioma castellano y en tierras latinoamericanas. Ese intento de lectura se cristalizará en la obra *La revolución social (Lenin y América Latina)*, de algún modo deudora de obras previas como *Táctica y estrategia; Enemigos, aliados y frente político* así como de la más famosa de todas *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. La obra pedagógica de Harnecker, mucho más apegada a Lenin que los anteriores intentos etapistas de Codovilla, Ghioldi o Arismendi, tiene un grado de sistematicidad mucho mayor que la de Roque Dalton. Sin embargo, por momentos los esquemas construidos por Marta rinden un tributo desmedido a situaciones de hecho, coyunturales. Por eso sus libros teóricos van de algún modo “acompañando” los procesos políticos latinoamericanos. Así, perspectivas políticas determinadas se convierten, por momentos, en “modelos” casi universales: lucha guerrillera —como en Cuba— en los '60; lucha institucional y poder local —como en Brasil y Uruguay— en los '80 y '90; procesos de cambios radicales a través del ejército —como en Venezuela— desde el 2000.

El libro de Roque, sin duda menos sistemático y con menor cantidad de referencias y citas bibliográficas de los escritos de Lenin que estos manuales, posee sin embargo una mayor aproximación al núcleo fundamental del Lenin pensador de la revolución anticapitalista. La menor sistematicidad es compensada con una mayor frescura y, probablemente, con una mayor amplitud de perspectiva de pensamiento político.

En cuarto lugar, debemos recordar la operación de desmontaje que desde comienzos de los años '80 pretendieron realizar los argentinos Juan Carlos Portantiero, José Aricó (ambos, por entonces, exiliados en México) y Ernesto Laclau (residente, por libre voluntad, en la Academia británica), entre otros. Toda su relectura de Gramsci en clave explícita y expresamente antileninista, constituye un sutil intento de fundamentar su pasaje y conversión de antiguas posiciones radicalizadas a posiciones moderadas (esta referencia vale para Portantiero y Aricó, no así para Laclau, quien nunca militó en la izquierda radical sino en la denominada “izquierda nacional”, apoyabrazos progresista del populismo peronista). Concretamente, el ataque a Lenin (acusado de “blanquista”, “jacobino” y “estatalista”) y la manipulación de Gramsci (resignificado desde el eurocomunismo italiano y el posmodernismo francés) cumplen en los ensayos de Portantiero, Aricó y Laclau el atajo directo para legitimar con bombos y platillos “académicos” su ingreso alegre a la socialdemocracia,

tras la renuncia a toda perspectiva anticapitalista y anticapitalista. No podían realizar ese tránsito sin ajustar cuentas con la obra indomesticable de Lenin, hueso duro de roer, incluso para los académicos más hábiles en desvirtuar y fagocitar a los pensadores rebeldes.

El libro de Roque, pensado para discutir con el reformismo y el oportunismo de *“la derecha del movimiento comunista latinoamericano”*, está repleto de argumentos que incluso les quedan grandes a las apologías parlamentaristas y reformistas de estos tres pensadores de la socialdemocracia.

En quinto lugar, no podemos obviar el reciente intento de John Holloway y sus seguidores latinoamericanos por responsabilizar a Lenin de todos los males y vicios habidos y por haber: sustitucionismo, verticalismo, autoritarismo, estatalismo, etc., etc., etc. La “novedad” que inaugura el planteo de Holloway consiste en que realiza el ataque contra las posiciones radicales que se derivan de Lenin con puntos de vista reformistas pero..., a diferencia de los antiguos stalinistas prosoviéticos o de los socialdemócratas, él lo hace con lenguaje supuestamente de izquierda. La jerga pretendidamente libertaria encubre en Holloway un reformismo poco disimulado y una impotencia política mal digerida o no elaborada (extraída de un esquema académico demasiado abstracto de la experiencia neozapatista, caprichosamente despojada de toda perspectiva histórica o de toda referencia a las luchas campesinas del zapatismo de principios del siglo XX, que poco o nada interesan a Holloway). Toda la crítica de Roque Dalton golpea contra este tipo de planteos académicos al estilo de Holloway, aunque por vía indirecta, ya que al redactar su polémico *collage* Roque pretendía cuestionar posiciones más ingenuas, menos sutiles y, si se quiere, más transparentes en sus objetivos políticos. Finalmente, a la hora de parangonar la lectura de Roque con otras lecturas latinoamericanas sobre Lenin, nos topamos con el reciente estudio de Atilio Borón. Este autor acude al *¿Qué hacer?*, para analizarlo, interrogarlo y reivindicarlo desde la América Latina contemporánea.

No es casual que, como Roque Dalton, Borón llegue a una conclusión análoga cuando señala a Fidel Castro como uno de los grandes dirigentes políticos que han comprendido a fondo a Lenin. Particularmente, hace referencia a la importancia atribuida por Lenin a la teoría revolucionaria y a la conciencia y lo parangona con el lugar privilegiado que ocupa la *“batalla de las ideas”* en el pensamiento de Fidel. Después de la rebelión popular argentina de diciembre de 2001, Borón analiza las tesis del *¿Qué hacer?* y las emplea para polemizar con el “espontaneísmo”, sobre todo de John Holloway, quien de hecho clasifica a Lenin como un vulgar estatista autoritario. También polemiza con la noción deshilachada y difusa de “multitud” de Toni Negri, quien cree, erróneamente, que toda organización partidaria de las clases subalternas termina subordinando los movimientos sociales bajo el reinado del Estado. Crítico de ambas interpretaciones —la de Holloway y la de Negri—, Borón sostiene que gran parte de las revueltas populares de comienzos del siglo

XXI han sido “*vigorosas pero ineficaces*”, ya que no lograron, como en el caso argentino, instaurar un gobierno radicalmente distinto a los anteriores ni construir un sujeto político, anticapitalista y antiimperialista, perdurable en el tiempo.

En este tipo de lecturas, el leninismo de Borón mantiene una fuerte deuda con las hipótesis históricas del dirigente comunista uruguayo Arismendi, a quien cita explícitamente, aunque en el caso del argentino esas conclusiones a favor de un comunismo democrático estén completamente despojadas de todo vínculo con el stalinismo.

De la misma forma que el salvadoreño, en su trabajo sobre Lenin el argentino cuestiona “*las monumentales estupideces pergeñadas por los ideólogos soviéticos y sus principales divulgadores*”. Si bien Borón y Dalton se esfuerzan por delimitar la reflexión de Lenin de aquello en lo que derivó posteriormente en stalinismo, depositan sus miradas en aristas algo disímiles. Por ejemplo, mientras Borón critica —siguiendo a Marcel Liebman— la “*actitud sumamente sectaria*” de Lenin durante el período 1908-1912, Roque defiende aquellos escritos de Lenin, duros, inflexibles, propiciadores de la clandestinidad, del “partido obrero de combate” e incluso de la guerrilla.

Las reflexiones de *Un libro rojo para Lenin* tienen, evidentemente, vasos comunicantes con todas estas otras iniciativas intelectuales elaboradas en América Latina pero contienen, además, una densidad específica y propia.

Con preocupaciones similares a todos estos abordajes, con los cuales polemiza o dialoga, el poeta salvadoreño le agrega a Lenin un atractivo extra, un “plus” picante y difícil de aferrar. El Lenin que él nos acerca se desmarca del manual, del slogan, del *paper* académico, del esquema —sea el que sea— o de la cita de partido para volverse uno más de nosotros, una persona viva y militante, de carne y hueso, al alcance cotidiano de la mano.

Pensar más allá del progresismo y actuar más allá de la institucionalidad

La propuesta política de Roque, atravesada, sí, por las esperanzas ardientes de los años 60 e inflamada, también, por el huracán continental que generó en sus primeros años la Revolución Cubana, posee, sin embargo, una impactante actualidad. Si bien es cierto que el “espíritu de época” del cual se nutre Roque al escribir no es exactamente el nuestro, también es verdad que su libro-*collage* pone sobre la mesa, casi brutalmente, un problema que permanece todavía irresuelto. ¿Cómo pensar en América Latina los cambios radicales más allá de la institucionalidad sin abandonar, al mismo tiempo, la organicidad revolucionaria anticapitalista? Es decir, ¿cómo volver a colocar en el centro de las discusiones, los proyectos y las estrategias revolucionarias latinoamericanas del siglo XXI el problema del poder, abandonado, eludido

o incluso negado durante un cuarto de siglo de hegemonía ideológica reformista o neoliberal?

Para obligarnos a pensar en estos problemas, a tocar el fuego con las manos, Roque provoca, molesta, incomoda. Se ríe y burla de los acomodaticios. Se mofa de las burocracias partidarias. Se toma en solfa la adustez engolada de los discursos académicos que citan mucho para no decir nada.

El libro de Roque también sirve para pensar las derrotas de las revoluciones latinoamericanas desde la izquierda, sin hacer tabla rasa con el pasado de lucha (como nos han propuesto a lo largo de estos años tantos conversos y arrepentidos, convertidos súbitamente en funcionarios de traje, reloj caro y corbata). Repleto de ironía, permite además hacer un balance meditado y reflexivo, rechazando el desarme político-ideológico que presupone la historiografía de “tierra arrasada”, tan en boga durante los años '80 y '90, donde se culpaba a la izquierda revolucionaria por los golpes de estado, las desapariciones de personas, la inestabilidad política de la región, etc., etc.

Además de todos estos aportes, que no son pocos, el libro de Roque nos puede permitir ensayar un balance crítico de las experiencias fallidas o truncas de los reformismos capitalistas “con rostro humano”, luego de la denominada “transición a la democracia” de los '80, superado ya el neoliberalismo de los años '90 y después del gatopardismo “progresista” que se despliega a partir del año 2000.

Roque Dalton, Lenin y el socialismo del siglo XXI

Por todo esto creemos no equivocarnos al afirmar que el ensayo-collage-poema inconcluso *Un libro rojo para Lenin*, heredero de Mariátegui y del Che, dedicado a Fidel Castro y dirigido a las nuevas generaciones de militantes por el socialismo, constituye uno de los principales clásicos del marxismo latinoamericano. Debería estudiarse en todas nuestras escuelas de formación política.

Su lectura no puede ni debe ser pasiva. Sumergirse en sus poemas irónicos, en sus textos teóricos, en sus documentos políticos, implica hacer hablar a Roque y a los interlocutores que él eligió para, acompañando a Lenin, construir su obra abierta y polifónica.

Insertado en lo más rico y original del pensamiento rebelde latinoamericano, este texto constituye una invitación exquisita para dialogar en voz alta con Lenin y Roque Dalton, dos personalidades queridas y entrañables. Ese diálogo debe apuntar a aprender de los errores y aciertos del siglo XX y a pensar el significado del socialismo revolucionario del siglo XXI, nuestro próximo horizonte.

Con Marx y con Zapata, después del posmodernismo⁴³

El marxismo constituye una concepción del mundo, de la sociedad y de la historia de carácter universal. Por su escala de análisis, por el alcance de sus pretensiones políticas de cambios sociales radicales (que jamás se conforman con la tímida e inviable ilusión de construir “el socialismo en un solo país”) y, fundamentalmente, por su método dialéctico.

El corazón de este método reside en la categoría de “totalidad concreta”. Hoy, más que nunca antes en la historia, la totalidad social más concreta, la más múltiplemente determinada, es la sociedad capitalista mundial. El marxismo pretende ser una teoría que la explica críticamente mientras señala sus tendencias latentes y sus crisis potenciales, esforzándose por trazar un rumbo para su derrocamiento y su transformación radical.

Ahora bien, ese carácter universalizante no está reñido con la contextualización histórica de cada aproximación a Marx y *El Capital*. Toda lectura está moldeada por un ángulo de abordaje y condicionada por una perspectiva. No puede ser igual la lectura evolucionista de *El Capital* que canonizó la socialdemocracia alemana a fines del siglo XIX que la que impulsaron los bolcheviques, a instancias de Lenin, desde abril de 1917. (No casualmente Antonio Gramsci caracterizó a la revolución socialista rusa como una “revolución contra *El Capital*”... es decir, contra *El Capital* tal como lo entendía la ortodoxia kautskiana-plejanoviana). No hay equivalencia posible entre el desciframiento del marxismo que en forma abierta propiciara el peruano José Carlos Mariátegui en los '20 y la codificación cerrada que impuso burocráticamente el italo-argentino Victorio Codovilla a partir de los años '30. Del mismo modo que no pueden homologarse las recetas y manuales oficiales de las Academias de Ciencias de la URSS con los seminarios de lectura y grupos de discusión sobre *El Capital* en los que participaron Fidel Castro y principalmente el Che Guevara en la Cuba de inicios de los '60.

Cada generación construye —o debe construir, cuando el marxismo se resiste a convertirse en un calco y una copia— su propio acercamiento al pensamiento de Marx. Esa aproximación no puede hacerse en forma deshistorizada. Nuestras preguntas e interrogantes están impregnados por los problemas, las preocupaciones y los debates que han marcado nuestra experiencia política. Nadie puede eludir —consciente o inconscientemente— esos presupuestos básicos subyacentes. Nosotros tampoco.

Por eso, intentar leer, estudiar e interrogar *El Capital* desde el México contemporáneo (como nosotros intentamos hacerlo desde Argentina)

⁴³ Prefacio a la edición mexicana de «*Nuestro Marx*» de próxima aparición.

presupone dar cuenta y hacerse cargo de la propia historia del marxismo mexicano, de sus avatares, sus aportaciones y sus límites.

En nuestro aprendizaje intelectual y nuestra propia historia —de donde surge el presente intento de leer y comprender *El Capital*— el marxismo elaborado en México ha estado sumamente presente.

Por ejemplo, existe un pensador (de origen español pero que ha trabajado su original interpretación del marxismo en el contexto cultural mexicano) que ha dejado su huella indeleble en nuestros estudios. No ha sido el único, pero sí uno de los más importantes maestros y guías inspiradores (junto con Antonio Gramsci, el joven Lukács, Isaac Rubin, el Che Guevara, José Carlos Mariátegui, Michael Löwy, entre varios otros). Nos referimos, obviamente, a Adolfo Sánchez Vázquez —con quien nos une una entrañable amistad, además de nuestra sincera admiración político-intelectual por la coherencia ética de su trayectoria— y su filosofía de la praxis. Aunque el grueso de su producción marxista no gira específicamente sobre *El Capital*, su obra nos ha servido para terminar de saldar cuentas con las lecturas e interpretaciones predominantes en la vulgata stalinista.

La tarea pedagógica realizada en México por Sánchez Vázquez ha resultado para nosotros muy importante, no sólo por sus propios textos y clases sino también por la publicación de toda la literatura marxista heterodoxa que él impulsó como director de la colección Teoría y praxis de editorial Grijalbo (muchos de esos textos están presentes de una forma u otra en este libro). Esta colección imperdible formó parte de una constelación todavía mayor: el amplio abanico editorial mexicano —donde merecen destacarse, junto con Grijalbo, ediciones ERA y Siglo XXI, además de Juan Pablos editor, entre otras— que durante los '60 y '70 difundió en gran escala el pensamiento de Marx y su tradición. Aun hoy, quien recorra las librerías de textos viejos y usados en el distrito federal de México se chocará con una increíble biblioteca de clásicos marxistas. Para un lector argentino esa imponente acumulación de títulos —ya desgraciadamente ausente de las librerías mexicanas actuales— resulta sobrecogedora, fundamentalmente si la comparamos con lo editado de marxismo en Argentina, Chile o Uruguay durante los últimos cuarenta años. El contraste —notablemente favorable a México— es abrumador. Los recurrentes golpes de estado del cono sur de nuestra América, la quema de libros y de personas, el asesinato masivo de ideas y de compañeros de ideas, los exilios forzados y los recurrentes maccartismos, han dejado su sucia huella en nuestra cultura política y en la pobreza editorial de literatura marxista en cada uno de nuestros países. Algo no muy distinto podría decirse sobre la aridez en cuestiones de marxismo de nuestras bibliotecas públicas, incluyendo las universitarias.

Junto con la obra de Sánchez Vázquez y el inestimable papel de las editoriales mexicanas, en nuestra formación también ha sido muy importante poder contar con revistas teóricas editadas en México. Entre otras no podemos olvidarnos de *Dialéctica* (impulsada por Gabriel Vargas

Lozano); *Cuadernos Políticos* (orientada por Ruy Mauro Marini, Bolívar Echeverría y Carlos Pereyra, entre otros) y *Críticas de la economía política* (editada en su versión latinoamericana por Alejandro Gálvez Cansino).

A pesar de esta evidente asimetría entre la divulgación editorial marxista de México y la del cono sur latinoamericano, no todo ha sido un lecho de rosas para el marxismo mexicano. La cooptación estatal o la conversión planificadamente inducida del pensamiento marxista en objeto de consumo exclusivamente académico también se han hecho allí presentes. Los sutiles pero poderosos mecanismos de disciplinamiento intelectual, neutralización de toda disidencia radical y la cooptación política de la burguesía mexicana han constituido, lamentablemente, la otra cara de la moneda de aquella “tolerancia” y aquel “pluralismo” ideológico que llama la atención de los sudamericanos. Mientras que en Argentina el marxismo era perseguido a sangre, tortura, fuego, desaparición y muerte, en México era permitido y hasta subvencionado... a condición de que no se animara a cruzar el límite del perímetro universitario.

Allí están todavía los jóvenes impunemente masacrados en Tlatelolco en 1968 para corroborarlo. Siempre que se pongan en discusión los rígidos parámetros de la “tolerancia” represiva del capitalismo el poder feroz del capital —ese mismo que viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros— muestra su verdadero rostro. México —el de ayer, el de hoy— no es la excepción. La cultura crítica, especialmente en el caso de la herencia de Marx, tiene que vérselas tarde o temprano con el poder. No nos hagamos falsas ilusiones.

El poder, siempre el poder. La gran preocupación del marxismo. El ABC de toda revolución, según el Che Guevara.

Lejos de nosotros ese relato de ficción posmoderna y su doctrina del “poder difuso” que estaría supuestamente en todos lados y que todos lo tendríamos todo el tiempo. Sospechamos que esto no es cierto. En el mundo contemporáneo, el de la globalización de los mercados y la mundialización del capital, el poder está cada vez en manos más reducidas, crueles y agresivas. Los pueblos estamos progresivamente más explotados, sojuzgados, dominados y sometidos. No es eludiendo ni evadiéndose ilusoriamente de esta realidad aplastante y opresiva como vamos a emanciparnos en forma colectiva.

De allí que indagar e interrogar *El Capital* desde la crítica de la economía política pero también desde la teoría marxista del fetichismo, el poder y la dominación constituya una de las obsesiones del presente libro [se trata de *Nuestro Marx*].

Para nosotros el poder constituye una relación social de fuerza entre las clases, que atraviesa íntimamente tanto el plano de la economía, como la esfera de la política y el terreno de las subjetividades sociales y sus representaciones ideológicas en pugna.

Sin embargo, esa caracterización de alcance general se encuentra siempre históricamente situada. Tomamos distancia, descreemos y

cuestionamos toda metafísica... incluyendo las metafísicas del Poder (con mayúsculas) popularizadas por diversos pensadores postestructuralistas de La Sorbona. No es cierto que lo único que interese sea “cómo funciona el poder”, sin importar qué clases sociales lo ejercen. Ambas dimensiones son fundamentales. Sin atender a sus condicionamientos históricos y determinaciones clasistas, el poder se vuelve un demiurgo dotado de vida propia, un nuevo dios ante quien hay que arrodillarse. Se transforma en un nuevo fetiche (por más que se lo enmascare o maquille con la jerga “pluralista” y seudoliberal del postestructuralismo y el posmodernismo).

El poder está siempre atravesado por la lucha de clases que se desarrolla en la historia. Luego, no hay ni existe ningún poder omnímodo, transhistórico, por más absoluto que parezca. De allí que la historia constituya una dimensión imprescindible, tanto para analizar el entramado social que lo conforma en la sociedad capitalista como para comprender las diversas conceptualizaciones teóricas que las ciencias sociales han elaborado acerca suyo.

Sin historia, el poder se torna incomprensible. Gravísimo error metodológico el de aquellos compañeros y teóricos, con pretensiones libertarias u “horizontalistas” (apresurados impugnadores, dicho sea de paso, de la herencia de Lenin y el Che Guevara...) que pretenden teorizar sobre el poder, la revolución y el cambio de la sociedad en abstracto, en general, de forma radicalmente desterritorializada y completamente al margen de la historia. El imperialismo capitalista de nuestros días, de alcance y poder mundial, opera a partir de territorialidades bien concretas. Las resistencias antiimperialistas y anticapitalistas también.

Tenemos el máximo respeto por estos compañeros. No nos confundimos. Son compañeros. No son “el enemigo”. Sin embargo, sin perder nunca el respeto (que jamás debemos abandonar), discrepamos. Creemos ilegítimo apelar al atractivo iconoclasta de la militancia altermundista o incluso a la autoridad moral del zapatismo mexicano para contraponer en forma artificial las luchas libertarias contra las luchas de inspiración marxista, como si ambas fueran dicotómicas y mutuamente excluyentes.

Cualquiera que se imagine que la perspectiva política que nutre sus raíces en la tradición de Emiliano Zapata es opuesta o inclusive contradictoria con el pensamiento marxista de Lenin (y sus herederos), bien haría en recordar aquella hermosa carta que el líder de la revolución mexicana escribiera en Tlaltizapán, Morelos, el 14 de febrero de 1918 (publicada por primera vez en mayo de ese año en el diario *El Mundo* de La Habana). Trazando un paralelo directo entre la rebeldía de los campesinos insurrectos de México y la revolución bolchevique de obreros y campesinos encabezada por Lenin y Trotsky, entre muchas otras cosas Emiliano Zapata afirmaba: *“Mucho ganaríamos, mucho ganaría la humanidad y la justicia, si todos los pueblos de América y todas las naciones de la vieja Europa comprendiesen que la causa del México Revolucionario y la causa de Rusia son y representan la causa de la humanidad, el interés supremo de*

todos los pueblos oprimidos. [...] Aquí como allá, hay grandes señores, inhumanos, codiciosos y crueles que de padres a hijos han venido explotando hasta la tortura a grandes masas de campesinos. Y aquí como allá los hombres esclavizados, los hombres de conciencia dormida, empiezan a despertar, a sacudirse, a agitarse, a castigar. [...] No es de extrañar, por lo mismo, que el proletariado mundial aplauda y admire la Revolución Rusa, del mismo modo que otorgará toda su adhesión, su simpatía y su apoyo a esta Revolución Mexicana, al darse cabal cuenta de sus fines”.

Sólo a condición de menospreciar la historia o desconocerla olímpicamente se puede contraponer a Zapata con Lenin o Marx.

Apelando entonces a diversos prestigios prestados, el relato posmoderno pretende disolver el poder despótico del capital por arte de magia y con un simple decreto filosófico. La misma operación realiza cuando se trata de acabar de un plumazo con los sujetos sociales.

Esta corriente de pensamiento, de amplia difusión en los grandes monopolios de la comunicación, repentinamente labra el acta de defunción del sujeto revolucionario, reemplazándolo sin mayores trámites ni explicaciones por los “nuevos” movimientos sociales, concibiendo a cada uno de ellos como si estuviera encerrado en sus respectivos e intraducibles juegos de lenguaje. De este modo, no sólo se “evapora” misteriosamente el poder bestial y despiadado del capital sino que también se “disuelve” la posibilidad de resistir y enfrentar organizadamente al conjunto de dominaciones que el capital entreteje, subsume, reproduce y amplifica.

Esta operación discursiva, puramente especulativa, no captura ni aprehende lo que efectivamente sucede con la globalización del capital. Si bien es cierto que durante los últimos cuarenta años han florecido nuevos sujetos de lucha, eso no implica que ya no exista el sujeto de la revolución. ¡Por el contrario! Ese sujeto se amplía, se multiplica y puede llegar a crecer en radicalidad, a condición de que las diversas luchas y resistencias puntuales logren conformar un nuevo bloque histórico, articulando fuerzas sociales heterogéneas dentro de una estrategia política unificada que las potencie, centrada principalmente en el antiimperialismo y el anticapitalismo. ¡La diversidad y pluralidad de sujetos no es necesariamente sinónimo de fragmentación, dispersión, reformismo e impotencia política!

Al intentar profundizar en el método dialéctico y en *El Capital* entendido como texto central de la teoría crítica marxista —tanto de la explotación como de la dominación y el fetichismo— nos proponemos retomar una tradición injustamente “olvidada”. Ya es hora de dejar atrás ese lamento permanente, paralizante, desmoralizador y lacrimógeno, por “los buenos viejos tiempos que se han ido y no volverán”. Dejemos la añoranza y la nostalgia de los años ’60 a la moda retro. Las mejores luchas, las más radicales y audaces, todavía no han sucedido. El desafío que la nueva época nos pone por delante consiste en recuperar la iniciativa política y la ofensiva teórica.

Tomando en cuenta ese desafío este libro está dedicado principalmente a las nuevas generaciones. Al emprender esa tarea nos inspira la necesidad de difundir el pensamiento marxista, sin caer en las fórmulas trilladas de la manualística (que aplanaban el pensamiento complejo de Marx para que entre en un cómodo esquema de pizarrón) pero al mismo tiempo sin renunciar a la pedagogía militante. Por eso aquí se apela a un lenguaje comprensible que intenta eludir los tics del elitismo académico así como también las simplificaciones de la vulgata tradicional.

Este libro se esfuerza por navegar en ese difícil equilibrio, distante tanto del populismo (que subestima a las clases populares negándoles el derecho a la reflexión teórica y al estudio sistemático) como del aristocratismo intelectual (que confunde jerga esotérica y terminología hermética con profundidad de pensamiento).

Cuando en México, en América Latina y en todo el mundo ya se van desgastando y agotando los proyectos gatopardistas que pretenden aggiornar el capitalismo neoliberal reemplazándolo por... otra variante de capitalismo (“humano”, “racional”, “regulado”, “nacional”, “keynesiano”, de “tercera vía”, etc.), volver a leer y estudiar a Marx y *El Capital* se torna un reto político y teórico inaplazable. Ha llegado el momento de afrontarlo.

La Razón de Estado, un «pragmatismo» absolutamente equivocado⁴⁴

Los hechos

Ya se conocen. Lo extraditaron rápidamente. Sin mayores trámites y sin dudarle un segundo.

Toda nuestra solidaridad para el periodista y compañero Joaquín Pérez Becerra. Le esperan momentos muy duros. La burguesía colombiana, mafiosa y corrupta, y sus amigos del norte que dirigen esa mafia, no perdonan ni tienen clemencia. Interrogatorios, tortura, vejaciones, montajes, sentencias preanunciadas reñidas con la ley, cárcel, aislamiento.

Primera reacción

Sorpresa, indignación, asco, odio, tristeza. Muchas preguntas.

Segunda reacción

Analizar razones y objetivos.

¿Qué busca el gobierno de Colombia?

Con esta nueva operación, el gobierno de Santos se muestra tal cual es: la continuidad absoluta del gobierno de Uribe (mal que le pese a más de un ingenuo que cree que Santos es una inocente caperucita y no quien bombardeó Ecuador y, en tanto jefe del Ministerio de Defensa en tiempos de Uribe, el responsable de miles de cadáveres en fosas comunes).

¿Qué persigue? Un triple objetivo:

(a) **Generar miedo.** La pregunta obvia que todo el mundo comienza a hacerse (algunos ya lo han escrito, otros sólo lo han pensado en voz baja) es la siguiente: ¿Quién es el próximo? Si alguien que tiene pasaporte sueco y vive hace décadas en Suecia (“paraíso” imaginario de la socialdemocracia, país “civilizado” y pluralista bien alejado del Tercer Mundo) termina apresado como un animalito por estas bestias sedientas

⁴⁴ Texto escrito a propósito de la captura y proceso de extradición a Colombia del periodista y militante revolucionario colombiano Joaquín Pérez Becerra a inicios del año 2011. Luego de este primer proceso de encarcelamiento-extradición y de que fuera escrito y publicado el presente artículo, el gobierno de Venezuela captura a un segundo militante revolucionario colombiano, el cantautor y trovador Julián Conrado, también con intención de extraditarlo a Colombia y entregárselo al presidente Juan Manuel Santos. El final es incierto [nota aclaratoria de julio 2011].

de sangre... ¿qué queda para los que vivimos en América Latina donde la vigilancia, las amenazas, la represión y la muerte están a la vuelta de la esquina?

(b) **Golpear a toda la disidencia.** Ya no solo contra la insurgencia comunista en sus fuerzas directas —secretariado, bloques, frentes y combatientes de las FARC-EP o militantes del Partido Comunista Clandestino, fuerzas del ELN, etc.—, sino contra el abanico entero de la disidencia, incluyendo hasta al más alejado intelectual aunque viva al otro lado del planeta y que se haya animado a escribir dos líneas alertando sobre las violaciones a los derechos humanos, las fosas comunes con miles y miles de cadáveres tirados como animales, sin tumba, sin identificación, torturados con las manos atadas y vejados, o que haya denunciado los vínculos del gobierno de Colombia y de sus principales instituciones con el narcotráfico, los paramilitares, la economía sucia y la delincuencia.

Allí, en esa persecución global de la disidencia, se inscriben desde las ridículas causas judiciales contra la senadora Piedad Córdoba (que según tengo entendido no anda con un fusil al hombro sino predicando la paz y llamando al diálogo), hasta el juicio contra el periodista chileno Manuel Olate (cuyo pecado más atrevido fue... hacer un reportaje); desde las amenazas públicas de muerte contra los cineastas que se animan a oprimir PLAY en un proyector en festivales de cine para ver un documental hasta la persecución de unos jóvenes nórdicos, no recuerdo si daneses o noruegos, que se animaron a imprimir unas camisetas con el logo de la insurgencia colombiana (¿las camisetas con la imagen del Che y su boina o las del sub Marcos con su pipa son *cool*, pero las remeras con símbolos de las FARC-EP son «terroristas»?).

Los ejemplos son muchísimos. Imposible recordarlos todos. Pero siempre tienen el mismo tenor. Mirados en conjunto son ridículos, grotescos, bizarros, irracionales y profundamente reaccionarios. Así es el régimen colombiano, mal llamado “democrático”.

(c) **Impedir la solidaridad internacional.** Que la disidencia colombiana se sienta aislada y solita. Que nadie en el mundo —incluso viviendo en Europa— se anime a decir ni “mu” por miedo a ser vigilado, perseguido, demonizado y llegado el caso extremo extraditado. Que todo el mundo se calle. Que hasta el último curioso mire sumisamente para abajo y tenga las manos en la espalda. Que haya silencio, mucho silencio, para que continúen los negocios y los asesinatos. Y si alguien se anima a disentir, supongamos el Papa de la Iglesia Católica Apostólica Romana o el secretario general de la ONU, Riki Martin o Shakira, Calle 13 o Calamaro, puede llegar a aparecer en los computadores mágicos de Raúl Reyes...

Eso es Colombia hoy y eso ha sido durante las últimas décadas. No es novedad. Es indignante, genera ganas de vomitar, pero no es novedad.

¿Y el Gobierno de Venezuela?

¿Cuál es la novedad entonces de la extradición del periodista Joaquín Pérez Becerra? Lo que nos partió al medio es lo que ha hecho el gobierno de Venezuela.

Tampoco es una novedad absoluta, porque hubo antecedentes en los últimos tiempos.

Pero este caso ya es escandaloso. Un bochorno. Supera todos los límites. En estos dos días me han escrito muchísimos amigos venezolanos o que viven en Venezuela. Todas las cartas, los emails y las comunicaciones empiezan igual: “estoy tristísimo”, “no entiendo nada” y muchas otras frases similares.

¿Por qué pasó esto? Intentemos ir más allá de la anécdota puntual, que en pocos meses, cuando Estados Unidos invada un nuevo país y asesine a otras 100.000 personas, explote otra central nuclear o haya un terremoto, pocos recordarán.

¿Cómo explicar lo inexplicable, al menos para quienes defendemos el proceso bolivariano y consideramos al presidente Hugo Chávez un compañero bolivariano y uno de los principales líderes políticos de la revolución latinoamericana de nuestros días?

Lo que pasó tiene un nombre preciso: **“Razón de Estado”**. El predominio impiadoso de supuestos “intereses geoestratégicos” que el común de la gente, supuestamente, no comprende, pero que habría que privilegiar, aun violando los principios revolucionarios y solidarios más elementales.

¡La “Razón de Estado”! Monstruo canceroso que todo lo devora.

Siempre invocada a la hora de hacer concesiones a los enemigos históricos, pactos inmundos con los verdugos, renuncia a las banderas más queridas y entrañables de los pueblos, aquellas mismas que en Venezuela han permitido derrotar un golpe de estado, a la CIA y a toda la derecha escuálida durante más de una década.

Que la “Razón de Estado” huele a materia fecal, pocas narices lo pondrían en discusión. Sin embargo muchos la defienden porque piensan y creen, ingenuamente, que es realista, pragmática y —esto sería lo que el común de la gente no entendería por dejarse llevar por sus pasiones—, a la larga sirve a la causa revolucionaria.

¿Es así? Sospechamos que no. Cada vez que un proceso de transición hacia una sociedad diferente, no capitalista, que intenta realizar cambios sociales en profundidad, comenzó a privilegiar la “Razón de Estado”... las cosas salieron mal, muy mal, pésimas.

“*Si les das la mano, se toman el codo*”, dice un refrán popular. Si le concedes 10%, los enemigos van por el 50% y una vez que lo consiguen van por el 100%. Entregar al gobierno de Colombia a este periodista... no sólo va contra la ética revolucionaria, no sólo rompe las normas mínimas del ideal bolivariano y el internacionalismo socialista, además constituye un gravísimo error político y estratégico. El compañero Hugo Chávez y el proceso que él encabeza quedan enormemente debilitados. El enemigo

sabe que ahora puede ir por más. Si se dobló la mano, ahora pueden quebrar el codo.

Recuerdo en 1986 al comandante sandinista Tomás Borge —por entonces rebotante de prestigio entre muchos jóvenes— declarando ante una revista argentina “*Vamos a civilizar a la burguesía*”. ¿Sí? ¿En serio? Poquito tiempo después, en 1990, la burguesía nicaragüense terminó de “civilizar” a la revolución sandinista original.

El comandante Hugo Chávez no va a “civilizar” al paramilitarismo colombiano de esta manera o negociando con sus enemigos históricos (aunque se lo recomiende algún que otro amigo prestigioso que en otras décadas supo encabezar la revolución latinoamericana). De eso no cabe duda.

Ojalá se revise con urgencia esta política de “Razón de Estado” no sólo porque golpea profundamente la conciencia revolucionaria y bolivariana de nuestros pueblos, no sólo porque mancha la ética de la revolución, no sólo porque hace estragos en la credibilidad popular, no sólo porque transforma la bandera roja del socialismo y el comunismo en un trapo opaco y gris, sino porque además es ineficaz. No es realista. No es pragmática. No sirve más que para llevarnos al fracaso. Y eso no es lo que buscamos, ¿no es cierto?

Caliban y la cultura insurgente

(A propósito de «*Todo Calibán*» de Roberto Fernández Retamar)

Para Roberto, maestro, compañero y amigo

Un clásico latinoamericano

Descifrar el enigma y trazar el derrotero de la cultura insurgente de Nuestra América implica, entre otras tareas impostergables, recuperar la obra de sus pensadores revolucionarios y sus intelectuales críticos. Este continente sufrido, rebelde e insumiso, no sólo ha encendido la llama de innumerables levantamientos e insurrecciones populares. Al mismo tiempo ha creado teoría y generado reflexión. Diga lo que diga la Academia y su sesgado canon eurocéntrico, también aquí tenemos nuestros clásicos.

Como los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de Mariátegui, *El socialismo y el hombre en Cuba* del Che o *Dialéctica de la dependencia* de Ruy Mauro Marini —para mencionar tan sólo tres obras emblemáticas— el ensayo *Caliban* de Roberto Fernández Retamar constituye una cumbre del pensamiento latinoamericano, de cuya publicación se conmemoran cuarenta años⁴⁵.

Lo leímos tres veces, en distintas ediciones⁴⁶. En cada una de ellas el ensayo de Roberto nos sorprendió nuevamente. Sin ninguna duda, resiste varias lecturas, proporcionando cada vez nuevas aristas, ángulos no observados en las anteriores visitas, generando siempre renovadas preguntas.

En el fuego de los hornos

El *Caliban* de Fernández Retamar adquirió forma y contenido en el fuego de los hornos iluminado por esa luz insurgente que intentó convertir a la cordillera de los Andes en la Sierra Maestra de América Latina. Lejos de constituir un obstáculo, ese condicionamiento político que lo cinceló

⁴⁵ El trabajo fue publicado originariamente en el N°68 de la revista cubana *Casa de las Américas*, en septiembre-octubre de 1971, bajo el título colectivo: “Sobre cultura y revolución en la América latina”. Ese número de la revista era el tercero dedicado a las discusiones del caso Heberto Padilla y todo el debate que se generó a partir de una carta pública redactada por Vargas Llosa y suscripta por varios intelectuales en Europa que cuestionaban la encarcelación de ese escritor.

⁴⁶ La primera que utilizamos fue *Caliban*. Incorporado al libro *Para el perfil definitivo del hombre*. La Habana, Letras Cubanas, 1995. pp. 128-181. La segunda *Todo Caliban*. Chile, Cuadernos Atenea, 1998. La tercera *Todo Caliban* [Prefacio de Fredric Jameson]. Buenos Aires, CLACSO, 2004.

desde su mismo origen posibilitó una gran apertura para sus planteos radicales.

Tratando de legitimar la irreverencia de la revolución cubana, el ensayista y poeta lo escribe en medio de varios debates.

En primer lugar, discutiendo y polemizando con los promotores de la revista *Mundo Nuevo*, impulsada por la CIA a través de toda una serie de instituciones “pantalla” y anillos de protección cultural, como la Fundación Ford, destinados a ocultar los verdaderos objetivos de dicha publicación: el combate por la hegemonía (y el intento de neutralización) de la intelectualidad crítica latinoamericana. En el ojo de la tormenta, Fernández Retamar encabeza la indignada denuncia antiimperialista que impugna la presencia del dólar norteamericano y de los aparatos de inteligencia militar yanqui, escondidos detrás de la “inocente” crítica literaria de *Mundo Nuevo*⁴⁷.

En segundo lugar, abordando los desafíos y los tremendos sinsabores que le generó a la revolución cubana la prisión de Padilla y sus “autocríticas”, donde algunos segmentos de la intelectualidad europea creyeron ver un calco automático de los juicios de Moscú del año 1936, en los cuales el estalinismo liquidó a la vieja guardia bolchevique que había encabezado la revolución de octubre junto a Lenin (en el caso cubano, nadie murió y Padilla estuvo, seguramente sin necesidad, no más de 30 días en la cárcel, en la cual jamás recibió torturas ni apremios).

En tercer lugar, intentando sistematizar las grandes líneas estratégicas de la política cultural —tanto en la lectura del pasado como en la estrategia de futuro— que guiaron como mínimo los primeros doce años de la revolución cubana.

El ensayo de Roberto Fernández Retamar (del cual nunca renegó, por lo cual se siguió editando, con suplementos y nuevos textos complementarios hasta el día de hoy) seguramente corona la primera fase de la revolución cubana, la más radical y profunda, que no desapareció posteriormente pero que atravesó no pocos vaivenes y avatares que ahora no es posible indagar por razones de espacio⁴⁸.

⁴⁷ Hemos reconstruido las líneas centrales de esos debates en nuestro ensayo: “La pluma y el dólar. La guerra cultural y la fabricación industrial del consenso”. En *Casa de las Américas* N° 227. abril-junio 2002. Sobre esta misma problemática puede además consultarse con provecho María Eugenia Mudrovic: «*Mundo Nuevo*». *Cultura y Guerra fría en la década del '60*. Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 1997 (estudio focalizado en el caso latinoamericano) y el formidable volumen de Frances Stonor Saunders: *La CIA y la guerra fría cultural*. Madrid, Editorial Debate, 2001 (donde se privilegia el abordaje de Europa y los Estados Unidos).

⁴⁸ Hemos tratado de profundizar en esas diversas fases políticas y culturales en nuestro ensayo “«*Pensamiento Crítico*» y el debate por las ciencias sociales en el seno de la Revolución Cubana”. Recopilado en AAVV: *Crítica y teoría en el pensamiento social contemporáneo*. Buenos Aires, CLACSO, 2006. pp.389-437. También hemos intentado delimitar y recorrer esas épocas políticas y culturales en un libro pedagógico dedicado a

Un programa antiimperialista para la cultura

El ensayo *Caliban* condensa con gran maestría, lucidez y capacidad de síntesis todo un “programa” de investigación, reflexión y debate sobre nuestra cultura, nuestras raíces y nuestro horizonte político futuro, pergeñado desde un ángulo inocultablemente antiimperialista y anticapitalista. Un punto de partida que, a nuestro modo de ver y entender, sigue estando a la orden del día y de ninguna manera ha caducado, aunque se vayan desplazando los escenarios de disputa frente a distintas modalidades e intervenciones del imperialismo⁴⁹.

Una de las principales virtudes de ese ensayo reside en su cuestionamiento sin ninguna ambigüedad del eurocentrismo y la cultura especular que para poder sobresalir debe reflejar pasivamente los brillos, las luces, las normas y criterios de consagración, los tics y las categorías de la mirada europea. Si hay un tipo de intelectual que recibe un golpe fulminante en la escritura de *Caliban* es el intelectual ventrílocuo, que mueve los brazos, la boca y la pluma sin voz propia o al menos reproduciendo una voz inocultablemente ajena.

Esa figura que mezcla la mentalidad colonial, el cipayismo y la sumisión sin el más mínimo beneficio de inventario ante la cultura de las grandes metrópolis capitalistas, falsamente presentada como “universal”,

sistematizar la historia de la revolución cubana, desde José Martí a Fidel Castro [titulado *Fidel para principiantes*. Buenos Aires, Longseller, 2006. Traducido al inglés como *Fidel: A Graphic Novel Life of Fidel Castro*. New York, Seven Stories, 2009. (Edición cubana en preparación)].

⁴⁹ Aun manteniendo idéntico ángulo y perspectiva (antiimperialista y anticapitalista) para la cultura, no podemos desconocer ni soslayar algunos cambios notables en los escenarios e instituciones de confrontación. Si en tiempos de la redacción de *Caliban* la principal penetración de los aparatos de inteligencia estadounidense giraba en torno a los espacios de crítica literaria (donde se ubican las revistas, financiadas por la CIA y la Fundación Ford, *Cuadernos* y *Mundo Nuevo*) y alrededor de los programas de ciencias sociales (en cuyo seno aparecían los proyectos “Camelot” y “Marginalidad”, con los mismos mecenazgos norteamericanos encubiertos); durante los últimos años el interés político, la forma de intervención y el financiamiento de las agencias del imperialismo se desplazaron hacia ONGs y organizaciones supuestamente “humanitarias”, como la NED [National Endowment for Democracy] y USAID [U.S. Agency for International Development]. Para el caso de las ciencias sociales en los años '60 véase la revista cubana *Referencias* N°1 (volumen 2, mayo-junio de 1970), número temático íntegramente dedicado a la temática: “Imperialismo y ciencias sociales”. *Referencias* era una publicación editada formalmente por el Partido Comunista de Cuba de la Universidad de La Habana y salía en forma paralela a *Pensamiento Crítico*. Para identificar los desplazamientos actuales de la forma de operar del imperialismo, véase Eva Golinger y Jean Guy Allard: *USAID, NED, CIA, la agresión permanente*. En:

<http://www.rosa-blindada.info/b2-img/agresionpermanente.pdf>

puede rastrearse en la crítica de diversos exponentes de la intelectualidad domesticada. Desde los más brillantes, refinados y eruditos (por ejemplo nuestro compatriota Jorge Luis Borges, por quien Fernández Retamar no deja de reconocer, a pesar de su ácida crítica, su sincera admiración, al punto de reunir años más tarde escritos suyos en una antología⁵⁰), pasando por antiguos izquierdistas devenidos rápidamente en conversos (por ejemplo Carlos Fuentes) hasta segundones de tercera o cuarta línea (como es el caso del crítico literario Emir Rodríguez Monegal, quien se prestó mansamente a encabezar un emprendimiento cultural con dineros de la CIA). Todo ese abanico intelectual es impugnado en un mismo movimiento multicolor por el autor de *Caliban*.

¿Fue un error? Creemos que no.

Frente a esa mentalidad colonial, de quienes se sienten “el mejor alumno” por repetir mecánicamente lo que el *magister* europeo dictamina, Roberto defiende la necesidad de una intelectualidad crítica con mentalidad emancipada y fuertemente enraizada en el suelo popular. Pero no se queda en el cómodo y políticamente correcto “compromiso” (de todas formas, tan vilipendiado durante los años crueles del neoliberalismo y el posmodernismo). El programa político-cultural de *Caliban* va más allá. Comprometerse implica solidarizarse con alguien que sufre o padece, que lucha por una causa justa por la cual se experimenta cierta empatía y solidaridad pero... que en última instancia se sigue considerando ajena. El “compromiso” es con un “otro”. Fernández Retamar, en sus polémicas y en sus argumentos, realiza una entusiasta defensa del intelectual militante, no simplemente crítico ni meramente “comprometido”, sino orgánico del movimiento emancipador revolucionario. Eso fueron precisamente José Carlos Mariátegui y Ernesto Che Guevara; nada diferentes a Simón Bolívar y José Martí, o José de San Martín y Mariano Moreno.

Fernández Retamar no habla ni escribe desde el vacío de una supuesta “esfera pública” incontaminada, incolora e insípida (equidistante y neutralmente valorativa), como propondría, para mencionar tan sólo un nombre significativo y famoso en el campo del pensamiento, Jürgen Habermas.

Tanto la crítica y las impugnaciones como la propuesta político-cultural de *Caliban* se realizan desde la revolución cubana. La voz del autor no juega a ser portavoz “oficial” ni funcionario dócil. Fernández Retamar es sin duda alguna uno de los principales exponentes intelectuales de la revolución cubana.

Dejando a un costado cualquier simulación de neutralidad, su voz y su escritura interpelan al lector o la lectora desde una singular institución conocida como «Casa de las Américas» que en esos años se convirtió de hecho, bajo el liderazgo de Haydée Santamaría y del propio Fernández

⁵⁰ Pueden consultarse los diversos escritos y estudios de Roberto Fernández Retamar sobre Borges en su libro *Fervor de la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones del Sol, 1993. pp. 29-44.

Retamar, en el puente cultural contrahegemónico que permitió abrir un diálogo y tejer múltiples alianzas con toda la rebeldía y las insurgencias de América latina (vínculo que había sido roto por el bloqueo económico, diplomático, político y militar impulsado hasta el día de hoy [2011] por Estados Unidos).

Aunque en ediciones y agregados suplementarios posteriores al *Caliban* original Roberto Fernández Retamar se esfuerza por contextualizar o matizar algunos componentes denunciacionistas de su primera versión, nosotros consideramos que estas tres dimensiones (la crítica, la propuesta y el ángulo político insurgente asumido de manera explícita) continúan escandalosamente vigentes. Aquellos aspectos más disruptivos, iconoclastas e incluso chocantes que el recorrido atento de este ensayo permite entrever a un lector o lectora del siglo XXI, no fueron “errores”, “exabruptos” ni “exageraciones” personales de Roberto. Fue la revolución cubana en su conjunto —de manera abierta y radical en esos primeros doce años, luego con entonaciones diferentes que fueron variando en diversas coyunturas históricas— la que se animó a atropellar contra el canon de la cultura oficial, contra los estándares habitualmente tolerados por el arco de lo políticamente correcto, violentando en la teoría y en la práctica el horizonte de ese pseudo “pluralismo” pegajoso y del progresismo ilustrado y bienpensante con que, todavía hoy, se sigue asfixiando, neutralizando y aplastando toda disidencia radical. En el siglo XXI esa tarea, por más que suene “exagerada” o genere crispación, permanece pendiente.

La dialéctica, de Sarmiento a José Martí

El trabajo de Fernández Retamar, no desprovisto de erudición ni de filología hermenéutica, nunca se limita a una mera indagación en los personajes de *La tempestad* (1611, la última gran obra de William Shakespeare) ni a la descripción de su recepción latinoamericana. Junto a los “personajes conceptuales” del teatro isabelino, por *Caliban* desfilan José Martí, Domingo Faustino Sarmiento, Rubén Darío, José Enrique Rodó, Julio Antonio Mella, Aníbal Norberto Ponce, Oswald de Andrade⁵¹, Jorge Luis Borges, Carlos Fuentes, Fidel Castro y el Che Guevara, entre muchos otros y otras de una extensa secuencia histórica. Todos intelectuales.

Lo que sucede es que la estructura íntima de esta obra gira, aún sin citarlo de manera explícita ni redundante (como se pondría de moda años después en el mundillo académico), en torno a la gran pregunta gramsciana: ¿cómo generar una intelectualidad revolucionaria que pueda crear el tejido ideológico de la hegemonía socialista y antiimperialista de Nuestra América?

⁵¹ Sobre quien se exploya en un artículo posterior titulado “Caliban ante la atropofagia” (1999, incorporado como suplemento a la edición de 2004 ya citada).

Para responder esa pregunta, Fernández Retamar no apela a un esquema genérico ni a citas de los clásicos marxistas (modalidad muy común en la cultura de los manuales importados de la Unión Soviética, que comenzarían a predominar en Cuba a partir de 1972 hasta por lo menos 1986)⁵². Ensayando una especie de sociología de la intelectualidad latinoamericana, *Caliban* recorre una serie altamente significativa de intelectuales emancipados y coloniales, antimperialistas y cipayos, revolucionarios y defensores del status dependiente de la cultura latinoamericana.

La matriz dialéctica inicial que Fernández Retamar recorta y propone para comenzar a desplegar ese tipo de ejercicio permanente de comparación y analogía por contraposición (sin caer nunca en visiones dicotómicas esquemáticas ni en antinomias simples propias de un discurso estructurado a partir de la lógica formal) está centrada en dos arquetipos fundamentales: Martí y Sarmiento⁵³. De allí que *Caliban* proporcione una aproximación fundamental para los debates de Argentina, al animarse a discutir sin tapujos las contradicciones de una de sus principales figuras históricas, emblema de toda la cultura oficial, de raíz burguesa y liberal, pero también de importantes segmentos de la izquierda marxista en sus diferentes familias internas⁵⁴.

⁵² Véase nuestra entrevista a Fernando Martínez Heredia “Cuba y el Pensamiento Crítico”. La entrevista fue realizada en La Habana el 19 de enero de 1993, publicada en *Dialéctica* Nº 3-4, Buenos Aires, octubre de 1993 y reproducida en *América libre* Nº5, junio de 1994. Incorporada a nuestro libro *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires, Biblos, 2000. Prólogo de Michael Löwy. Reedición cubana con prólogo de Armando Hart Dávalos. La Habana, Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, 2008.

⁵³ Muchos años después, Roberto Fernández Retamar volverá sobre esa comparación, principalmente en su ensayo *Algunos usos de civilización y barbarie*. Buenos Aires, Contrapunto, 1989, reeditado, también en Buenos Aires, en 1993 por Letra Buena.

⁵⁴ Debemos recordar que en Argentina no sólo la tradición del viejo Partido Socialista (fundado por Juan Bautista Justo en 1896) fue sarmientina. También el Partido Comunista —escisión del socialismo nacida en 1918— bebió de las mismas fuentes. Su máximo pensador y teórico, Aníbal Norberto Ponce (de gran influencia en el joven Ernesto Guevara), le dedicó incluso varios de sus libros e hizo suyas muchas de las equivocaciones de Sarmiento (al final de su vida, en su exilio mexicano, Ponce comenzó a revisar su adhesión a las tesis racistas y coloniales de Sarmiento y publicó cinco artículos titulados “La cuestión indígena y la cuestión nacional”, México, 17 de noviembre de 1937 al 4 de febrero de 1938). Su temprana muerte le impidió continuar esa fértil reflexión que descolocaba totalmente el paradigma sarmientino de “civilización o barbarie”. Véase Aníbal Ponce *Obras completas*. Buenos Aires, Cartago, 1974. Tomo 4, pp. 657-667. Pero no sólo el socialismo y el comunismo argentinos fueron entusiastamente sarmientinos. Hasta un intelectual de inspiración trotskista dotado de gran erudición historiográfica —probablemente uno de los principales exponentes de esta constelación política, ubicada a la izquierda del PS y del PC—, terminó rindiendo homenaje y tributo a Sarmiento (aunque

Si el paradigma dialéctico inicial elegido por Fernández Retamar se estructura a partir de dos modelos intelectuales del siglo XIX, el resto de su ensayo gira en torno al siglo XX. Siempre sobreimprimiendo estos acuciantes debates políticos sobre el fondo de los personajes de Shakespeare (recuperados, interpelados, resignificados y en última instancia «comidos» como buen antropófago en clave latinoamericana).

Mediante un diálogo socrático con *Caliban* Roberto nos va llevando desde Shakespeare y la conquista de América a las aporías irresueltas del siglo XIX, y de allí a los problemas de la cultura antiimperialista y la hegemonía socialista en el siglo XX (y XXI, ya que las últimas ediciones prolongan aquellas discusiones de 1971 hasta nuestros días).

¿Cómo termina el ensayo? Con un programa político cultural explícitamente guevarista, dialogando en voz alta con las reflexiones del Che, ya no como póster comercial o inofensivo icono pop, sino como interlocutor, teórico y pensador marxista de la revolución latinoamericana de nuestro tiempo. El guevarismo como programa para la cultura insurgente de Nuestra América. ¿Se entiende entonces por qué consideramos que este ensayo continúa vigente hoy en día?

Shakespeare, desde Nuestra América

Si nos detenemos en el punto de partida de *Caliban*, la primera interrogación que surge es, desde luego: ¿por qué Shakespeare, un autor inglés y europeo, para pensar nuestra cultura? Lo que sucede es que el ensayo de Fernández Retamar se inicia respondiendo la provocadora pregunta de un periodista europeo: “¿acaso existe una cultura latinoamericana?”⁵⁵.

Más allá de la existencia de aquel periodista —real o imaginaria, verídica o provocadora, da exactamente lo mismo— la elección de Shakespeare no es exclusiva de Roberto. Proviene del siglo XIX y

leído en este caso como un intelectual moderno carente de una burguesía pujante que pudiera llevar a cabo su proyecto modernizador). Véase Milcíades Peña: *Alberdi, Sarmiento, el 90*. Buenos Aires, Editorial Fichas, 1973. Al menos en estas tres corrientes de izquierda Sarmiento fue hegemónico. Para una mirada mucho más atractiva y sugerente, realizada desde el marxismo, pero con un punto de vista crítico, creemos que la obra de David Viñas resulta fundamental. Véase David Viñas: *De Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires, editorial Siglo Veinte, 1971 y *De Sarmiento a Dios*. Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

⁵⁵ Véase Roberto Fernández Retamar: *Todo Caliban*. Obra citada. p. 19.

principalmente del pensador uruguayo José Enrique Rodó⁵⁶. El *Caliban* de Fernández Retamar puede ser leído desde muchas perspectivas y ángulos, pero principalmente como un dilatado y extenso diálogo con el *Ariel* de Rodó. Aquella obra, publicada en 1900 (su autor tenía entonces 29 años), justo en el cambio de siglo, apela al simbolismo de las imágenes y personajes contruidos por el dramaturgo isabelino en *La tempestad* para plantear una oposición irreductible entre América Latina y los Estados Unidos, potencia identificada como la encarnación mediocre y cuantitativa de un “mercantilismo corruptor” y de un despiadado despotismo imperial. No es casual que Rodó haya sido fuertemente conmocionado —como gran parte de los escritores vinculados al modernismo⁵⁷— por la intervención norteamericana en la guerra entre Cuba y España⁵⁸. Identificando a los Estados Unidos como el gran peligro para el porvenir y la independencia de América Latina, Rodó apela a los personajes simbólicos de Shakespeare, creyendo ver en Caliban la síntesis de todo lo detestable de la modernidad imperialista desplegada en forma expansiva desde los Estados Unidos —y su sociedad mediocre, cuantitativa, mercantil y vulgarmente materialista—; refugiándose al mismo tiempo en “la parte noble y alada del espíritu”, es decir, en la espiritualidad cualitativa de la cultura y el arte, condensados metafóricamente en el personaje Ariel⁵⁹.

“Quizás Rodó —apunta Benedetti— se haya equivocado cuando tuvo que decir el nombre del peligro, pero no se equivocó en su reconocimiento

⁵⁶ Antes que Rodó, Ernest Renan (1878) y Paul Groussac (1898), entre otros, habían apelado a *La tempestad* para pensar los problemas políticos y culturales contemporáneos pero en Rodó el planteo analógico alcanza realmente otra dimensión.

⁵⁷ Véase Roberto Fernández Retamar: “Modernismo, 98, subdesarrollo”. En *Para el perfil definitivo del hombre*. Obra citada. pp.120-127. En ese movimiento (nacido antes en Nuestra América que en España), además de Rodó, obviamente se encuentran Rubén Darío y uno de sus principales iniciadores, José Martí. Véase nuestra introducción al libro de Armando Hart Dávalos: *Marx, Engels y la condición humana. Una visión desde Latinoamérica*. Melbourne, Ocean Press, 2005. “La vitalidad del pensamiento radical latinoamericano”. pp. 3-17. A través de los manifiestos de la Reforma Universitaria de 1918 nacida en Córdoba, esa prédica modernista prolonga sus ecos y entonaciones antimperialistas en todo el continente y a lo largo de varias décadas del siglo XX. Hemos tratado de mostrar el modo en que la Reforma Universitaria jugó el papel de mediación entre el modernismo de fines del siglo XIX y la cultura antiimperialista del siglo XX en un caso emblemático: el del redactor del *Manifiesto* fundacional de todo el movimiento en 1918. Véase nuestro libro *Deodoro Roca, el hereje. (El máximo ideólogo de la Reforma Universitaria de 1918 hoy olvidado por la cultura oficial)*. Buenos Aires, Biblos, 1999. pp.17 y sig.

⁵⁸ Véase Mario Benedetti: *Genio y figura de José Enrique Rodó*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), 1966. p. 39.

⁵⁹ Véase José Enrique Rodó: *Ariel*. Buenos Aires, Losada, 1996. pp. 49-50. También Rubén Darío homologó a Caliban con Estados Unidos.

de donde estaba el mismo”⁶⁰. Sólo por eso, aquel ensayo de Rodó merece pasar a la historia, aun cuando su prosa permanezca más vinculada al siglo XIX que al XX y pueda cuestionarse su interpretación de los personajes shakesperianos y su homologación errónea del imperialismo norteamericano con Caliban.

Fernández Retamar realiza una minuciosa historia de las diversas lecturas y hermenéuticas que fueron reconfigurando la significación política y cultural otorgada a cada personaje de la obra de Shakespeare. Lejos de la primera asimilación modernista (de Rubén Darío y Rodó) entre Caliban y Estados Unidos, la conclusión de su ensayo apunta a señalar que Caliban sintetiza y condensa como “personaje conceptual” el conjunto de problemáticas de los pueblos de América latina y el Tercer Mundo sometidos, explotados y sojuzgados por el imperialismo. “Nuestro símbolo no es pues Ariel, como pensó Rodó, sino Caliban”⁶¹.

A diferencia de lo que sucede con Caliban, en el caso del personaje Ariel, Fernández Retamar no cuestiona la interpretación habitual que lo identifica —desde el uruguayo Rodó y el cubano Julio Antonio Mella hasta el martiniqueño Aimé Césaire, pasando por los argentinos Aníbal Ponce y Deodoro Roca, entre otros— con la figura del intelectual⁶².

Si la discusión tradicional sobre *La tempestad* —que Fernández Retamar recupera tomando partido y haciéndose eco de polémicas anteriores— ha girado en torno a la disyuntiva sobre qué representan Caliban y Ariel, en los últimos años un nuevo personaje de la obra, hasta ayer en segundo plano, ha ganado la atención y entrado en la palestra del debate. Se trata de la bruja Sycorax, madre de Caliban, que según Shakespeare “opera con hechizos, sapos, escarabajos y murciélagos”⁶³. Ese personaje endemoniado y aparentemente difuso, siempre opacado y en un segundo plano, es recuperado con gran acierto y lucidez por el pensamiento feminista marxista de nuestros días⁶⁴.

Los conversos y su obsesión contra la historia

⁶⁰ Véase Mario Benedetti: *Genio y figura de José Enrique Rodó*. Obra citada. p. 95.

⁶¹ Véase Roberto Fernández Retamar: *Todo Caliban*. Obra citada. p.33

⁶² Véase Roberto Fernández Retamar: *Todo Caliban*. Obra citada. p.34 y sig.

⁶³ Véase William Shakespeare: *La tempestad*. En *Obras completas* [traducción y estudio preliminar de Luis Astrana Marín]. Madrid, Aguilar, 1951. p. 2034.

⁶⁴ Para una discusión de los personajes, leídos al mismo tiempo en clave feminista y marxista (desde un ángulo crítico con el feminismo liberal y posmoderno), véase el excelente libro de Silvia Federici: *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid, Traficantes de sueños, 2010. Principalmente p.288 y sig. Una obra contundente, demoledora y de largo aliento que permite repensar no sólo los personajes de Shakespeare analizados por Fernández Retamar en *Caliban* sino incluso *El Capital* y la concepción materialista de la historia de Marx y todo el sojuzgamiento de América Latina y el Tercer Mundo.

Uno de los tantos pasajes altamente sugerente (aunque escasamente transitado) del libro de Fernández Retamar es su intervención crítica y polémica hacia el escritor mexicano Carlos Fuentes⁶⁵.

Se conoce que este famoso intelectual y novelista mexicano, ideólogo de la revista *Mundo Nuevo* financiada por la CIA y la Fundación Ford, ha sido un converso, como tantos otros. También se sabe que ha formado parte de todo un elenco que alquiló su pluma al servicio de causas poco nobles (staff en el que Retamar incluye a Guillermo Cabrera Infante, Emir Rodríguez Monegal, Severo Sarduy, entre otros). Pero a lo que se le ha otorgado inexplicablemente poca atención es a la especificidad de su intento de elaboración de argumentos para legitimar sin culpas su conversión hacia la derecha y su abandono de antiguas simpatías izquierdistas.

Fuentes se esfuerza por ridiculizar lo que denomina, peyorativamente, “la vieja obligación de la denuncia” (un eufemismo para rechazar el ejercicio del pensamiento crítico de escritores en particular e intelectuales en general). Lo hace a partir de ciertos ademanes estructuralistas, por entonces a la moda. “Sólo a partir de la universalidad de las estructuras lingüísticas pueden admitirse, a posteriori, los datos excéntricos de nacionalidad y clase”, afirmaba el mexicano hacia fines de los ‘60.

No es este el lugar para profundizar en la epistemología implícita en ese tipo de aseveraciones teóricas. Pero sí resulta útil identificar y destacar el estilo de pensamiento y de método común a varias generaciones de intelectuales conversos, que habitualmente comienzan en la rebeldía de izquierda y terminan en la derecha, la institucionalidad y la comodidad mediocre del orden establecido.

Al leer la argumentación de Fuentes (y la crítica de Fernández Retamar) nos sorprendimos. Porque un par de décadas más tarde, nos volvemos a chocar prácticamente con los mismos lugares comunes de Fuentes en las justificaciones de otra camada intelectual, en este caso argentina, también proveniente del marxismo y convertida con entusiasmo a la socialdemocracia⁶⁶. Si en Fuentes el señuelo teórico de la conversión política residía en el estructuralismo lingüístico; en este último caso, la apelación al abandono de los criterios metodológicos marxistas, del análisis de clase, por un lado, y de toda perspectiva antimperialista, por el otro, se fundamentaba en una lectura sesgada de Michel Foucault.

Desde ese ángulo, una parte significativa de este elenco argentino postulaba una visión posestructuralista de la historia como si ésta consistiera en el suceder azaroso y caprichoso de “capas geológicas” sin

⁶⁵ Véase Roberto Fernández Retamar: *Todo Caliban*. Obra citada. pp.56-60.

⁶⁶ Se trata de todo un conglomerado intelectual —de orígenes diversos, pero unificado en su variedad por el común rechazo de sus antiguas militancias marxistas—, agrupado en torno al Club de Cultura Socialista, de inspiración socialdemócrata y de llegada directa a varios gobiernos, universidades y editoriales en Argentina.

ninguna conexión ni continuidad entre sí. En nombre de la crítica de una concepción hegeliana (basada, supuestamente, en el “mito del origen” y en la teleología), se terminaba prescribiendo el abandono de cualquier aproximación unitaria a la historia de Nuestra América, a la continuidad de sus luchas y resistencias a lo largo de períodos extensos, incluso de siglos; en consecuencia se terminaba negando la supervivencia de cualquier tradición (que no sea la del mercado y la “democracia” tal como ellos la entienden...).

De ese modo la historia termina académicamente descuartizada década por década (muy al estilo de los proyectos de investigación universitarios, donde jamás hay continuidad entre una época y otra; cuanto más detallista, descontextualizada y despolitizada la investigación, mejor, más posibilidades de obtener dinero y financiación tiene).

En nombre del “paradigma” (Thomas Kuhn), la “formación discursiva” (Michel Foucault) y la “problemática” (Louis Althusser), esa metodología de estudios de historia intelectual destaca y pone en relieve únicamente los cortes y la discontinuidad... obturando y cancelando de antemano —sin investigación previa, por puro prejuicio universitario— cualquier posibilidad de articular vasos comunicantes entre luchas y resistencias populares de diversas épocas. Sin ninguna posibilidad de encontrar una mínima continuidad y racionalidad en la historia, se esfuma cualquier construcción de una identidad política colectiva en la lucha de nuestros pueblos e incluso hasta la existencia misma de nuestra cultura. De allí que todo el ensayo *Caliban* comience intentando responder la pregunta: “¿acaso existe una cultura latinoamericana?”.

Si no hay identidad política y cultural, tampoco hay sujetos y sin sujetos no hay resistencia ni revolución. Eso es en definitiva lo que esta gente pretende cuestionar e impugnar⁶⁷.

⁶⁷ No es casual que uno de los principales exponentes teóricos de toda esta constelación ideológica, el profesor Oscar Terán (autor de una obra muy prolífica e impulsor de varios proyectos institucionales de historia intelectual, principalmente en las universidades de Argentina y México, donde ha hegemonizado a varias camadas de investigadores académicos) comience uno de sus libros de esta manera: “Precisamente si alguna vez reconsiderara algunos de los contenidos de la interpretación sobre Mariátegui aquí sustentados, la noción de «revolución» debería ser uno de los objetos teóricos sujetos a revisión”. Véase Oscar Terán: *Discutir Mariátegui*. México, Universidad Autónoma de Puebla, 1985. pp. 9-10. El mismo criterio lo condujo a revisar e impugnar el conjunto de la cultura de izquierda revolucionaria en Argentina (donde él comenzó militando de joven, cuando integraba una organización guerrillera marxista) en su libro *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires, Puntosur, 1991. La metodología —obviamente crítica del marxismo y la dialéctica y deudora del “giro lingüístico” que convierte a todas las luchas en inofensivos “objetos de discurso”—, que se encuentra presupuesta en este singular “Programa de historia intelectual”, puede encontrarse explicitada en la selección y presentación de Oscar Terán a Michel Foucault: *El discurso del poder*. México, Folios Ediciones, 1983.

¿El gran presupuesto de toda esta operación ideológica contra el marxismo, convertida institucionalmente en “programa de historia intelectual”? La apología acrítica del “especialista profesional” y el rechazo explícito de toda politización y militancia revolucionaria de la intelectualidad universitaria⁶⁸. De un lado el “campo intelectual” y del otro el “campo político” (Pierre Bourdieu, leído en clave sesgadamente profesionalista). De un lado la Academia, del otro lado y bien lejos, la revolución. Divorcio aplaudido como el mejor de los mundos posibles.

Con ese tipo de argumentos, tan similares a los defendidos por Carlos Fuentes y criticados en *Caliban* por Roberto Fernández Retamar, toda una franja de antiguos militantes izquierdistas, marxistas y revolucionarios, se pasaron a las filas de la socialdemocracia tras las dictaduras militares del cono sur y se replegaron en la universidad.

Por eso, para quien escribe estas líneas desde el sur de Nuestra América, resulta tan sugestivo releer una vez más *Caliban*. En su inteligente rechazo de las argumentaciones “puramente literarias” de Carlos Fuentes, Fernández Retamar adelanta en 1971 el núcleo central de las críticas a muchos conversos y ex izquierdistas de décadas posteriores...

¿Tienen derecho los conversos a cambiar de bando en las luchas sociales para vivir más cómodos? ¡Por supuesto que sí! ¿Tenemos derecho a no acompañarlos en su deserción y a sospechar de sus relatos apologéticos y autojustificatorios, disfrazados de “cientificidad académica profesional”? Si se deja de lado la mala fe, creemos que se nos debe conceder una respuesta igualmente positiva.

A contramano de esa metodología anti-dialéctica (utilizamos la expresión “anti” porque explícitamente se conforma como una arremetida en toda la línea contra el pensamiento dialéctico), para nosotros la historia no consiste en un caprichoso suceder de capas geológicas sin ninguna conexión entre sí (recordemos las aseveraciones en este sentido que hizo Michel Foucault en su *Microfísica del poder*). La historia tampoco constituye “un proceso sin sujeto” (como plantea Louis Althusser en su libro *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*).

Según nuestro modo de comprender, la historia constituye el resultado contingente de la praxis colectiva en la lucha de clases. Por sí misma, según nos enseñaron Marx y Engels en *La ideología alemana*, ella no hace nada. La historia es el ámbito donde actúan los sujetos. En ese accionar, se producen derrotas y victorias, hay cortes pero también continuidades. Luego de feroces represiones, matanzas y genocidios, los vencedores pretenden decretar “el fin de la historia” (Hitler, Francis Fukuyama, el Pentágono). Contra esa visión oficial, es tarea de los vencidos “pasarle el cepillo a contrapelo a la historia”, recuperar las luchas

⁶⁸ Sobre este fenómeno, que evidentemente no es exclusivo de América Latina, resulta aleccionadora la reflexión de Fredric Jameson en su “Prefacio a la edición estadounidense” de *Caliban* [Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989]. Véase *Todo Caliban*. Obra citada. Particularmente p. 13.

del pasado, la memoria de quienes nos antecedieron (Walter Benjamin) y así poder construir una identidad cultural y política colectiva como pueblos en lucha y resistencia⁶⁹.

Esta concepción de la historia nos permite abordar nuestra cultura a partir de las luchas históricas, sin fetichismo de los particularismos ni metafísicas deterministas al margen de los sujetos. Las figuras conceptuales que Roberto Fernández Retamar modela en su *Caliban* se vuelven inteligibles y dan cuenta, precisamente, de la historia de la colonización y la resistencia de nuestro continente en función de un proyecto colectivo futuro.

Caliban y las insurgencias del siglo XXI

El ensayo de Fernández Retamar concluye proponiendo un programa para la cultura insurgente de Nuestra América, basado en las reflexiones de Fidel sobre la cultura —en los cuales el líder histórico de la revolución cubana se opone a asimilar la noción de “intelectual” con la de un grupo restringido de “hechiceros”, con un ademán desacralizador que mucho hace recordar los *Cuadernos de la cárcel*— y fundamentalmente en los escritos y discursos del Che Guevara. Desde “El socialismo y el hombre en Cuba” (donde Guevara reflexiona —cuestionando el realismo socialista y discutiendo sobre las vanguardias— acerca de los artistas, los becarios y otros intelectuales) hasta su célebre reclamo de que todo el mundo cultural y universitario de Nuestra América “se pinte de negro, de mulato, de obrero y de campesino”, es decir, de pueblo. En palabras de Roberto, el Che “le propuso a Ariel, con su propio ejemplo luminoso y aéreo si los ha habido, que pidiera a Caliban el privilegio de un puesto en sus filas revueltas y gloriosas”⁷⁰.

Cuatro décadas más tarde de aquellas últimas palabras proféticas con las cuales Fernández Retamar da la última pincelada a su ensayo, el programa político-cultural que estructura el discurso anticapitalista y antiimperialista de *Caliban* sigue quemando. La revolución no pasa de moda. Sus impugnaciones radicales, no fueron “crispaciones” propias de una época ya fenecida en tiempo y espacio, ni tampoco pecadillos infantiles, que habría que *aggiornar* o directamente abandonar en aras de una amplitud —«sin fronteras», según aquella vieja y triste expresión de Roger Garaudy— subordinada a la razón de Estado y a las conveniencias diplomáticas del momento actual. No. La perspectiva radical, tercermundista, crítica del capitalismo y el imperialismo, continúan siendo nuestro faro y nuestra brújula en las aguas turbulentas del siglo XXI. Seguimos marchando colectivamente en búsqueda de la tierra prometida y combatiendo contra los molinos de viento del capital. A veces cometemos

⁶⁹ Hemos tratado de desarrollar este argumento en *Nuestro Marx*. Caracas, Misión Conciencia, 2011. pp. 68, 472-474 y sig.

⁷⁰ Véase Roberto Fernández Retamar: *Todo Caliban*. Obra citada. p. 71.

errores o nos convertimos, involuntariamente, por nuestras propias limitaciones, en la armada Brancaloneo. Otras, en cambio, logramos construir fuerzas sociales insurgentes con proyectos serios y a largo plazo. Pero siempre vamos, porfiados, en la misma dirección. No nos detendrán.

En estos tiempos Próspero (sojuzgador de Caliban en *La tempestad*) es más lúcido, cínico y astuto que en los años '60 y '70. Se disfraza de “progresista” para mantener a raya al pueblo e institucionalizar sus demandas radicales. Si en la obra de Shakespeare Caliban adoptó el lenguaje de Próspero, en nuestra época este último incorpora símbolos de rebeldía calibanesca para *aggiornarse*, mediante una revolución pasiva, manteniendo intactas las estructuras de la dominación, explotación, marginalidad y dependencia.

Hoy más que nunca Caliban necesita estrechar lazos con Ariel (el amaúta de la isla) para emprender la batalla cultural contrahegemónica. Mariátegui propuso superar a Rodó⁷¹, pero su reelaboración del marxismo en clave cultural (no economicista), permitiría tranquilamente identificar en la figura del amaúta —el saber colectivo de la comunidad— a un Ariel resignificado desde los pueblos originarios y desde la tradición de Nuestra América. El programa de *Amauta* (la revista de Mariátegui) recupera y supera el *Ariel* dejando caer todo lastre de tentación aristocratizante o marca eurocéntrica (como cierto culto a Grecia que aun sobrevive en Rodó⁷²). No es Grecia el subsuelo presupuesto en las insurgencias y los combates emancipadores de Caliban sino los pueblos originarios insumisos y la clase trabajadora en lucha.

A despecho de lo que decretaron los relatos posmodernos, multiculturales y posestructuralistas (que no nacieron, dicho sea de paso, ni en la selva Lacandona ni en las favelas, villas miserias o cantegriles de Nuestra América, sino en lo más elitista y snob de la Academia parisina y neoyorkina), Caliban no ha desaparecido. El sujeto no se ha esfumado en un abanico indefinido y polvoriento de inofensivos juegos de lenguaje. Por el contrario, hoy Caliban tiene muchos hijos e hijas, cada vez más rebeldes. La revolución cubana ya no está sola como cuando Roberto Fernández Retamar escribió su *Caliban*. La isla, perdón, quise decir, Nuestra América, está poblada por indomesticables calibanes. Próspero, a pesar de su keynesianismo armamentístico de “guerra infinita”, su gigantesco complejo industrial-militar y sus marines con mal aliento, tiene miedo. Por eso cada vez se pone más agresivo y guerrero, instalando siete nuevas bases militares en Colombia tratando de frenar

⁷¹ Véase José Carlos Mariátegui: “Aniversario y balance”, Editorial de *Amauta*, 1928. En José Carlos Mariátegui: *Obras*. La Habana, Casa de las Américas, 1982.

⁷² Véase José Enrique Rodó: *Ariel*. Obra citada. Las referencias a Grecia, entendida como modelo arquetípico de “la cultura” opuesto a “la civilización” de los Estados Unidos (un motivo común a gran parte de los exponentes del modernismo latinoamericano), pueden encontrarse en pp. 54, 67, 80, 111 y 130.

infructuosamente a la insurgencia comunista y bolivariana de las FARC-EP (y al ELN).

Mientras tanto lanza su IV flota imperial a recorrer y vigilar los mares, preparándose para futuras invasiones y bombardeos que van dejando tras de sí una estela tenebrosa de miles y miles de cadáveres (Afganistán, Irak, Libia, etc, etc). En nombre de la libertad, generaliza la vigilancia cibernética de todos los ciudadanos y a escala mundial, metiéndose en la vida privada de todas las personas, instalando cámaras de control cada medio metro, en cada cuadra, cada manzana y cada esquina, inspeccionando quien retira qué libro en cada biblioteca del planeta con una obsesión que haría sonrojar de vergüenza por su timidez al senador McCarthy. Su lupa gigantesca —repleta de satélites espías e infinitos programas de control— tiene bajo la mira la totalidad de la vida humana en el globo terráqueo. Ya no hay conversación que no sea escuchada ni persona que no sea fotografiada y clasificada.

En ese ambiente represivo y macartista que mucho se parece a 1984 y otras novelas de futurología antiutópicas, si hay una nueva tempestad será mucho peor que la que describió Shakespeare en su obra de teatro. Este sistema capitalista, sanguinario, totalitario y mugriento con su civilización depredadora, no sólo superexplota a la clase trabajadora, degrada a las mujeres, somete y humilla a infinitos pueblos del mundo. Por si acaso todo eso no alcanzara, además ha destruido el ecosistema y el clima, ya no sólo en la isla de *La tempestad* sino en todo el planeta.

Sí, en lo oscuro de la noche Próspero se pone nervioso, tiembla y teme. Los calibanes se multiplican bajo su bota prepotente y comienzan a moverse, con paciencia de hormiga y persistentemente a lo largo del tiempo. Las demandas de cambio se manifiestan a través de diversas formas de lucha, desde experiencias institucionales como el proceso bolivariano en Venezuela (con todas sus contradicciones internas), pasando por movimientos sociales de masas (como el Movimiento Sin Tierra de Brasil, entre otros) hasta el accionar de la insurgencia político militar (que no ha desaparecido ni es un “recuerdo nostálgico” de los años ’60). Permanece aún pendiente la construcción de una coordinación continental que reagrupe y aglutine esas variadas formas de lucha como proponía un muchacho de mi barrio llamado Lenin. Para ello habrá que superar sectarismos, pero también oportunistas reciclados en nombre de la “conveniencia diplomática”.

Esa lucha no queda reducida a Nuestra América. Allá, apenas un par de pasitos más lejos y al otro lado del agua, sigue resistiendo de pie y gran dignidad la justa lucha de nuestros hermanos palestinos y el pueblo vasco que reclama, con terquedad, independencia y socialismo, mientras en Europa, en el norte de África e incluso al interior de los mismos Estados Unidos se generalizan la indisciplina social, las protestas radicales y la desobediencia civil.

Tanto Caliban como sus hijos y sus hijas, en Nuestra América y en todo el mundo, deberán rechazar los cantos de sirena que hoy los invitan

—en nombre de la razón de estado, del pragmatismo geopolítico e incluso del mercado convertido en nueva panacea— a volver con la cabeza gacha al regazo de Próspero.

Una de las grandes tareas del Ariel amautense o del amauta arielizado consiste en crear los instrumentos culturales y teóricos contrahegemónicos que permitan, con eficacia y suficiente atractivo para la juventud, contrarrestar esos envenenados cantos de sirenas. Nada mejor que los saberes rebeldes de las brujas insumisas de Nuestra América para combatir el encantamiento fetichista de las sirenas mercantiles. Caliban contra Próspero. Las brujas desobedientes contra las sirenas del marketing. Ariel, transformado en amauta insurgente, contra la mediocridad de los tartufos mediáticos promovidos por el imperio del dólar y el euro.

Gran razón tenía el *Manifiesto Comunista* de Marx y su amigo, Federico Engels. La historia latinoamericana (y mundial) no es más que la historia de la lucha de las clases y pueblos sometidos contra el poder. De eso se trata.

En pleno siglo XXI, Caliban salió de la isla y comenzó a luchar contra Próspero en todo el continente. Pero ya no pelea aislado sino en compañía y estrecha unidad con la bruja y con Ariel. Sólo la convergencia estratégica de los tres en un nuevo bloque histórico —como enseña Antonio Gramsci— podrá derrocar el poder económico, político y militar de Próspero.

Es esa alianza estratégica entre Caliban y el amauta (Ariel resignificado), articulada con los saberes sometidos y el cuerpo explotado de la bruja, la única que podrá enfrentar al feroz imperialismo de Próspero. La rosa blindada, símbolo de la cultura insurgente que los une, servirá para enfrentar con valor y decisión la violencia sistemática del capital.

Hoy el capitalismo, en medio de su crisis civilizatoria, asume con cinismo la pose de “tolerante”, “humanitario”, “pluralista” y “multicultural”. Si logramos mirar más allá de la punta del zapato, de poco le servirá ese disfraz.

La insurgencia popular y la revolución que pronto hará justicia continúan su marcha. Al lado nuestro vienen todos nuestros muertos y desaparecidos. Siguen sonando los tambores de la rebelión. Cada vez se escuchan más fuerte y más cerca. Los poderosos están nerviosos y tienen miedo, por eso aumenta su agresividad. Próspero sabe que a largo plazo perderá ya no sólo la isla sino todo el continente y el mundo.

La «manzana prohibida» del comunismo (Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento hoy)

Las alternativas en el centro de la escena

Luego de 30 años de reinado económico neoliberal y hegemonía cultural del posmodernismo, en medio de una nueva crisis del capitalismo mundial (estructural y sistémica, en la cual confluyen múltiples crisis al mismo tiempo), retorna la discusión sobre las alternativas.

¿Cómo salir de la crisis y comenzar a transitar hacia otro tipo de sociedad radicalmente distinta? ¿Será con la bandera roja pero sumisamente guiados de la mano por John Maynard Keynes? ¿Quizás intentando volver, con no poca nostalgia y *revival*, hacia los capitalismos periféricos, “nacionales y populares”, de la posguerra? ¿Tal vez con la ilusión siempre incumplida de un capitalismo “con rostro humano” adornado con una imposible “tercera vía”? ¿O deberemos resignarnos a un “socialismo mercantil”, con gigantescos pulpos internacionales que explotan mano de obra barata y disciplinada, empresas completamente autárquicas y cooperativas autogestionadas compitiendo entre sí por la distribución de la renta?

Sea cual fuera la salida, posible y deseable, lo que está claro es que actualmente esa búsqueda se encuentra a la orden del día. Encontrar en forma imperiosa una alternativa ha dejado de ser un sueño “utópico” (simpático y encomiable, quejoso del neoliberalismo, pero políticamente inviable) para convertirse en una urgencia de supervivencia planetaria en el caso de que no nos abandonemos al reino de la barbarie ni a un futuro sombrío que se parece mucho más a las novelas antiutópicas más pesimistas que a los finales felices y edulcorados de las películas románticas de Hollywood.

Si los Foros Sociales Mundiales abrieron este milenio con la consigna “*otro mundo es posible*”, quedó irresuelta la interrogación: ¿cuál es o debería ser ese otro mundo posible? En medio del desconcierto y la confusión generalizada el presidente bolivariano Hugo Chávez intentó resolver el enigma de la esfinge: la salida es “el socialismo del siglo XXI”. Ahí nomás proliferaron nuevas polémicas. ¿Qué entendemos o deberíamos entender por ese enigmático “socialismo del siglo XXI”? Nadie lo sabe todavía. Está en discusión. Lo cierto es que el proyecto del socialismo, durante décadas insultado, caricaturizado y ridiculizado, ha vuelto a la agenda política. Ya no sólo en el terreno del debate ideológico sino también en el acuciante problema de la gestión práctica de las relaciones sociales, económicas y políticas de la nueva sociedad que se pretende crear y construir.

Huérfanos y sin Vaticanos

Lo interesante y peculiar de esta compleja situación en la que nos encontramos es que ya no hay Vaticanos que dicten catecismos sobre la materia. Fenómeno que resulta positivo en cuanto a libertad de proyectos en pugna pero al mismo tiempo sumamente complicado ya que no existe reaseguro alguno frente a la prepotencia político-militar imperial.

La antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) experimentó un terremoto político que implosionó su sistema económico y social. El Estado burocrático, dirigido por una casta represiva y una elite completamente alejada del mundo laboral, de las bases políticas y de la clase trabajadora, se desplomó sin pena ni gloria y sin necesidad de misiles nucleares, dando lugar a una salvaje apropiación privada de las grandes riquezas sociales acumuladas durante décadas por el trabajo cotidiano del pueblo soviético. Los apropiadores han formado y continúan formando parte de una nueva burguesía mafiosa, constituida por los antiguos burócratas partidarios devenidos, ahora, burgueses propietarios. Dirigentes que abandonaron la doble moral y el doble discurso (en público supuestos defensores de Lenin, en privado lúmpenes cínicos e impiadosos) para mostrarse rápidamente en público tal cual eran en privado, es decir, gente que vivía con desfachatez en forma lujosa a costillas de los trabajadores y que les importaba un bledo el socialismo y la banderita roja que decían defender. El caso emblemático de Boris Yeltsin, jefe del PC soviético y cabecilla de los burgueses apropiadores, no es obviamente el único.

En el caso de China, país que anteriormente disputaba con la URSS por ver cual de los dos era más socialista, más antiimperialista y más radical... hoy en día se ha convertido en una sociedad con una fuerza de trabajo tremendamente explotada y mal pagada (como todo el mundo sabe ese pago irrisorio de la fuerza de trabajo china es el que permite subsidiar las exportaciones masivas al Occidente capitalista), sin posibilidad alguna de organizarse y reclamar por los derechos laborales elementales frente a las grandes firmas capitalistas que facturan millones con el sudor de la clase trabajadora china. El gigante del oriente es hoy una sociedad que no sólo exporta mercancías sino también capitales, recibiendo con los brazos abiertos a los grandes pulpos empresariales a los cuales les garantiza una explotación de los trabajadores tranquila y ordenada, sin sobresaltos, huelgas ni sabotajes. Las gigantescas asimetrías de clase y la polarización extrema en el orden social chino no son desmentidas ni por sus más fanáticos y obcecados defensores.

Al dejar de existir la URSS —con todas las características anteriormente señaladas— y con la innegable conversión de China en potencia capitalista, los pueblos del Tercer Mundo nos hemos quedado sin el antiguo potencial respaldo militar de ambas potencias frente a la agresividad del imperialismo (como ha quedado empíricamente demostrado en las últimas aventuras militares de EEUU en Afganistán, Irak o el norte

de África, así como las de Israel en Palestina y el Líbano). Nuestros pueblos sólo pueden contar con sus propias fuerzas, tanto en su lucha contra el imperialismo como en el intento de pensar alternativas futuras de gestión socialista. Ese es el contexto mundial en que nos movemos hoy.

Con o sin apoyo militar de las antiguas potencias “socialistas”, el debate sobre las alternativas resurgirá una y otra vez para cualquier sociedad que pretenda iniciar o desplegar el camino de transición a un tipo de relaciones sociales más allá del capitalismo. Nadie que pretenda atravesar el muro del capital podrá eludirlo.

Ese debate sobre las formas de propiedad (estatal o cooperativa, mixta y privada); las formas de gestión (mercantil o planificada); el uso del dinero (el papel de los bancos y el crédito, las cuentas, los gastos y los depósitos, en un sistema integral, planificado y presupuestario, o con absoluta autarquía financiera de las empresas); la ley del valor y el mercado (incentivados como ágiles reguladores sociales o combatidos como obstáculos para avanzar al socialismo), las distintas formas de incentivar el trabajo (con un proyecto político-ideológico radical y trabajo voluntario o mediante premios dinerarios individuales), etc., tuvo lugar en la Rusia bolchevique de los años '20, volvió a aparecer en la Cuba revolucionaria de los años '60 y hoy, en pleno siglo XXI, retorna en los debates de Venezuela, mientras en Cuba se vuelve a discutir nuevamente el modelo de gestión social.

¡Atención! ¡Llegaron las últimas «novedades»!

Lo curioso, llamativo y, porque no, sorprendente es que en varios de esos debates se presentan propuestas, proyectos y líneas a seguir apologistas del mercado como si fueran absolutamente «novedosas» e inéditas, cuando en realidad han sido implementadas varias veces en la historia y con resultados prácticos que distan largamente de ser positivos.

Recorramos algunos pocos razonamientos propagandísticos e hipótesis falaces que hoy circulan con pretensiones de radical «novedad» en la colorida feria de las alternativas:

*** (a)** Si una o varias empresas se encontraran en poder del pueblo a través del estado (en una sociedad donde la clase trabajadora y los sectores populares organizados han aplastando a los aparatos de represión de la burguesía, la han derrocado mediante una revolución, han logrado tomar el poder y la han expropiado) eso implicaría necesariamente el reinado gris, triste y mediocre de la BUROCRACIA. Si en cambio, esas mismas empresas expropiadas fueran gestionadas mediante asociaciones cooperativas, iniciativas por cuenta propia, arrendamientos privados y otras “formas de gestión no estatales” (¡curioso eufemismo!) que compitieran en el mercado, eso conllevaría, siempre y en cualquier circunstancia, el relucir maravilloso y alegre de la DEMOCRACIA.

* **(b)** Si dentro de este mismo contexto de una sociedad en transición, que intenta ir más allá del capitalismo, el estado centralizara su presupuesto y lo distribuyera de acuerdo a una planificación encaminada a combatir el MERCADO (en esta hipótesis no se trataría de un estado gestionado por y subordinado a las grandes firmas capitalistas, sino de una forma política de poder popular que surgiría de una revolución anticapitalista), eso conllevaría necesariamente dictadura, violencia, autoritarismo, paternalismo, corrupción, burocratismo y estancamiento. Si en cambio el estado (siempre manteniendo la hipótesis de que no se trata del estado burgués dirigido por las grandes empresas del capital) se limitara a repartir el dinero y sus recursos en una infinidad de núcleos productivos y de servicios antárticos, con plena y absoluta autonomía financiera y comercial, que compitieran en el mercado guiándose no por la satisfacción de necesidades sociales y populares, sino por la optimización de ganancias (que en caso de haberlas serían repartidas de forma privada y particular entre los agentes cooperativos y “no estatales”) y por la disminución de pérdidas (que en caso de producirse serían asumidas por el estado, es decir por el conjunto social), entonces.... ese modelo implicaría democracia participativa, horizontalismo, pluralismo, multiculturalismo, respeto por las subjetividades, pleno desarrollo de la sociedad civil, consenso, transparencia, honestidad, división de poderes, soberanía popular, eficacia y en última instancia progreso económico.

* **(c)** Si los sectores populares no se sienten suficientemente involucrados en la gestión económica, ausentándose del empleo, desentendiéndose de las tareas de gestión colectivas, cayendo en el escepticismo, la indiferencia política o incluso la apatía, lo cual deriva en una disminución de la productividad laboral, pues entonces.... las dos mejores maneras de remediarlo consistirían en:

(1) apelar al desempleo selectivo (así quien conserve el trabajo se esforzará mucho más por temor a ser despedido), creando de este modo un ejército laboral de reserva que serviría como acicate y palanca de incentivo para los que tienen empleo, y

(2) crear un creciente, asimétrico y cada vez más pronunciado escalonamiento salarial que premie con mayor dinero y estímulos materiales individuales a quien más esfuerce.

* **(d)** Por contraposición con esos dos remedios mercantiles, si el estado (dirigido políticamente por los trabajadores y los revolucionarios) se propusiera combatir la falta de productividad del trabajo, el ausentismo y la apatía con una ofensiva política, recuperando la credibilidad perdida, degradada o disminuida, combatiendo los fenómenos de la burocracia y la doble moral de los funcionarios, el “amiguismo” y las prebendas personales dentro de una elite, los privilegios, las asimetrías escandalosas tanto en el nivel salarial como en el consumo de la vida cotidiana, pues

entonces... esas propuestas serían invariablemente caracterizadas como “bienintencionadas, pero... utópicas, románticas, poco realistas, voluntaristas, subjetivistas, moralistas, y en última instancia IGUALITARISTAS” (¡como si el igualitarismo fuera algo muy malo para el socialismo!).

Estos cuatro núcleos ideológico-propagandísticos (a), (b), (c) y (d), asentados en el razonamiento falaz que tramposamente homologa [mercado = democracia y eficacia] y [planificación socialista = burocracia y estancamiento], hoy se esgrimen como la gran “novedad” teórica. El “último grito” de las ciencias sociales. Un descubrimiento “reciente” que vendría a subsanar todos los males y todas las deficiencias del socialismo, el comunismo y la revolución. La salvación mercantil que vendría a redimir los pecados igualitaristas, en el caso de quienes hace varias décadas se esfuerzan por superar el capitalismo; y a expurgar cualquier tentación radical, para quienes intentan en el último tiempo comenzar la transición al socialismo. ¿Será así? Sospechamos que no.

Una lúcida advertencia

Hace muchos años, Rodolfo Puiggrós, un viejo profesor argentino (historiador, de joven militante comunista, de viejo guerrillero montonero), alertó que como los revolucionarios argentinos, en sus múltiples tendencias, no hemos podido hacer nuestra propia revolución y no llegamos a tomar el poder, entonces vamos por el mundo “inspeccionando revoluciones ajenas”. Esa lúcida advertencia siempre nos pareció iluminadora y la hemos adoptado hace largo tiempo como guía contra la soberbia, la petulancia y el engreimiento de quienes se sienten propietarios de “la verdad absoluta”.

No obstante, aun dando cuenta del señalamiento de Puiggrós, creemos que tenemos el derecho de opinar respetuosamente sobre procesos sociales y debates políticos que hoy se desarrollan en la Patria Grande latinoamericana, aunque no se den en nuestro pequeño país.

Por eso nos genera cierta preocupación el modo como se plantean estos debates sobre la gestión de las sociedades que pretenden organizar un “orden nuevo” (al decir de Gramsci), no capitalista sino socialista.

¿Son tan “originales”, “novedosas” y “superadoras” estas propuestas de socialismo mercantil (bautizado mediante un eufemismo elegante y perfumado, como “autogestionario”) que nos prometen mayor democracia de la mano de la autarquía financiera de las empresas y el engorde creciente de la “economía no estatal”? ¿Servirá descentralizar los recursos presupuestarios y privatizar en nombre de los arrendatarios, las cooperativas y otros “actores no estatales” para poder superar la burocracia y los privilegios, la corrupción y el “amiguismo”? ¿Se generará participación política, aumentará la eficiencia social y habrá mayor empeño laboral expulsando fuerza de trabajo para que sea empleada como

mano de obra barata y precaria por grandes inversionistas capitalistas? ¿Habrá mayor conciencia socialista en quienes sólo se involucran, de modo “cooperativo”, si hay dinero y ganancia privada de por medio?

Perdón, disculpas, pero tenemos nuestras serias dudas al respecto. Expresamos nuestra opinión con todo respeto. Creemos que esas recetas —que algunos promueven y presentan como poción mágica y redentora— no profundizarán el socialismo martiano ni permitirán avanzar hacia un proyecto bolivariano anticapitalista.

Experiencias repetidamente fracasadas y un debate histórico «olvidado»

Aquellos cuatro núcleos ideológico-propagandísticos (a), (b), (c) y (d), y muchas otras recetas similares que actualmente los acompañan, no son proyectos nuevos, elaborados al calor de *facebook*, del *twitter*, las nuevas tecnologías, la “sociedad de la información”, “la sociedad en red”, las nuevas formas de sociabilidad y otras profecías semejantes. Tienen una larga historia, repleta de fracasos concretos, despistes prácticos, equívocos teóricos y enormes sinsabores políticos para la familia revolucionaria.

En la década del '20 (¡hace casi un siglo, cuando no existía ni la televisión!), dentro de la revolución rusa, hubo corrientes que creyeron que el mercado “socialista” iba a solucionar mágica y repentinamente todos los males, todas las penurias, la escasez, la falta de acumulación, la desproporción entre producción y consumo y las deficiencias revolucionarias⁷³. Haciendo de necesidad, virtud; convirtieron a la NEP de

⁷³ Véase Bujarin, Preobrazhenski, Kamenev, Trotsky, Lapidus y Ostrovitianov: *El debate soviético sobre la ley del valor* [Antología que reúne las posiciones originales de los años '20]. Madrid, Comunicación [serie B], 1974. En ese debate soviético de la década de 1920 le correspondió a Nikolai Bujarin defender la economía privada, cooperativa y autogestionaria, así como también la necesidad de alimentar la economía mercantil y la vigencia de la ley del valor en coexistencia con la planificación socialista. Véase Nikolai Bujarin “Las categorías económicas del capitalismo durante el período de transición”. Obra citada. pp. 75-92. Sus posiciones a favor del socialismo mercantil (críticas de Eugenio [Yevgeni Alekseyevich] Preobrazhenski) las defiende también en su libro *Sobre la acumulación socialista*. Buenos Aires, Materiales Sociales, 1973.

La crítica del socialismo mercantil fue desarrollada por Preobrazhensky en su libro *La nueva economía* [México, ERA, 1971], donde planteará la relación entre el mercado y el plan como una contradicción estratégica y antagónica. Otro pensador soviético de la década de 1920, Isaac Illich Rubin, desarrollará una aguda crítica al socialismo mercantil en su formidable *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. México, Siglo XXI, 1987.

Sobre aquel debate de la década del '20 y sus implicaciones actuales, también puede consultarse con provecho la discusión posterior entre Ernest Mandel, Alec Nove y Diane Elson: *La crisis de la economía soviética y el debate Mercado/Planificación*. Buenos Aires. Imago Mundi, 1992 [la polémica original tuvo lugar en la revista marxista inglesa

Lenin [«Nueva Política Económica», conjunto de medidas provisionarias implementadas por los bolcheviques como concesión táctica al mercado, luego de la agotadora guerra civil de 1918-1921] en un supuesto proyecto mercantil estratégico y de largo aliento. Más tarde, estos mismos partidarios del socialismo mercantil desarrollaron durante décadas varias ofensivas hasta terminar por minar desde dentro a la Unión Soviética. Todo en nombre de la “participación democrática”, la “eficiencia económica” y la “autogestión financiera” de las empresas⁷⁴.

New Left Review, entre 1986 y 1988, cuando todavía existía la URSS]. Las posiciones defensoras del socialismo mercantil fueron planteadas en esa polémica por el profesor británico Alec Nove, primero a través de su libro *La economía del socialismo factible* [1983] y luego con su artículo “Mercados y socialismo”. En dicha polémica la crítica a la falsa igualdad entre mercado y democracia, así como a la homologación de planificación socialista y burocracia fue argumentada por Ernest Mandel en sus artículos “En defensa de la planificación socialista” y “El mito del socialismo de mercado”. El mismo Mandel, un par de décadas antes, también había participado en el debate cubano, apoyando las posiciones de Ernesto Che Guevara a favor de la planificación socialista.

⁷⁴ Véase Abel Aganbegyan: *La perestroika económica. Una revolución en marcha*. Buenos Aires., Grijalbo [colección Economía y Empresas], 1990. Este libro, verdadera antología del desconcierto ideológico y una auténtica joya de la confusión política, es decir, síntesis magistral de neoliberalismo puro y duro promovido en nombre de la “democratización del socialismo” debería ser de consulta permanente. Su sola lectura resolvería de un plumazo muchas discusiones y debates actuales...

Su autor, caracterizado y promovido como “el arquitecto de la perestroika”, era uno de los principales asesores económicos y políticos de Mijaíl Gorbachov. Según su opinión, “*El problema principal consiste en sustituir el sistema de administración mediante órdenes, que ha regido en nuestro país [la URSS] durante los últimos cincuenta años, por un sistema de administración radicalmente nuevo, basado en la utilización de los métodos económicos, desarrollo del mercado y de los mecanismos financieros y crediticios, afirmación de los estímulos económicos, y todo esto bajo la influencia determinante de una democratización general y de la aceptación de la autoadministración*”. Obra citada. p.30. [En esta cita y en todas las de este trabajo, el subrayado me pertenece, excepto cuando se indique lo contrario. Néstor Kohan]. Así se abre el libro... postulando la generalización desembozada del mercado, la proliferación de los estímulos dinerarios y la autogestión financiera de las empresas compitiendo entre sí. Siempre asimilando, de manera tramposa, al viejísimo mercado con.... “lo nuevo” y enmascarando la mercantilización de la vida social con un proceso de “auto” desarrollo, cuando no hay nada más opuesto al autodespliegue humano que las relaciones mercantiles, invariablemente fetichistas, alienadas, anónimas, impersonales, jamás sujetas a la racionalidad y al control humanos. Cualquier parecido con otros procesos más recientes no es pura casualidad.

El libro de Aganbegyan intenta sistematizar las recurrentes y periódicas recetas mercantiles que se fueron implementando progresivamente en la URSS. Primero con la NEP, luego con la “utilización de la ley del valor” bajo Stalin; más tarde con Jruschov; luego con Kosyguin y finalmente con Gorbachov. Véase la reconstrucción histórica de

En lugar de combatir la desproporción económica entre producción y consumo y la ineficiencia de la administración burocrática terminaron convirtiendo a la burocracia en una burguesía mafiosa que se apropió de todos los recursos sociales y naturales de aquella sociedad que había derrotado a los nazis. Por supuesto, como no podía ser de otro modo, conjurando el fantasma endemoniado del... “igualitarismo”⁷⁵.

Pero el debate soviético, hoy extrañamente «olvidado» (pues sus resultados en torno al socialismo mercantil están ya fuera de discusión), no fue una excepción. En los años '60 en Cuba, el gran debate enfrentó a los partidarios del cálculo económico, la autogestión financiera y la “vía cooperativa” mercantil —promovidos, entre muchos otros exponentes, por Carlos Rafael Rodríguez— con el ministro de industrias Ernesto Che Guevara quien defendió el proyecto del Sistema Presupuestario de Financiamiento (SPF) y la planificación socialista.

Los compañeros cubanos dieron un ejemplo al mundo con ese debate de 1963-1964 donde, a pesar de que había un feroz bloqueo imperialista y una permanente agresión internacional, todas las tendencias discutieron libremente y nadie fue censurado, herido, prisionero, muerto ni exiliado. Las posiciones fueron públicas y nadie se ofendió ni fue tildado de “desleal”, sospechado de “agente de la CIA” o despreciado por “contrarrevolucionario”. Un gesto de madurez digno de imitarse hoy en día...⁷⁶.

Quienes se oponían al Che optaban por descentralizar los recursos financieros, apelando al desarrollo del mercado como gran regulador social, a los incentivos materiales y dinerarios, a la autogestión y autarquía financiera de cada empresa y a la competencia entre ellas como

estas arremetidas mercantiles, festejadas y aplaudidas por Aganbegyan, en Obra citada. pp.181-191.

⁷⁵ Véase Abel Aganbegyan: *La perestroika económica. Una revolución en marcha*. Obra citada. pp.105-139.

⁷⁶ Véase Ernesto Che Guevara, Charles Bettelheim, Ernest Mandel, Marcelo Fernández Font y otros: *El gran debate. Sobre la economía en Cuba*. La Habana, Ocean Sur, 2003.

Hemos intentado analizar en diversos textos ese debate y en particular las posiciones más radicales allí defendidas por el Che Guevara. Véase nuestros libros *Ernesto Che Guevara: El sujeto y el poder*. Buenos Aires, Nuestra América, 2005. En la web:

http://www.lahaine.org/amauta/b2-img/nelson_sujeto.pdf; *Che Guevara: Un marxismo para el siglo XXI*. Caracas, Colección Nuevo Socialismo, 2009 y el más reciente *En la selva. (Los estudios desconocidos del Che Guevara. A propósito de sus Cuadernos de lectura de Bolivia)*. Caracas, Misión Conciencia, 2011. También el prólogo “Ernesto Guevara: Una reflexión de largo aliento”, que escribimos para el libro de Carlos Tablada *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*. Buenos Aires, Nuestra América, 2005. pp. 1-18. Prólogo en la web:

<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=7065>

palanca fundamental de desarrollo económico (competencia denominada, de manera elegante, “emulación”). Siempre apelando al “uso inteligente de la ley del valor”, según una fórmula repetida en aquella época, muy común a los manuales soviéticos de economía política⁷⁷.

Pero aquellas primeras propuestas del socialismo mercantil que se sucedieron en la antigua Unión Soviética y las polémicas económicas contra el proyecto comunista del Che Guevara y en defensa del socialismo mercantil que tuvieron lugar en la Cuba de los años '60 tampoco fueron los únicos.

A su vez, como alternativa al mundo político y cultural soviético, los yugoslavos también promovieron en su época la autogestión descentralizada de las empresas a través de la competencia mercantil. Ese modelo «cooperativista» —hoy admirado e incluso recomendado al presidente Hugo Chávez como panacea digna de imitar por algunos compañeros (seguramente con las mejores intenciones)— iba a superar mágicamente todos los males del socialismo burocrático soviético. Todo el mundo conoce el trágico final del experimento de Yugoslavia... todavía más catastrófico, si acaso puede serlo, que el de la difunda URSS.

La propuesta de la «autogestión» que se intentó implementar de Yugoslavia partía de un reclamo sano, justo, racional. La necesidad inocultable de democratizar las relaciones sociales, no sólo bajo la dictadura del mercado capitalista sino también bajo un tipo de sociedad postcapitalista en transición al socialismo. Esa necesidad de democratización, esa sed antiburocrática, no es una tontería ni un disparate. Se proponía democratizar a fondo las relaciones sociales y esa finalidad debe ser reivindicada. Uno de sus promotores teóricos así lo reconoce: “La **autogestión** cumplirá sus **promesas democráticas** no sojuzgando al hombre en su comportamiento frente al trabajo, sino modificando su posición económica y social fundada en el trabajo, es decir, transformando las relaciones implícitas en el sistema de producción”⁷⁸.

⁷⁷ Para una crítica extensa, detallada, pormenorizada y rigurosa de esta supuesta “utilización inteligente” de la ley del valor en la transición al socialismo por parte de los partidarios del socialismo mercantil, véase Ernesto Che Guevara: *Apuntes críticos a la economía política*. Melbourne, Ocean Sur, 2006. Lo mismo vale para sus ensayos “La planificación socialista, su significado” y “Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento”. En todos esos trabajos el Che desmenuza la incoherencia teórica y las nefastas consecuencias políticas —tanto para la nueva sociedad que se pretende construir como para la conciencia popular que emerge de ese proceso— derivadas de esta apologética de la autogestión financiera de las empresas que hoy, en el año 2011, vuelve a asomar su cabeza en nuestros debates actuales... con rostro aparentemente ingenuo de “niño inocente” y como si nada hubiera sucedido en las últimas décadas.

⁷⁸ Véanse los trabajos de Radivoj Uvalic; M.E.Kardelj; y Dusan Bilandzic: “La autogestión en Yugoslavia”. Recopilado en Ernest Mandel: *Control obrero, consejos obreros*,

Esas promesas y esos antiguos anhelos democráticos de la humanidad (muy anteriores al capitalismo), que deberían constituir una parte fundamental del proyecto socialista y comunista de liberación humana, están sometidos a un doble tironeo. Por un lado, en cuanto están asociados a la **participación comunitaria** en la gestión social, se potencian, se refuerzan, se revitalizan. Es precisamente en ese orden comunitario donde se puede llegar a experimentar la verdadera democracia⁷⁹. No obstante, en la medida en que ese modelo de autogestión financiera de las empresas termina dando como supuesto inmodificable la existencia del mercado, automáticamente los anhelos democráticos y comunitarios se desdibujan, se evaporan y aparece en primer término la lógica dictatorial, férrea y despótica del mercado. Una lógica irracional, anónima, fetichista, que se impone como ciega necesidad (aunque el mercado tenga la bandera roja) contra todos los anhelos democráticos y participativos de la comunidad y los trabajadores⁸⁰. La autogestión financiera de las empresas y el imperio de la ley del valor (del mercado) que la fundamenta, constituyen los peores remedios para lograr ese objetivo

autogestión [Antología]. México, ERA, 1974. Esta cita pertenece a Dusan Bilandzic. Obra citada. p. 324.

⁷⁹ En las tradiciones de Nuestra América, ese orden comunitario —previo y ¿por qué no? postcapitalista— sigue estando a la orden del día en las comunidades de los pueblos originarios con instituciones sociales, económicas, políticas y culturales como el ayllu, para el caso andino (abarcando los territorios hoy conocidos como Bolivia, Perú y Ecuador) y otros análogos para el caso centroamericano. En el caso europeo, muchas tradiciones comunitarias municipales del pueblo vasco —y otros pueblos igualmente resistentes— también expresan la supervivencia de relaciones sociales colectivas y auténticamente democráticas no sujetas al ordenamiento económico, jurídico y político capitalista. Fue precisamente Marx quien indagó, tanto en *El Capital* como en los *Grundrisse* [primeros borradores de *El Capital*] y también en escritos tardíos, en ese ordenamiento comunitario que se encuentra por debajo de la “crisálida social” mercantil del valor, el dinero y el capital. Véase Karl Marx: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. México, Siglo XXI, 1987. Tomo I, pp. 433-475; Karl Marx: *El Capital. Crítica de la economía política*. México, Siglo XXI, 1988. Tomo I, Vol. I. pp.87-102 y Karl Marx: *El porvenir de la comuna rural rusa*. México, Siglo XXI, 1980.

⁸⁰ Hemos intentado demostrar esta tesis sobre el carácter irreductiblemente fetichista, irracional y despótico de todo mercado (incluido el “mercado socialista”) en el libro *Nuestro Marx*. Caracas, Misión Conciencia, 2011. Allí, sobre todo en la segunda parte, intentamos argumentar en detalle la crítica socialista y comunista del mercado, tratando de demostrar lo insostenible, tanto teórica como prácticamente, de un proyecto socialista mercantil y la urgencia impostergable de desarrollar una estrategia de largo plazo contra el mercado en la transición al socialismo. Una estrategia que deberá ser al mismo tiempo económica, política y cultural, sometiendo a discusión todo disfraz mercantil presentado bajo la falsa apariencia de “medidas sólo técnicas”. Obra citada. pp.560-784.

justo y racional (democratización y superación de la burocracia) que se persigue.

A pesar de esa encomiable “promesa democrática” el modelo yugoslavo —y muchos otros similares que lo toman como inspiración, lo admitan abiertamente o no— termina depositando en el interés material directo e inmediato y en la obtención de mayores cuotas de dinero el eje de la “autogestión”. Así lo admite otro de sus principales teóricos: “*Su derecho de **repartición de utilidades** es considerado no solamente como consecuencia lógica de la gestión, sino como **el factor esencial de la eficacia de la autogestión**. Este es el elemento **motor del sistema**. Mientras mejores sean los resultados de la empresa, más grande será la cuota que tendrán que repartir*”⁸¹.

Si el interés material directo, el aumento de la remuneración individual en dinero y la búsqueda frenética de ganancia empresarial constituyen el eje central de este modelo, según lo reconocen sus mismos teóricos, ¿qué tipo de conciencia socialista y comunista se puede construir en el seno del pueblo de ese modo? La respuesta, ya analizada críticamente en su época por el Che Guevara, es más que obvia. Los resultados históricos están hoy a la vista para quien no tenga anteojeras. Ninguno de esos trabajadores yugoslavos, “autogestionarios” y “cooperativos”, que habían luchado heroicamente en las guerrillas comunistas contra la dominación nazi, movió un solo dedo para defender el socialismo cuando implosionó y se derrumbó, partiendo a su país en mil pedazos. Exactamente lo mismo pasó en la Unión Soviética. ¿Una casualidad? No, una lógica consecuencia de un modelo de gestión y ordenamiento social que aparentemente es muy “simpático” pero en el cual la clave de todo pasa por la búsqueda del dinero individual, la competencia, el mercado y la ganancia personal, en lugar de predominar los valores del trabajo colectivo y voluntario, la satisfacción personal que se deriva de haber cumplido el deber social trabajando no sólo para el bolsillo propio sino para toda la sociedad, la consolidación de una conciencia colectiva, comunitaria y comunista, y la creación de una sociedad justa para todos y todas, más allá del interés mezquino inmediato.

Los mismos teóricos de la “autogestión” lo reconocieron públicamente. El centro de ese modelo (que hoy se pretende reeditar en

⁸¹ Véase Radivoj Uvalic: “La autogestión en Yugoslavia”. Obra citada. 314-315. Este mismo autor yugoslavo cita una encuesta de 1956 (en pleno auge del “modelo de la autogestión”) realizada por el Instituto Federal de Estadísticas entre trabajadores yugoslavos en la cual los reglamentos de tarifas y las escalas de la **remuneración en dinero constituyen el principal foco de interés de los trabajadores autogestionados y cooperativos**. Obra citada. pp. 317-318.

América Latina) está constituido por “la lógica inexorable de las necesidades de una economía de mercado”⁸².

Si las (encomiables) promesas democráticas estaban por detrás del modelo autogestionario, en ese mismo orden de aspiraciones también se encontraba la (justa) lucha contra la burocracia. Sin embargo, convendría no ser más papistas que el papa. Hasta los mismos partidarios de la autogestión yugoslava reconocen que en sí misma dicha forma de gestionar las empresas no garantiza automáticamente la eliminación de la burocracia. Incluso puede llegar a reproducirla en otra escala y en otros planos: “*el anquilosamiento de las condiciones de la autogestión en determinados mecanismos —esto es, su congelación en órganos— que opera en nuestros países como tendencia vigorosa, **puede crear un nuevo terreno para la reproducción de condiciones burocráticas***”⁸³.

Analizando críticamente aquellas experiencias que apelan al **interés material directo para elevar la productividad**, el Che Guevara le escribió a Fidel Castro: “*El interés material individual era el arma capitalista por excelencia y hoy se pretende elevar a la categoría de palanca de desarrollo, pero está limitado por la existencia de una sociedad donde no se admite la explotación. En esas condiciones, el hombre no desarrolla todas sus fabulosas posibilidades productivas, ni se desarrolla él mismo como constructor consciente de la sociedad nueva. Y para ser consecuentes con el interés material, éste se establece en la esfera improductiva y en la de los servicios... Esa es la justificación, tal vez, del interés material a los dirigentes, principio de la corrupción, pero de todas maneras, es consecuente con toda la línea del desarrollo adoptada en donde **el estímulo individual viene siendo la palanca motora porque es allí, en el individuo, donde, con el interés material directo, se trata de aumentar la producción o la efectividad***”⁸⁴.

Adelantándose a los partidarios del socialismo mercantil que promueven un Estado flaco, sólo reducido a la defensa, la educación y la salud, pero que deja en manos de “los sectores económico no estatales” el resto de la economía, el Che continúa diciéndole a Fidel Castro: “*¿Qué sucede ahora? **Se revelan contra el sistema pero nadie ha buscado donde está la raíz del mal; se le atribuye a esa pesada lacra burocrática, a la centralización excesiva de los aparatos, se lucha***

⁸² Véase Dusan Bilandzic: “La autogestión en Yugoslavia”. Obra citada. p. 325.

⁸³ Véase Ljubomir Tadic: “La burocracia como organización cosificada”. Recopilado en Gajo Petrovic; Mihailo Markovic; Pedrag Vranicki y otros: *Praxis, revolución y socialismo* [Zagreb, Yugoslavia, 1975]. México, Grijalbo, 1981. p. 243.

⁸⁴ Véase Ernesto Che Guevara: “Algunas reflexiones sobre la transición socialista” [Carta a Fidel Castro, abril 1965]. En la web: <http://www.lahaine.org/amauta/b2-img/CheFideltransicion.pdf>

*contra la centralización de esos aparatos y las empresas obtienen una serie de triunfos y una independencia cada vez mayor en la lucha por un mercado libre. ¿Quiénes luchan por esto? Dejando de lado a los ideólogos, y los técnicos que, desde un punto de vista científico analizan el problema, las propias unidades de producción, las más efectivas claman por su independencia. Esto se parece extraordinariamente a la lucha que llevan los capitalistas contra los estados burgueses que controlan determinadas actividades. Los capitalistas están de acuerdo en que algo debe tener el Estado, **ese algo es el servicio donde se pierde o que sirve para todo el país, pero el resto debe estar en manos privadas.** El espíritu es el mismo; el Estado, objetivamente, empieza a convertirse en un estado tutelar de relaciones entre capitalistas. Por supuesto, para medir la eficiencia se está utilizando cada vez más la ley del valor, y la ley del valor es la ley fundamental del capitalismo; ella es la que acompaña, la que está íntimamente ligada a la mercancía, célula económica del capitalismo”⁸⁵.*

Esa propuesta, crítica de la planificación socialista, no quedó históricamente reducida a Yugoslavia. Luego se adoptaron esos criterios en Polonia, Checoslovaquia y Alemania oriental (la antigua República Democrática Alemana, RDA). La experiencia se generalizó. ¿Los resultados...? A la vista.

Los compañeros y amigos de América Latina que proponen para el siglo XXI la receta del socialismo mercantil (rara vez se lo menciona de este modo, pues así resulta poco seductor y atractivo, pero de eso se trata) tienen todo el derecho del mundo a defenderla, promoverla y promocionarla. Pero al menos les solicitamos fraternalmente, con todo respeto, que hagan un mínimo balance crítico de las numerosas experiencias históricas de ese modelo que terminaron invariablemente en fracasos rotundos y contundentes.

El SPF: Una alternativa comunista no sólo «económica»

Promover la profundización del “mercado socialista” y de las actividades económicas “no estatales” no es una cuestión de “eficiencia económica”, de “medidas técnicas”, de “resoluciones concretas”. Es, ni más ni menos, una apuesta deliberada por un proyecto político. Habría que explicitarlo ¿no es cierto?

Si ese proyecto económico y político, pero también cultural, no nos satisface, no nos convence, no lo visualizamos como solución (ni para la coyuntura ni para el largo plazo), queda flotando en el aire una pregunta pendiente: ¿entonces no hay alternativa?

⁸⁵ Véase Ernesto Che Guevara: “Algunas reflexiones sobre la transición socialista” [Carta a Fidel Castro, abril 1965]. En la web: <http://www.lahaine.org/amauta/b2-img/CheFideltransicion.pdf>

Creemos que sí hay alternativa. Y no un “modelo” a importar desde algún lugar lejano, lleno de nieve y ajeno a nuestras tradiciones bolivarianas, sanmartinianas, martianas, sino una propuesta elaborada desde Nuestra América y el Tercer Mundo, a partir de un pensamiento social, económico y político de liberación nacional y social, insurgente y comunista.

Nos referimos al Sistema Presupuestario de Financiamiento (SPF), elaborado por el Che Guevara cuando trabajaba como ministro de industrias (por lo tanto confeccionado no en una cómoda biblioteca sin vínculos con el mundo terrenal y concreto de la gestión práctica, sino al frente de una institución económica). Ese proyecto para encarar la gestión en transición al socialismo es, lamentablemente, escasamente conocido y menos aún estudiado.

Si le solicitamos a nuestros compañeros y amigos partidarios del socialismo mercantil que expliciten su propuesta política, ¿no deberíamos hacer lo mismo? Creemos que sí. Pues bien, **nuestro proyecto político**, lo reconocemos explícita y abiertamente, es (o al menos pretende ser) **un proyecto comunista**.

La propuesta del Sistema Presupuestario de Financiamiento no es estrictamente ni únicamente “económica” pues lo que está en juego, además de la gestión de los recursos sociales, es **la conciencia individual y colectiva de nuestros pueblos**, hoy terreno privilegiado de disputa hegemónica en tiempos de la guerra asimétrica y la aldea global. Y no sólo la conciencia popular está en juego. También **el porvenir político de los procesos sociales revolucionarios** que intentan, con variada suerte, impulsar una transición al socialismo en el Tercer Mundo. Nuestra propuesta trata de apuntar hacia ambos terrenos de disputa al mismo tiempo, sin separar uno del otro.

El Sistema Presupuestario de Financiamiento, comunismo latinoamericano para el siglo XXI

El Sistema Presupuestario de Financiamiento (SPF) constituye una propuesta integral, económica pero también política, para encarar la transición al socialismo. Descentra la cuestión aparentemente “técnica” de la gestión empresarial —supuestamente asunto de “especialistas”— para ubicarla, como problema a resolver por todo el pueblo, en una disputa política de largo alcance. Es parte de una concepción general del desarrollo de la construcción del socialismo y debe ser estudiado entonces en su conjunto.

El SPF constituye un sendero viable, posible y perfectamente realizable para comenzar a construir la sociedad comunista del mañana a partir de la sociedad, terrenal y mundana, que el capitalismo le deja como pesada herencia a cualquier revolución que se precie de tal. El pensamiento del Che no opera con almas bellas, ángeles puros ni vírgenes imaginarias. Sabe perfectamente en donde está pisando y desde qué grado

de putrefacción social —individualismo, egoísmo, competencia, consumismo desenfrenado, etc.— hay que comenzar a crear el hombre nuevo y la mujer nueva.

Esa concepción general abarca una singular interpretación de la concepción materialista de la historia aplicada a la transición socialista, pasando por un modelo teórico que enseña el funcionamiento y desarrollo de la economía los países que pretenden construir relaciones sociales distintas del capitalismo hasta llegar a una serie de realizaciones prácticas, coherentes entre sí, de política económica alternativa. Lo que hoy está en discusión y en la agenda de debate.

Los niveles de la reflexión que nos deja el Che acerca de esa concepción general giran en torno a dos problemas fundamentales. En primer lugar: ¿es posible y legítima la existencia de una economía política de la transición? En segundo lugar: ¿qué política económica se necesita para la transición socialista? Las respuestas para estos dos interrogantes que se formula el Che permanecen abiertas, aún hoy en día, medio siglo después. Intentando dar respuestas a esas inquietantes preguntas, el Che elaboró un pensamiento sistemático de alcance universal (no reducido a la situación cubana, como sugerían algunos soviéticos como el ya mencionado especialista económico Abel Aganbegyan, argumentando la trivialidad de que “*Cuba es un país pequeño, mientras la URSS es una país grande*”, como si eso demostrara algo en el terreno científico de la economía política), estructurado en diversos niveles.

Si desagregamos metodológicamente su reflexión teórica, el Che nos dejó:

- (a) una reflexión de largo aliento sobre la concepción materialista de la historia, pensada desde un horizonte crítico del determinismo y de todo evolucionismo mecánico entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción;
- (b) un análisis crítico de la economía política (tanto de los modelos capitalistas desarrollistas sobre la modernización que por entonces pululaban de la mano de la Alianza para el Progreso y la CEPAL como de aquellos otros consagrados como oficiales en el “socialismo real”, adoptados institucionalmente en la URSS);
- (c) un pormenorizado sistema teórico de política económica, de gestión, planificación y control para la transición socialista: el Sistema Presupuestario de Financiamiento (SPF). Este último es el que aquí nos interesa para el debate actual.

En la reflexión del Che Guevara, tanto (a), como (b) y (c) están estructurados sobre un subsuelo común. Los tres niveles de análisis (que en él fueron al mismo tiempo práctica cotidiana, no sólo discurso teórico) se enmarcan sobre un horizonte que los engloba y a partir del cual adquieren plenitud de sentido. Ese gran horizonte presupuesto es **el proyecto político comunista**: para continuar con la enumeración previa, podríamos bautizarlo aleatoriamente como nivel (d).

Es entonces (d), **el proyecto político comunista, antiimperialista y anticapitalista, de alcance continental y mundial** y no reducido a la revolución cubana, el que nos permite inteligir la racionalidad de (a), (b) y (c). Para el Che Guevara, sin proyecto político no tiene sentido entablar discusiones bizantinas y meramente académicas sobre la concepción materialista de la historia. Sin proyecto político, no vale la pena esforzarse por cuestionar los modelos económicos falsamente “científicos” que obstaculizan el desarrollo del pensamiento crítico acerca de las relaciones sociales. Sin proyecto político, carece igualmente de sentido cualquier debate en torno a las diversas vías posibles de política económica durante el período de transición al socialismo en cualquier revolución del Tercer Mundo periférico, subdesarrollado y dependiente que pretenda dejar atrás al capitalismo.

Uno de los puntos más controvertidos del SPF reside en la siguiente interrogación: ¿Quién decide lo que se planifica? ¿Cómo garantizar la democratización real y profunda de las relaciones sociales? El propio Che Guevara estaba consciente de ese problema, por eso plantea que: “*se nos critica el que los trabajadores no participan en la confección de los planes, en la administración de las unidades estatales, etc., lo que es cierto*”⁸⁶. Esa incógnita le quitaba el sueño. ¿Cómo garantizar la lucha contra los mecanismos fetichistas del trabajo abstracto, contra la mediación del equivalente general como gran articulador de los sujetos sociales y contra el predominio del mercado a través de una planificación socialista sin descuidar al mismo tiempo las «promesas democráticas» del comunismo? Guevara no despreciaba ni subestimaba ese problema como se lo hace saber explícitamente a Fidel en esa carta de 1965. Apostaba todas sus fichas a la movilización política, a la educación ideológica comunista del hombre y la mujer nueva y a la batalla hegemónica para lograr la plena participación popular dentro de los mecanismos de la planificación socialista.

Casi medio siglo después de su propuesta original, nuevas instituciones han surgido en las sociedades en transición que bien podrían tratar de resolver esos enigmas que ya visualizó el propio Guevara y que, evidentemente, el socialismo mercantil no ha resuelto ni podrá resolver.

Una de esas instituciones son (en el caso de Venezuela) los consejos comunales. Si se lograra implementar una planificación centralizada y socialista para todo el país, ¿tendrían que desaparecer los consejos comunales? ¡En absoluto! ¿Cuáles deberían ser entonces sus tareas?

El gran desafío para poder implementar hoy, en el siglo XXI, el proyecto comunista del Sistema Presupuestario de Financiamiento garantizando al mismo tiempo la participación popular consistiría en la

⁸⁶ Véase Ernesto Che Guevara: “Algunas reflexiones sobre la transición socialista” [Carta a Fidel Castro, abril 1965]. En la web: <http://www.lahaine.org/amauta/b2-img/CheFideltransicion.pdf>

necesidad de articular los consejos comunales y los consejos de trabajadores de empresas (combatiendo a la burocracia y a las viejas mafias sindicales que allí operan) dentro de una estrategia conjunta de planificación. La solución consistiría en la coexistencia del Sistema Presupuestario de Financiamiento y los consejos comunales otorgando predominio a la planificación centralizada de los recursos financieros. Los consejos deberían elevar su puntería, dejar de pedir únicamente dinero para financiar proyectos particulares y privados (quizás disfrazados de “cooperativos”) para apuntar hacia una estrategia política global, general, más allá del plano corporativo, en coordinación con la planificación centralizada y presupuestaria de todos los recursos del país.

El gran supuesto de esa coexistencia y complementariedad entre planificación y consejos estaría dado por una durísima y continuada batalla sistemática en el terreno de la hegemonía socialista y la ideología revolucionaria. No se ganarán afectos y sensibilidades populares repartiendo dinero y comprando conciencias (como se compran objetos de consumo, un televisor de plasma, un teléfono celular de última generación o el coche y el carro más caro). ¡No! A largo plazo esa pelea está perdida. No se puede competir con el capitalismo en su propio terreno, donde es más fuerte. En la guerra asimétrica hay que combatir donde nosotros somos más fuertes. La conciencia popular y la complementariedad entre consumo y producción, entre gestión y administración, entre participación popular comunal y planificación macroeconómica centralizada (coordinada a su vez con otros países aliados del ALBA) sólo se logrará ganando a la militancia popular para un proyecto global, donde la vida cotidiana de cada barrio, de cada empresa, de cada comuna adquieran sentido dentro de un proyecto político colectivo de nueva y mejor sociedad que nos englobe a todos y todas: el socialismo. Allí reside la necesidad de incorporar los consejos comunales a la gestión planificada de las principales empresas de la economía nacional y resolver el enigma que quitaba el sueño al Che Guevara.

Urgencias impostergables para hoy y mañana

¿Cuál es entonces la utilidad actual del pensamiento comunista del Che?

En primera instancia, sus reflexiones resultan provechosas para ubicarnos en nuestro angustioso presente, comenzando la segunda década del siglo XXI, precisamente por los llamados de atención que él formuló. Alertando a aquellos compañeros y amigos que quizás se les ocurre apostar al mercado como una opción estratégica, no como un recurso táctico, el Che explica extensamente el modo en que éste genera necesariamente irracionalidad y desperdicio del trabajo social global, además de ineficacia, corrupción y burocracia. Por si ello no alcanzara, insiste una y otra vez en las consecuencias negativas que el mercado

provoca en la conciencia política, a nivel individual y colectivo, de cualquier sociedad en transición. Para contrarrestar su influencia, el pensamiento comunista del Che nos permite defender las razones de una planificación democrática (no ejercida únicamente por tecnócratas especialistas, aislados de las masas, sino a través de una creciente participación popular), a partir de la cual la política revolucionaria pueda incidir en el “natural” decurso económico a través de la batalla de las ideas, la cultura y la lucha por recrear cotidianamente la hegemonía socialista en todo el ordenamiento social.

En segunda instancia, estrechamente vinculado a lo anterior, el pensamiento comunista del Che nos recuerda que en determinados momentos de la historia la relación de fuerzas no nos es favorable. En esos casos no nos queda más remedio que retroceder, momentáneamente, para tomar fuerzas y volver a empujar. Esos retrocesos no son estratégicos sino tácticos, no constituyen un camino a largo plazo sino un conjunto de medidas que se toman para responder a una coyuntura determinada, teniendo en el centro del análisis la relación de fuerzas. Jamás hay economía sin relación de fuerzas o al margen de la relación de fuerzas.

Crear que el desarrollo del mercado constituye una “necesidad objetiva” de todo proceso de transformación social constituye un mito peligroso, infundado y regresivo. Nada más lejos del pensamiento del Che que esa creencia supersticiosa en “las leyes de hierro” de una economía supuestamente independiente con la que tanto insistían los académicos de la URSS, Yugoslavia, Polonia, Checoslovaquia y otros países del Este europeo (¡por no mencionar la China actual!) cuando explicaban la historia de la Nueva Política Económica (NEP). Aquel conjunto de medidas económicas tácticas que implementó Lenin a inicios de los '20, después de la guerra civil, y que las vertientes más dogmáticas del marxismo transformaron en supuestas “normas universales” válidas para todo tiempo y lugar. Confundiendo la táctica con la estrategia, la coyuntura con el proyecto, las medidas de emergencia con supuestas “leyes de hierro” transhistóricas y metafísicas, se transformó a Lenin en un vulgar apologista del mercado. En su inteligente defensa de Lenin —del revolucionario vivo, no de la momia de museo— Ernesto Guevara se animó a poner en discusión esas pretendidas “leyes de hierro”. Más tarde, a la hora de redactar sus observaciones críticas al *Manual de Economía Política* de la Academia de Ciencias de la URSS, pone en práctica la misma operación y vuelve a cuestionar esas mismas “leyes inviolables”.

Cuando el Che inscribe las relaciones sociales, en general, y las económicas, en particular, dentro de relaciones de fuerza está pensando fundamentalmente en la Nueva Política Económica (NEP) de Lenin. En nuestra modesta apreciación, es más que probable que esto también valga para la sociedad cubana de hoy en día. Desde nuestro punto de vista y ángulo de interpretación, el Che demostró que no existe una economía política de la transición al margen de la relación de fuerzas sociales y políticas. Creer lo contrario implica empantanarse, una vez más, en el

fetichismo y desbarrancarse por los equívocos del socialismo mercantil como alegremente le pasó a los yugoslavos, a Abel Aganbegyan y Gorbachov y a tantos otros.

Si hoy en día la URSS ya no existe y China vibra en otra dimensión, ajena por completo a la lucha antiimperialista y anticapitalista del Tercer Mundo, ¿entonces es inviable el proyecto comunista en América Latina y el Tercer Mundo? Una primera visión, sencilla y simple, sacaría esta conclusión errónea. Dado que no hay relaciones de fuerza, no queda más remedio que tragar la medicina amarga del mercado.

Dado que ninguna sociedad sola y aislada podría desarrollar el socialismo en un solo país de espaldas al mundo, se dificultaría muchísimo implementar en la práctica el SPF en condiciones de aislamiento. Además ya no existe el CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica, alianza económica implementada por la Unión Soviética y países aliados).

Sin embargo, hoy existe el ALBA (Alianza Bolivariana para las Américas). Cuba no está sola y aislada como en otras décadas. Venezuela tampoco. Las perspectivas de crecimiento del ALBA son promisorias, los intercambios también. Incluso recientemente se han firmado acuerdos para operar en común dentro del ALBA nada menos que en el tema petróleo (¿Qué no hubiera hecho Cuba si durante los años '60 en lugar del azúcar hubiera tenido como principal producto el petróleo?). Si en ambos países junto con otros que se fueran políticamente acercando (desde Bolivia, Ecuador y Nicaragua hasta Colombia en caso de triunfar la insurgencia de las FARC-EP) se comenzara a implementar la planificación socialista conjunta, coordinada y articulada a través del Sistema Presupuestario de Financiamiento, muy distinto sería el futuro de Nuestra América. No sólo en el terreno económico y político sino también económico.

La planificación socialista del Sistema Presupuestario de Financiamiento es superior al socialismo mercantil, al cálculo económico y a la autogestión financiera de las empresas porque no sólo permitiría resolver los problemas inmediatos de ineficiencia, productividad, dependencia y monoproducción en el corto plazo, dejando atrás la torpe regulación puramente mercantil de las empresas (criterio con el cual hay que venderle simplemente al que paga más y no al aliado político), sino que además **nos permitía avanzar estratégicamente en conjunto contra el imperialismo y hacia el socialismo** de aquí hacia las próximas décadas con una perspectiva continental. ¿No era ese el proyecto de Simón Bolívar y José Martí?

Balance final del proyecto comunista del SPF

¿Cómo evaluar al Sistema Presupuestario de Financiamiento (SPF) propugnado por el Che? La evaluación no puede reducirse a una cuestión únicamente cuantitativa referida a la acumulación de bienes de consumo

producidos por las empresas sino que necesariamente debe incorporar otra dimensión. La evaluación (y cualquier comparación posible con los modelos de “socialismo mercantil”) no puede dejar de preguntarse qué tipo de subjetividad y qué grado de conciencia popular se están generando con semejantes métodos de gestión y planificación económica. ¿Cuál de los dos sistemas nos garantiza mejor una eficaz estrategia política a largo plazo?

Los compañeros y amigos partidarios del socialismo mercantil argumentan que “la planificación socialista fracasó en Cuba y en la URSS”. ¿Es realmente así?

Convendría no confundir la planificación burocrática y sus viejos métodos de “orden y mando”, despilfarro, corrupción, doble discurso, cuentas del plan infladas... con la propuesta y el proyecto comunista del Che Guevara. En Cuba nunca llegó a implementarse en su totalidad el proyecto del Che. Cuando Guevara estaba al frente del Ministerio de Industrias, su SPF debió que convivir forzosamente con el sistema de Cálculo Económico implementado por el ministerio de agricultura (el INRA, Instituto de la Reforma Agraria), dirigido por entonces por Carlos Rafael Rodríguez con una perspectiva teórica y política completamente afin a los soviéticos. Ambos sistemas coexistieron y nunca se implementó a fondo y en toda la sociedad el SPF. Luego, en 1965, cuando el Che marchó a realizar tareas insurgentes internacionalistas, se aplicó en Cuba el Sistema de Registro de Control Material, donde desaparecieron las categorías financieras, la contabilidad de costos y sólo se llevaba el registro de los movimientos materiales, lo cual derivó en un despilfarro importante. Diez años después, en 1975, acorde al ingreso reciente de Cuba en el CAME, se aplicó en toda la isla el Cálculo Económico, copia mecánica del sistema soviético y de otros países del este europeo. Finalmente, en 1986, comienza el proceso de “Rectificación de errores y tendencias negativas” impulsado por Fidel Castro que se ve truncado por la caída de la URSS, el desplome del comercio internacional de Cuba y el surgimiento en la isla del denominado “periodo especial”.

Por lo tanto, en todos esos años, nunca logró implementarse a fondo y para el conjunto de la sociedad cubana, el método de gestión propugnado por el Che Guevara. Grave equivocación —cuando no se trata de una vulgar manipulación que no puede corroborarse empíricamente— la de aquellos que afirman que “el sistema del Che Guevara fracasó en Cuba”. Ese sistema todavía está por comprobarse en los hechos y en la práctica. Lo que sí fracasó y rotundamente es el socialismo mercantil que sí se aplicó en el conjunto de esa sociedad y en muchas otras (Yugoslavia, Polonia, etc.) dando siempre el mismo resultado negativo.

Cuba, Venezuela y Nuestra América hoy

¿Por qué en los debates actuales de Cuba y Venezuela no se estudia, no se discute y no se debate a fondo la propuesta comunista del

Che para la gestión de las empresas, la economía, los montos laborales, el desafío de la participación popular y otras preocupaciones que actualmente están a la orden del día?⁸⁷.

¿No podría PDVSA convertirse en la columna vertebral de un proyecto integral de planificación socialista, no sólo venezolana sin coordinado y planificado con Cuba y otros países que comiencen su transición al socialismo? No es una utopía irrealizable. Ya se han dado los primeros pasos, ha comenzado la articulación con Cuba y Angola⁸⁸.

Ya no alcanza homenajear al Che del póster. Hay que estudiarlo para los debates y desafíos actuales. En Cuba, en Venezuela y en cualquier sociedad que pretenda dejar atrás el mundo monstruoso y perverso del mercado capitalista, repleto de explotación, exclusión, dominación, alienación, fetichismo, irracionalidad, dependencia y destrucción de la naturaleza.

La salida para los desafíos actuales está en Bolívar y en Martí, es decir en el comunismo latinoamericano del Che Guevara, no en modelos mercantiles pergeñados lejos de América Latina y que ya fracasaron más de una vez en la historia.

¿Nos animaremos a ir contra la corriente? ¿Echaremos a los mercaderes del Templo? ¿Nos animaremos a morder la fruta prohibida del comunismo?

⁸⁷ Una de las pocas excepciones lo constituye el periódico *Debate Socialista* que recientemente le ha dedicado un número completo al estudio del Sistema Presupuestario de Financiamiento (SPF) en función del presente de Venezuela. Véase *Debate Socialista* N° 120, Caracas, 5 y 7 de noviembre de 2010: “El Sistema Presupuestario de Financiamiento y la Revolución Bolivariana”. La edición digital puede encontrarse en el siguiente link: <http://www.debatesocialistadigital.com/edicionesanteriores/n120.pdf>

⁸⁸ Véase “PDVSA constituye empresa mixta petrolera con Angola y Cuba”. En la web: <http://www.pdvsa.com/>

La teoría crítica marxista frente a la crisis capitalista

Ni oráculo ni apología

No se caerá solo por arte de magia ni por la premonición de algún antiguo calendario. Tampoco se derrumbará por efecto de un terremoto, un rayo o un meteorito inesperado como en el cine catástrofe de Hollywood. Al capitalismo, como sistema de explotación y dominación mundial, hay que derrocarlo.

Sin embargo, aunque nunca se suicidará sin dar batalla, el reino del capital cruje. Nos encontramos bien lejos de las fantasías aparentemente tranquilizadoras y apacibles de la segunda posguerra europea.

La crisis, altanera y vengativa, atraviesa y carcome el orden completo del entramado social. Ya no se trata única o exclusivamente de una crisis “económica”, centrada en la sobreproducción relativa, la burbuja inmobiliaria, el desempleo y la estanflación⁸⁹, o de una crisis meramente política marcada por la ausencia de gobernabilidad o la falta de credibilidad en las formas tradicionales de representación ciudadana⁹⁰.

La turbulencia global de nuestros días reúne, condensa y sintetiza un conjunto muy variado de contradicciones sociales insolubles que convergen sobre un mismo ángulo y matriz. Lejos de ser una crisis meramente coyuntural (es decir, una «crisis capitalista» episódica y reiterada), nuestro tiempo contemporáneo asiste a la emergencia de una crisis civilizatoria, estructural y sistémica, de largo aliento (o sea «una crisis del capitalismo en su conjunto», de mucho mayor alcance, larga duración y profundidad que las crisis periódicas). Crisis que se expresa al mismo tiempo como ecológica, ambiental y energética, alimentaria y humanitaria, tecnológica, urbana y rural, política y militar, caracterizada por una sobreproducción estructural, una recesión que se va convirtiendo en depresión progresiva, acompañada de la ruptura de la cadena de pagos e imposibilidad de asumir las deudas externas, la explosión de la burbuja financiera e inmobiliaria, la descomposición y desintegración social, la pobreza extrema en la periferia del sistema mundial y el desempleo

⁸⁹ Por “estanflación” suele entenderse la conjugación de la subida de los precios (denominada inflación), el aumento de la desocupación y el estancamiento del aparato productivo. Para una explicación de este proceso puede consultarse con provecho el libro de Jorge Beinstein: *Crónica de la decadencia. Capitalismo global 1999-2009*. Buenos Aires, Cartago, 2009. Capítulo “Rostros de la crisis. Reflexiones sobre el colapso de la civilización burguesa”. p. 20.

⁹⁰ Crisis política que asume en cada sociedad modalidades diferenciales. Para mencionar sólo dos ejemplos, en la Argentina del 2001 se hizo famosa la consigna callejera y asamblearia que reclamaba “*Qué se vayan todos!*”; diez años después en el estado español la protesta asume la forma, también callejera y asamblearia, de “*los indignados!*”.

galopante, incluso en las sociedades capitalistas metropolitanas. Una crisis objetiva del orden social en su conjunto que al mismo tiempo se expresa como crisis cultural de las formas de subjetividad hasta ahora predominantes en el capitalismo tardío.

Una crisis de nuevo tipo

En suma, asistimos a una crisis histórico-cultural de la civilización capitalista en su conjunto. Una crisis de nuevo tipo. Nunca se habían desatado tantas posibilidades destructivas al mismo tiempo para el sistema social capitalista.

Dicha crisis sistémica que hoy en día desgarrar y tensiona al conjunto de la sociedad capitalista mundial, resulta mucho más grave que los momentos de zozobra que golpearon duramente al capitalismo en 1929, según reconoció el 21 de febrero de 2009 Paul Volcker (director de la Reserva Federal de los Estados Unidos durante los gobiernos de Jimmy Carter y Ronald Reagan) en la Universidad de Columbia. La misma opinión catastrofista fue compartida por el gurú de las finanzas George Soros⁹¹.

Pero no sólo supera ampliamente las incertidumbres y el pánico burgués de 1929, también resulta mucho más demoledora y extendida que la crisis del dólar de los años 1968-1971-1973⁹².

A esa sobreacumulación de tensiones irresueltas y contradicciones antagónicas insolubles que van carcomiendo desde adentro al capitalismo imperialista como sistema mundial de dominación —“Nuevo *apartheid* a escala global”, según los términos de Samin Amin— se suma la preponderancia absoluta de una sola potencia militar a nivel mundial, secundada por la OTAN y sus sumisos satélites europeos. El monopolio de las armas de destrucción masiva (con la amenaza permanente de desencadenar una guerra termonuclear y bioquímica) y la generación de

⁹¹ Véase Jorge Beinstein: *Crónica de la decadencia. Capitalismo global 1999-2009*. Obra citada. p. 10. Para un análisis agudo, radical y lúcido de la crisis de 1929 —tan distinto de los tristes vaticinios posmodernos que lo volvieron famoso y apoloético muchos años después—, véase Antonio Negri: “John Maynard Keynes y la teoría capitalista del Estado en el ‘29”. En *El Cielo por Asalto* N°2, Año I, Buenos Aires, otoño de 1991. pp. 97-118.

⁹² Para un balance crítico de conjunto sobre la crisis que se inicia con la declinación del dólar en 1968, que se consolida con la devaluación de dicha moneda y la declaración de inconvertibilidad del dólar en oro (sancionada por el presidente Richard Nixon el 15 de agosto de 1971) y que se expande con el abandono de los acuerdos de Bretton Woods y el auge de los petrodólares a comienzos de dicha década, véase Ernest Mandel: *El dólar y la crisis del imperialismo*. México, Ediciones ERA, 1976. Particularmente pp. 130 y ss. También Ernest Mandel; Jacques Valier y Patrik Florian: *La crisis del dólar*. Buenos Aires, ediciones del siglo, 1973. Una explicación detallada de esa conmoción que se inicia en 1968 y alcanza su clímax en 1973 puede encontrarse en Giovanni Arrighi: “Una crisis de hegemonía”. En Samir Amin, Giovanni Arrighi, André Gunder Frank e Immanuel Wallerstein: *Dinámica de la crisis global*. México, Siglo XXI, 2005. pp. 67-68 y 70-71.

nuevas guerras de conquista que se han sucedido sin interrupción desde la invasión de Irak en 1991 ponen totalmente fuera de discusión la afamada teoría de la interdependencia que traería una “paz perpetua” de la mano del mercado neoliberal y el libre comercio internacional.

Lejos de desaparecer el imperialismo, como vaticinara Toni Negri en su promocionado ensayo *Imperio*, Estados Unidos abre nuevos frentes de guerra bombardeando “humanitariamente” no sólo Irak y Afganistán, sino también Libia, mientras instala siete nuevas bases militares en Colombia y lanza a los mares del mundo su cuarta flota imperial. A medida que aumentan las amenazas de la crisis, el sistema de dominación se torna más agresivo. Todos estos países bombardeados en nombre del “pluralismo” y “la libertad” poseen inmensos recursos naturales. ¿Será quizás una casualidad?

Recuperar la categoría de crisis para la impugnación crítica

Como los bombardeos y las matanzas sistemáticas son inocultables, tanto como el desempleo⁹³ y el colapso energético⁹⁴ o alimentario a escala global⁹⁵, la crisis no puede taparse con una mano. Esa es la razón principal por la cual los medios de comunicación y las industrias culturales posmodernas⁹⁶ nos saturan día a día con todo un desfile de

⁹³ Para una discusión sobre el desempleo masivo, véase Renán Vega Cantor: *Los economistas neoliberales, nuevos criminales de guerra. El genocidio económico y social del capitalismo contemporáneo*. Bogotá, Editorial Prensa Alternativa Periferia, 2010. pp. 111 y ss.

⁹⁴ Para una discusión sobre los límites de la economía capitalista centrada en la extracción de los combustibles fósiles, véase Gian Carlo Delgado Ramos: *Sin energía. Cambio de paradigma, retos y resistencias*. México, Plaza y Valdés, 2009. Particularmente pp.9-26. Véase también Leonardo Boff: “¿Crise terminal do capitalismo?”. En *Adital (Noticias de América Latina y el Caribe)*. 27/6/2011; Alfred Schmidt: *El concepto de naturaleza en Marx*. México, Siglo XXI, 1983; Iring Fetscher: *Condiciones de supervivencia de la humanidad. ¿Es posible salvar el progreso?* Caracas, Alfa, 1988 y más recientemente Michael Löwy: *Ecología e socialismo*. São Paulo, Cortez editora, 2005.

⁹⁵ Según Borón, aproximadamente mueren al día 100.000 personas por hambre y enfermedades curables, lo que equivale a cerca de 40 millones de personas por año. Véase Atilio Borón: *Socialismo del siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires, ediciones Luxemburg, 2008. p.44. Según la SEPLA “la crisis capitalista en curso continúa descargando su costo sobre los trabajadores y los pueblos en todo el mundo. Son los 1.020 millones de hambrientos que reconoce la FAO, o los 1.000 millones de trabajadores con problemas de empleo e ingreso según la OIT”. Declaración de la SEPLA (Sociedad de Economía Política de América Latina y el Caribe, SEPLA, Declaración del VII° Coloquio reunido en la ciudad de Uberlandia, Brasil, junio de 2011).

⁹⁶ Para una reflexión de fondo sobre las industrias culturales posmodernas y su intervención activa en medio de la crisis actual, véase Fredric Jameson: *Marxismo tardío. Adorno y la*

eventos “caóticos” y una secuencia ininterrumpida de antinomias sin solución que inundan nuestra vida cotidiana.

Pero ese exhibicionismo desfachatado —que muchas veces convierte en espectáculo mediático un bombardeo, una hambruna, un crack financiero o un golpe de estado sangriento— permanece en el reino de la mera apariencia. Ni en la televisión, ni en el cine, ni en el resto de las industrias culturales posmodernas se alcanza a captar la conexión recíproca y la pertenencia orgánica de cada proceso a una misma totalidad sistémica que articula, otorga sentido y organiza todos esos fenómenos yuxtapuestos⁹⁷. Lo efímero y lo aparente capturan de manera excluyente la atención y la retienen en ese plano epifenoménico, impidiendo una profundización de la mirada crítica que permita ir más allá de lo que se muestra (y se padece). Las crisis capitalistas puntuales, episódicas y reiteradas, van acostumbrando la percepción hasta habituarnos a vivenciarlas como “normales” y “naturales”. De este modo el mismo término de “crisis” se va percutiendo, adelgazando y debilitando, dejando en el camino la fuerza impugnatoria y explicativa que otrora poseía en las ciencias sociales y en la teoría crítica hasta convertirse prácticamente en un inofensivo sinónimo de “dificultad” y “anomalía circunstancial”, fácilmente subsanable dentro de la institucionalidad y delimitado al perímetro de una única instancia del orden social.

Con ese telón de fondo el abanico completo de las ciencias sociales y en particular la teoría crítica marxista, como su núcleo duro de impugnación radical (al mismo tiempo anticapitalista y antiimperialista) del sistema en su conjunto, deberían recuperar la explosividad y el carácter holista que poseía históricamente la noción de “crisis”, diferenciando las crisis capitalistas puntuales de la gran crisis del capitalismo en su conjunto.

persistencia de la dialéctica. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010. Particularmente los capítulos XVI y XVII: “La cultura de masas como gran negocio” y “La industria cultural como narrativa”. pp. 225-242. Del mismo autor véase *El giro cultural*. Buenos Aires, Manantial, 1999. pp.203 y ss.

⁹⁷ Al respecto señala Samir Amin: “Los hechos están ahí: el derrumbamiento financiero está ya a punto de producir no una «recesión», sino una verdadera depresión profunda. Pero antes incluso que el derrumbamiento financiero se han formado en la conciencia pública otras dimensiones que van más allá de la crisis del sistema. Conocemos sus grandes títulos —crisis energética, crisis alimentaria, crisis ecológica, cambio climático— y cotidianamente se producen numerosos análisis de estos aspectos de los desafíos contemporáneos, algunos de ellos de una gran calidad. Sin embargo, **yo mantengo mi actitud crítica con respecto a este modo de tratamiento de la crisis sistémica del capitalismo que aísla demasiado las diferentes dimensiones del desafío**”. Véase Samir Amin: *La crisis. Salir de la crisis del capitalismo o salir del capitalismo en crisis*. Madrid, El Viejo Topo, 2009. p. 14.

Sólo dando cuenta de esta distinción y reapropiándonos de sus significaciones más disruptivas y totalizantes podremos reinstalar un programa de investigación social, político, económico y cultural que nos permita captar las complejidades del tiempo presente a escala mundial con una perspectiva no apologética ni celebratoria sino crítica y por lo tanto movilizadora.

Sin ese ejercicio de reapropiación la mera descripción de los fenómenos asociados con las crisis coyunturales seguirán flotando en el éter —perdón, quise decir en la web— como simples “anomalías” o “accidentes” digeribles y fagocitables para el orden establecido por el capital.

Teoría de la crisis, la ruptura y la revolución

El marxismo, en tanto concepción materialista de la historia y teoría crítica, filosofía de la praxis y crítica de la economía política, no está centrado en una teoría del equilibrio y del funcionamiento “normal” del capitalismo. Esta teoría crítica constituye, por el contrario, una teoría del capitalismo... y al mismo tiempo de su crisis. Su núcleo de fuego no se especializa en la continuidad, equilibrio y estabilidad del sistema. Por el contrario, su reflexión e investigación apunta a la crisis del sistema y a su potencial superación revolucionaria.

El marxismo no es teoría de la continuidad sino de la ruptura. Pero no de la crisis y la ruptura comprendidas como “decadencia”, “colapso” y “derrumbe” automáticos, ineluctables, predeterminados de antemano, ya sea por el calendario maya, las pirámides egipcias o por el mandato de supuestas leyes de acero (la más importante sería la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, de innegable vigencia en la actualidad⁹⁸), con independencia de lo que suceda en la lucha de clases. No, el marxismo, enfatizando el componente social disruptivo y la ruptura radical, constituye una teoría política de la revolución. La catástrofe y el hundimiento en la barbarie no implican necesariamente la enfermedad terminal ni la caída inexorable del sistema capitalista; cabe perfectamente la posibilidad de que se continúe profundizando la barbarie sumergiéndonos más y más en el abismo, sin jamás tocar fondo. Siempre se puede estar peor. Es más, con el capitalismo vamos a ir, sin dudas, hacia lo peor.

⁹⁸ A nivel empírico, el profesor Anwar Shaikh corrobora tanto la caída de la tasa de ganancia como la transformación de valores en precios de producción—dos de las principales leyes de tendencia y regularidades analizadas por Marx en *El Capital*— para el caso de las cuentas nacionales de los EEUU. Véase Anwar Shaikh: *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*. Buenos Aires, Razón y Revolución, 2006. Los datos empíricos y detalles precisos, los cuadros y las estadísticas que fundamentan semejante conclusión se encuentran en pp.135-152.

La crisis civilizatoria del capital que atravesamos marca y delinea un campo de posibilidad abierto para la revolución (transformación radical que ya no podremos seguir delimitando en las fronteras de un estado nación particular, cada vez con mayor fuerza se abre la posibilidad de la extensión de la crisis y la revolución a escala mundial).

Pero esa posibilidad abierta por la crisis civilizatoria del capitalismo —que la teoría crítica marxista permite comprender a partir de sus regularidades y leyes de tendencia, muy diferentes de las “leyes de acero” otrora enaltecidas por la familia ideológica del positivismo— sólo podrá concretarse si se conforma un sujeto revolucionario que actúe e intervenga. Sin sujeto social y políticamente actuante, la crisis, por más explosiva, salvaje e irresoluble que resulte, no generará revoluciones ni superación del orden burgués capitalista⁹⁹.

No debemos esperar que caiga mágicamente maná del cielo ni tampoco quedarnos pasivos frente a la barbarie de la crisis del capitalismo confiando en la voluntad divina para que el sistema se derrumbe por sí mismo, invocando el viejo grito protestante de “Dios lo quiere”¹⁰⁰.

Discutiendo algunos obstáculos para pensar la crisis

⁹⁹ Contra mecanicistas, místicos y fatalistas, en toda su obra y en su accionar político Lenin siempre insiste en que **la mera crisis económica “objetiva” no desemboca automáticamente en una revolución social**: “*La sola opresión, por grande que sea, no siempre origina una situación revolucionaria*”. Véase V. I. Lenin: “La celebración del 1º de mayo por el proletariado revolucionario”. En V.I.Lenin: *Obras Completas*. Buenos Aires, Cartago, 1960. Tomo XIX, pp. 218-219. Dos años más tarde, vuelve a subrayar la presencia insustituible de la subjetividad en la resolución de la crisis revolucionaria: “*Porque la revolución no surge de toda situación revolucionaria, sino solo de una situación en la que a los cambios objetivos antes enumerados viene a sumarse un cambio subjetivo*”. Véase “La bancarrota de la II Internacional” [1915]. En V.I.Lenin: *Obras completas*. Obra citada. Tomo XXI, p. 212.

¹⁰⁰ Antonio Gramsci ironizaba sobre esta “*concepción fatalista de la filosofía de la praxis*” que frente a la crisis del capitalismo convoca a la pasividad política sugiriendo que “*se podría hacer un elogio fúnebre de la misma, reivindicando su utilidad para cierto período histórico, pero precisamente por ello sosteniendo la necesidad de sepultarla con todos los honores del caso*”. Tratando de explicarse esta exótica homologación entre marxismo, misticismo y fatalismo (protestante) que confía religiosamente en el derrumbe automático del sistema sin intervención política subjetiva, sostenía que “*se podría parangonar su función con la teoría de la gracia y de la predestinación en los comienzos del mundo moderno [...] Ella ha sido un sucedáneo popular del grito «Dios lo quiere».*” Aunque agregaba que “*sin embargo incluso en este plano primitivo y elemental era un inicio de concepción más moderna y fecunda que la contenida en el «Dios lo quiere» o en la teoría de la gracia*”. Véase Antonio Gramsci: *Cuadernos de la cárcel*. México, ERA, 1982. Tomo IV, p. 260.

Uno de los obstáculos fundamentales que durante demasiado tiempo dificultó a la teoría social crítica comprender la gravedad de la crisis del capitalismo (sin caer por ello en el fatalismo místico del “derrumbe ineluctable”) estuvo centrado en una lectura de las relaciones sociales que las segmentaba artificial e ilegítimamente en “instancias” separadas y yuxtapuestas y “factores” autónomos.

Si la sociedad capitalista se concibe como una sumatoria yuxtapuesta de “factores” (el factor geográfico, el ambiental, el económico, el industrial, el financiero, el alimentario, el jurídico, el político, el militar, el religioso, el cultural, etc.), entonces la crisis de cada uno de estos “factores” no tiene porqué influir o impregnar la órbita de los demás ni horadar la estabilidad del sistema.

La legitimación pretendidamente erudita de esta mirada esquemática sobre la crisis del orden social de innegable deuda con el funcionalismo encontró durante varias décadas su fuente de inspiración en el marxismo de Louis Althusser, habitualmente asociado con la supuesta rigurosidad y seriedad de la Academia francesa.

Fue Althusser quien promovió abandonar la teoría de las contradicciones dialécticas del sistema capitalista como totalidad (y de sus crisis explosiva) en aras de una lectura de Marx en clave estructural-funcionalista. ¿Dónde desarrolló ese sugerente e inteligente intento de convertir a Marx en un teórico del orden? Pues en su teoría de la contradicción sobredeterminada, repleta de ambigüedades.

¿Marx pensador de la estabilidad?

El intento de Althusser no era un disparate, poseía una cuota importante de racionalidad y sentido. Su proyecto se presentaba como la superación del economicismo (interpretación vulgar de Marx y de la crisis de la sociedad capitalista que pretendía reducir todos los fenómenos de la vida social a la simple contradicción económica entre fuerzas productivas y relaciones de producción). En eso Althusser no fue original, prolongó la batalla de Lenin y Gramsci contra el economicismo. Sin embargo... lo hizo a costa de terminar reflatando la antigua doctrina de la “teoría de los factores” (tan admirada por los teóricos y divulgadores de la Segunda Internacional, entre los cuales se hizo célebre el economista Aquile Loria, ferozmente impugnado por Antonio Labriola¹⁰¹).

Combinando el singular y extravagante “leninismo” de Stalin¹⁰², las lecturas filosóficas con que Mao diferenciaba las contradicciones

¹⁰¹ Si Loria concebía al marxismo como una teoría del “factor económico” en la historia, Labriola lo comprendía en cambio como una teoría holista de la sociedad capitalista entendida como “totalidad de relaciones sociales” por contraposición a una mera sumatoria yuxtapuesta de “factores”. Véase Antonio Labriola: *La concepción materialista de la historia*. México, El Caballito, 1973.

¹⁰² Se trata del libro de José Stalin: *Fundamentos del leninismo*. Bs.As., Lautaro, 1946.

nacionales de China con Japón de las contradicciones internas de clase al interior de China¹⁰³ y una mirada antidialéctica de la historia (entendida como “proceso sin sujeto”¹⁰⁴), Louis Althusser terminó dibujando una teoría de la crisis sustentada a su vez en una teoría de las “instancias” — nombre moderno y elegante para los antiguos y arcaicos “factores”—, dotadas, cada una de ellas, de una supuesta “autonomía relativa”. Mediante este sutil rodeo Althusser complejizaba la densidad del análisis marxista al precio de reducir la intensidad con que la teoría crítica revolucionaria impugna la crisis del conjunto de la vida social capitalista.

Si la noción de contradicción dialéctica (motivada por el antagonismo irreductible entre el capital y la fuerza de trabajo) sería supuestamente “simple”, por negar la posibilidad de que cada fenómeno social mantuviera su propia órbita al margen de la crisis general del capitalismo, la contradicción defendida por Althusser sería en cambio “compleja” y “sobredeterminada”¹⁰⁵.

De este modo, el marxismo de Althusser y su mirada sobre la sociedad capitalista y su crisis garantizó cierta legitimidad para la órbita institucional (allí se ubicaría su defensa vergonzante del eurocomunismo y de la “autonomía relativa” de las instituciones estatales frente al reino del capital, de donde se deduce su abandono tardío del marxismo al que cuestiona como “teoría finita” por carecer, supuestamente, de una teoría constructiva del Estado¹⁰⁶).

Si tuviéramos que hacer un balance crítico desde hoy en día — segunda década del siglo XXI— podríamos advertir y volver observable que el marxismo de Althusser y sus discípulos, eurocomunista y antidialéctico, fue la máxima (o al menos la más seductora y refinada) expresión teórica de un marxismo académico producido en tiempos de estabilidad relativa del capitalismo occidental de posguerra (1945-1974)¹⁰⁷.

El retorno de la teoría crítica

¹⁰³ Principalmente su teoría acerca de la práctica y la contradicción. Véase Mao Tse Tung: *Cinco tesis filosóficas*. Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1974.

¹⁰⁴ Véase Louis Althusser: *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*. México, Siglo XXI, 1974. pp.73-82.

¹⁰⁵ Véase Louis Althusser: *La revolución teórica de Marx [Pour Marx]*. México, Siglo XXI, 1985. pp.86-87, 93 y *Para leer «El Capital» [Lire le Capital, 1965]*. México, Siglo XXI, 1988. pp.199-203.

¹⁰⁶ Véase Louis Althusser: “El marxismo como teoría «finita»”. En AA.VV.: *Discutir el Estado. Posiciones frente a una tesis de Louis Althusser*. Buenos Aires, Folios, 1983 y Louis Althusser: *Filosofía y marxismo*. [Entrevista de Fernanda Navarro]. México, Siglo XXI, 1998.

¹⁰⁷ Hemos intentado desarrollar esta hipótesis en el libro *Nuestro Marx*. Caracas, Misión Conciencia, 2010. pp.431-439.

Cuanto más fuerte y estable parecía el orden social del capitalismo occidental y sus pactos de regulación institucional, menor atracción generaba la teoría crítica y su mirada disruptiva y dialéctica sobre la explosión de las contradicciones y la crisis como totalidad.

La defensa fanática de las “instancias autónomas” y el rechazo virulento contra toda dialéctica histórica —por el supuesto “peligro” de diluir la riqueza y variedad del orden social europeo occidental bajo una “contradicción simple” que anidaría en el corazón de la crisis del modo de producción capitalista— pierden su capacidad de atracción cuando la misma estabilidad del capitalismo se pone en discusión y aflora nuevamente la turbulencia, la zozobra, la inestabilidad y la crisis global en su máxima agudeza.

Con la emergencia de la crisis capitalista mundial de nuestros días, sistémica y civilizatoria, las tan mentadas “instancias autónomas” (siempre celebradas en la Academia, ya que legitiman la parcelación del saber universitario en franjas yuxtapuestas, estancas y separadas entre sí) dejan su lugar a la crisis explosiva de todo el orden social planetario en su conjunto. Ante la emergencia inocultable de la crisis se agotan o diluyen la estabilidad mercantil y los pactos regulacionistas (keynesianos y socialdemócratas) de posguerra. Por ello, la dialéctica de la teoría crítica marxista —tan vilipendiada y despreciada durante tres décadas— retorna a escena.

Ya no alcanza con cantar loas a la “autonomía relativa” del Estado burgués y a la supuesta inmunidad de las instancias institucionales frente al capital. Hoy en día ya no restan instancias vacunadas y amuralladas contra el virus explosivo de la crisis global.

Frente a una mirada institucionalista del orden social, que sólo puede alimentar la fragmentación y la cooptación de las rebeldías actuales (siempre y cuando se mantengan dispersas, sin coordinación ni estrategia común de confrontación contra el capital), hoy se torna urgente e impostergable reapropiarnos de Marx como pensador revolucionario de la crisis y no como supuesto “economista” preocupado por el equilibrio general y el funcionamiento normal de las leyes del capitalismo. Tampoco tiene sentido reclamarle o reprocharle a Marx el no haber pergeñado una teoría de la estabilidad institucional que sirviera para legitimar las desventuras electoral-parlamentarias de los eurocomunistas y socialdemócratas en el Oeste de Europa.

Si de lo que se trata es de pasar del motín episódico y espontáneo (y la “indignación” popular de las multitudes) a la creación de alternativas estratégicas de larga duración, antimperialistas y anticapitalistas, se torna imperioso recuperar la categoría dialéctica de crisis en su máxima radicalidad, tal como fue elaborada por Marx en la teoría social crítica a partir de sus lecturas dialécticas de Hegel. Tarea impostergable para pensar y actuar en el momento actual que vivimos, sentando las bases de todo un programa crítico para la cultura contemporánea.